

Acad. II
Esp. 140

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PUBLICA

DEL

EXCMO. SR. D. JOSE M.^A PAMAN Y PEMARTIN

CELEBRADA

EL 20 DE DICIEMBRE DE 1939, AÑO DE LA VICTORIA,

BAJO LA PRESIDENCIA

DE S. E. EL JEFE DEL ESTADO



1940

ESTABLECIMIENTOS GERÓN
Y LIBRERÍA CERVANTES, S. L.

CÁDIZ / MADRID

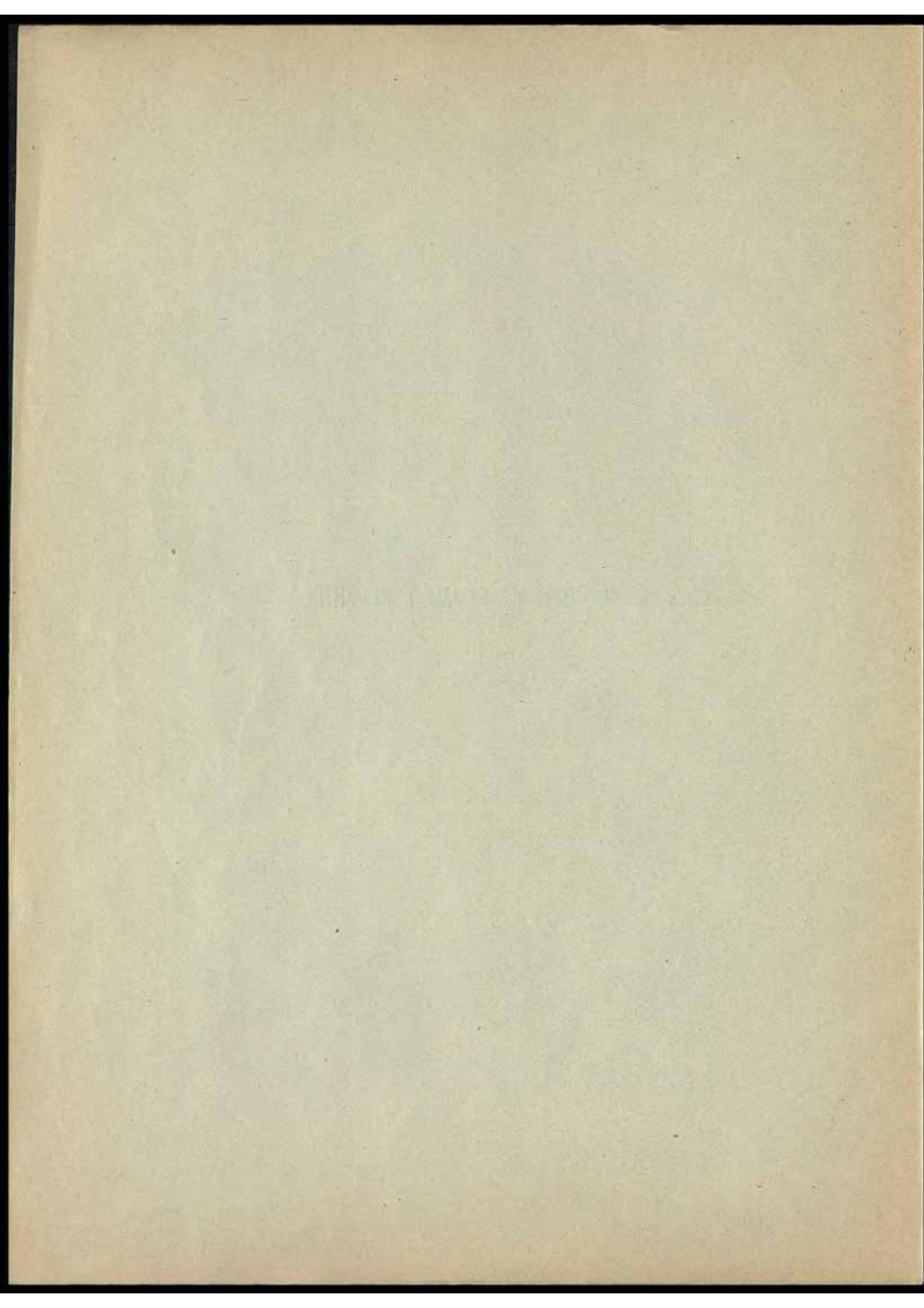


DISCURSO
DEL
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. JOSE M.^a PEMAN Y PEMARTIN



R41076

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PUBLICA

DEL

EXCMO. SR. D. JOSE M.^A PEMAN Y PEMARTIN

CELEBRADA

EL 20 DE DICIEMBRE DE 1939, AÑO DE LA VICTORIA,

BAJO LA PRESIDENCIA

DE S. E. EL JEFE DEL ESTADO



1940

ESTABLECIMIENTOS CERÓN
Y LIBRERÍA CERVANTES, S. L.

CÁDIZ / MADRID

R 710 72

DISCIPULOS

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN EL AÑO DE 1900

EXCMO. SR. D. JOSE M. CANO Y FERRAZ

SECRETARIO

DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA

DE LA LENGUA

DE LA LENGUA



IMPRESA DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA

EN MADRID

DEL SENTIDO CIVIL Y SU EXPRESIÓN EN LA POESÍA ESPAÑOLA

EXCMO. SEÑOR:

SEÑORES ACADÉMICOS:

Diferente en extremo es esta ocasión solemne de otras anteriores, iguales en su externa apariencia o liturgia. Leo este discurso, que ya no puede llamarse de *recepción*, a distancia de tres años largos del día en que fui elegido: y están estos tres años tan llenos de estremecida Historia y de humana sustancia palpitante, que forzosamente imponen a esta solemnidad distinto tono, estilo e intención.*

Si me vuelvo a vosotros, para deciros las acostumbradas, y nunca más debidas, palabras de gratitud, encuentro en esas filas unos claros trágicos, por los que mi palabra, como el aire en los ventisqueros, quisiera escaparse tras los muertos queridos, convertida en oración para el amigo y en himno para el mártir. Si me vuelvo sobre mí mismo, para examinarme y deciros las sabidas y nunca más justificadas, palabras de humildad, encuentro en mí razones, no ya para la que pudiera parecer obligada fórmula, sino para el más sincero anondamiento y turbación. Porque yo vengo aquí, a pronun-

ciar este discurso, paradójicamente, cuando, no sólo he intervenido ya en las tareas de esta Casa, sino que, por superior designio, la he dirigido en un mandato provisional, que sería inexplicable si no lo justificara el azar y trastrueque de la Guerra, donde, porque todos han de acudir a todo, en callada entrega de obediencia y servicio, un novicio puede bastar para dirigir una Academia, como un pastor para improvisarse en capitán de guerrilleros y un alcaldillo de aldea para declararle la guerra a Napoleón. ¡Signo de las obras de esta España de las gloriosas e intuitivas desproporciones, que cuando llega su hora, domina al aire con una Aviación improvisada, y el Mar con unos barcos surgidos de la nada, y la tierra con unos muchachos milagrosos, que llevan en el pecho la ufanía de una estrella provisional y en el alma la esperanza de un lucero definitivo! ¡Signo, en fin, de las obras de Dios, que, así como saca el árbol de una semilla y el azor de un huevo, así, mostrando más su poder al suplir con él el déficit, saca de las causas más pequeñas los logros más definitivos, y hace de esta milagrosa desproporción todo el gobierno y regimiento de este mundo, al que le bastó para crearlo, la Nada; para redimirlo, un pesebre; y para completarlo, tres carabelas y la intuición de una mujer!

Si: nueva ocasión, distinto tono. El que habla a orillas del estruendo del mar, tiene que levantar la voz. Así también el que habla a orillas de este estruendo, todavía demasiado próximo, de una Guerra, surcada de ráfagas divinas y satánicas, donde el hombre, por arriba y por abajo, en la heroicidad y en el crimen, ha marcado

todos los máximos y mínimos niveles, de su ancha e incongruente posibilidad.

Hora tiene que ser ésta, de reflexión, de propósitos: de enmiendas si es preciso. Y esto no solo individualmente, cada uno de nosotros, sino también en colectividad y como Corporación.

Cuando hoy volvemos a encontrarnos aquí, en este salón milagrosamente intacto, Dios ha querido que en esta Casa estén representados como en miniatura, los dos fragmentos doloridos de España, que han de ser las más limpias bases de su esperada regeneración: unos venimos de conocer la Guerra: el dolor luminoso de la zona nacional; otros salís de conocer el cautiverio: ese otro dolor menos vistoso acaso, pero no menos fecundo, de la zona roja. He aquí los dos dolores maternos de la hora hispánica; las dos llagas sangrantes de sus manos redentoras. He aquí las dos nuevas y depuradas humanidades que, superando toda negación han de formar con su unión la grandeza futura de España, como la grandeza del alma de más alto español, nuestro señor y patrono Don Miguel de Cervantes, se formó por la unión de Lepanto y de Argel: es decir, por la unión del glorioso empuje de la batalla y de la disciplinada paciencia del cautiverio.

No quiero decir que por todo esto haya de imponerse a nuestra vida colectiva sesgo o desviación, que sería incongruente con la esencia de esa misma vida, que es precisamente la tradición y la continuidad. No: se puede ir muy lejos y muy de prisa, sin descomponer la dignidad del paso.

Pero dentro de esa moderación y respeto, forzosamente tiene que ser nueva y distinta la vida que ahora va a crearse en este terreno abonado de dolor. Forzosamente tiene que estar ahora más soleado este salón, no porque nosotros abramos más sus ventanas, sino porque en la calle el sol es más radiante.

Habíamos vivido horas de escéptico relativismo. Las selecciones intelectuales habían llegado a creer que la Cultura no era un concepto absoluto, sino un valor relativo que hoy estaba constituido por unos determinados módulos y que mañana podía estar constituido por otros distintos: y así, desistiendo de defender aquellos módulos de Bien, de Verdad, de Belleza, que siempre se consideraron como definitorios de la única y verdadera Cultura, se dedicaron, como dije otra vez, a esperar pasivamente el advenimiento de una nueva Cultura que había de ser americana, eslava, mongólica o lo que fuera, y a la cual estaban ellos dispuestos a entregarles las llaves de Europa colocando un cartel de "Cerrado por traspaso" en el frontispicio de San Pedro de Roma o del Partenón de Atenas.

No; eso ya no más. Ahora hemos aprendido, con dolor, que la Cultura es una entidad única, definida, que hay que defender y ganar cada día, como el pan. La España nueva no es una forma vacía de contenido ni un poder huérfano de finalidad. Tiene una definición, tiene una fe. Sabe qué quiere y a donde va. No define su contenido propio, en un mero enunciado legal y verbalista, como la de 1812, se definía "justa y benéfica", o la de 1931, "República de trabajadores". La España nueva se define a sí misma como la España grande del Siglo de Oro se definía servidora de Dios y

del César, con una intrépida voluntad de realización de su contenido propio. La España nueva, persuadida de que el límite, gloria y miseria de los seres, si es hacia fuera meta que nos dice donde termina el ser, es hacia dentro perfil que nos dice donde el ser empieza, definiéndolo, afirmándolo entre los demás seres, ha trazado con mano segura e intransigente de Caudillos y capitanes, la raya demarcadora de su insobornable contenido nacional: raya que si mirada hacia fuera, por lo que tiene de límite, significa renunciamiento de muchas alegres libertades, mirada hacia adentro, por lo que tiene de perfil, significa afirmación de un contenido propio e intransferible, capaz de hacer sentir en el mundo sus fuertes pasos resonantes por los caminos de la Misión y del Imperio.

Toda la vida española cae ya del lado de acá de esa raya: y toda ella tiene que estar por eso teñida de un color unánime y estremecida de una sola pasión. Se acabaron las palabras grises: no hay nada laico, ni neutro, ni indiferente. Todo: cada Academia, cada Corporación, cada órgano de vida pública y privada, ha de servir esa definición de la Patria. La verdad ha de ser apasionada: que la pasión y la verdad no se excluyen, sino se complementan como el calor y la luz.

Nosotros, Corporación de la nueva España, lo sabemos. Nosotros nos sentimos gozosamente metidos en esa raya, que porque nos limita nos fortalece. Hemos jurado a Dios y a España, y por lo que hemos jurado, vamos a incendiar de pasión nuestras papeletas y a estremecer de eficacia nuestra vida. A nuestras Juntas asistirán ya siempre, en adelante, sombras familiares y augustas. Por ellas nos sentiremos gloriosa-

mente compelidos; por ellas, ligados a la profundidad de la Historia y a la anchura de la Patria. Las actas que reflejen el temblor de nuestra vida futura, no nos bastará ya que lleven la aprobación efímera de los que somos un minuto en el tiempo y un palmo en el espacio: queremos que merezcan también el "visto-bueno" de nuestros muertos y de nuestros mártires; que es tanto como decir el "visto bueno" de España y de Dios.

Los materiales para esa apasionada tarea de colaboración a la definición de España y defensa de sus valores, no han de faltarnos aquí. Precisamente, ayer, mientras se descarriaba en frivolidades e inconsistencia una parte de la intelectualidad española, pasaba por esta Casa una generación de trabajadores honrados, más oscuros acaso que los otros, como los cimientos son más oscuros que las veletas, pero que nos dejaba materiales riquísimos, que ahora nos toca aprovechar para esa síntesis española que hemos de intentar y que ha de servirnos de definición y de derrotero.

En torno a la figura magistral y gigantesca de Menéndez y Pelayo se produce este renacimiento, algo parecido, aunque más rico de contenido y extenso de perspectiva, al de la escuela neo-crítica francesa en torno de Gaston París. Antes de don Marcelino, la erudición española, era un afán disperso, disociado, a menudo provinciano, siempre improductivo de nombre y de provecho. Fué él quien revalorizó esta clase de estudios y tras él fué esta Real Academia la que les dió estímulo, honor y calor de colectividad. Hay un gran

trecho entre la oscura soledad en que se movieron los que pudiéramos llamar maestros de don Marcelino —Milá y Fontanals o Laverde y Ruiz— y la resonancia y estima social que gracias a él y a la Academia, alcanzaron sus discípulos: Bonilla San Martín, Menéndez Pidal o Emilio Cotarelo.

El 27 de Mayo de 1900 era recibido en esta Casa este último, cuyo sillón me toca ocupar hoy. Todavía al darle la bienvenida don Alejandro Pidal, señalaba como caso de novedad, la llegada de un académico, perteneciente al grupo de la afanosa erudición, menos popular y brillante que los otros dos que venían nutriendo, desde su fundación, la Academia: o sea el de los literatos y el de las figuras de gran relieve social y político. De entonces aquí, en lo que va de siglo, la Academia ha acrecentado repetidas veces sus admisiones en ese campo más austero de la erudición y ha acentuado así su carácter científico y técnico. Al llegar esta hora, sus ramas están en equilibrio, listas y propicias para la obra de síntesis que soñamos y a la que el erudito ha de aportar el material primero; el literato, el soplo creador, y el político, la orientación nacional.

Para esa síntesis, Emilio Cotarelo, trabajador infatigable, memoria portentosa, dejó el más vario arsenal de materiales riquísimos. Todos los géneros, todos los siglos de nuestra historia literaria recibieron la visita de su pluma, aguda de curiosidades y mágica de resurrecciones. Ilustró nuestra baja Edad Media con sus estudios sobre don Enrique de Villena (1), sobre Diego de San Pedro, sobre Rodrigo Cota y las ediciones de los *Cancioneros* de Antón de Montoro (2) y de Alvarez

(1) Madrid, 1896.

(2) 1900.

Gato (1), La época de Felipe IV, le debe su primerizo y ya brillante *Conde de Villamediana* (2), y el siglo XVIII, su magnífico *Iriarte* (3), premiado por esta Academia. El príncipe de los Ingenios le debe sus fáciles y manejables *Efemérides Cervantinas* (4) y su discurso de ingreso en esta Corporación, sobre las *Imitaciones del Quijote* (5). Pero sobre todo, fué el teatro español la gran pasión de su estudio. A éste dedicó Cotarelo estudios múltiples: miradas de galán desde todos sus ángulos y puntos de vista. Sobre autores, tiene un *Tirso* (6), un *Rojas Zorrilla* (7), un *Jiménez Enciso* (8), un *Vélez de Guevara* (9), un *Calderón* (10), un *Moreto* (11), etc., etcétera; sobre actores, escribió de *La Tirana* (12), de *María Ladvenant* (13) y de *Isidoro Maiquez* (14); sobre obras, hizo ediciones de *Lope de Vega* (continuación de la de esta Real Academia iniciada por Menéndez Pelayo), de *Tirso*, de *Lope de Rueda*, de *Juan de Encina*, de *Don Ramón de la Cruz* (15); sobre géneros, estudió *La ópera en España* (16), y escribió un *Ensayo histórico sobre la Zarzuela* (17). Y conste que en todo este enor-

(1) 1901.

(2) Madrid, 1886.

(3) Madrid, 1897.

(4) 1905.

(5) Pronunciado el 27 de mayo de 1900.

(6) Madrid, 1823.

(7) Madrid, 1911.

(8) Madrid, 1914.

(9) Madrid, 1917.

(10) Madrid, 1924.

(11) Madrid, 1927.

(12) Madrid, 1897.

(13) Tomo I de los *Estudios sobre el Arte escénico en España*. Madrid, 1896.

(14) Madrid, 1902.

(15) Madrid, 1915-1929.

(16) Madrid, 1917.

(17) 1936. Es su última producción.

me catálogo de títulos, Cotarelo da siempre más de lo que promete, pues no sólo agota el escrupuloso estudio de la figura u obra propuesta, sino que de cada figura y cada obra, se derrama siempre a la pintura de la época y ambiente en que vivió o se produjo, logrando a veces, como en el *Maiquez* o en el *Iriarte*, con respecto a la vida del XVIII, verdaderos y anchísimos tapices, llenos de vida, de gracia y de color.

He aquí la aportación magna de Emilio Cotarelo al conocimiento de las letras españolas; más genéricamente podemos decir al conocimiento de España. "Una nación que se respete—decía Pidal al contestarle en su recepción—, necesita conocer su historia, y la historia de una nación se refleja como un espejo en su propia literatura... El verdadero espíritu nacional se forma con el conocimiento de la laboriosa gestación que dió por resultado un pueblo en los anales de la Historia". Por eso es tan eficaz y vivo, el esfuerzo en apariencia puramente arqueológico o contemplativo de un Cotarelo. Detrás de sus resurrecciones y figuras, discierna él o no su voz, está España expresándose a sí misma, definiendo su esencia y diciendo su palabra. Su *Tirso* nos dirá lo que España pensó sobre problemas tan fundamentales y que tan inequívocamente colocan a un pueblo frente a la vida, como el de la Gracia y la Predestinación; su *Calderón* nos hará ver todo lo que da de sí el racionalismo ortodoxo de la mente hispánica; su *Lope de Rueda* o su *Ramón de la Cruz* nos hará conocer esa insobornable vena popular española, correosa y reacia frente a las imposiciones selectas, peligrosa por eso a veces y a veces por eso salvadora; su *Antón de Montoro* nos dirá del principio de un criticismo democrático, que en su *Villamediana* es ya casi un periodismo

político, y en su *Iriarte* es ya casi dialéctica revolucionaria. Definiciones de nuestro espíritu, posturas de nuestra mente, líneas, niveles, parábolas y curvas del gráfico de nuestro pensar y nuestro vivir: valores inapreciables y expresivos que Cotarelo nos legó en su obra como exceso y rebose de su erudición y que ahora hemos de beneficiar, para la elaboración urgente de un lúcido conocimiento de España que nos enseñe mejor a manipularla y dirigirla. Caigan ahora, sobre este tesoro, manos impacientes de conjunto, temblorosas de construcción y de eficacia: pero caigan con respeto y gratitud, persuadidas de que la futura y brillante síntesis, se apoyará siempre en la laboriosidad modesta y honrada de aquél que dedicaba su viaje de novios a rectificar el itinerario del Cid, según los datos geográficos del *Poema*, o sacrificaba su veraneo para quedarse revolviendo los Archivos Municipales madrileños hasta averiguar lo que cobró en un mes *La Tirana*. (1)

En esta línea de esfuerzo, en este afán de reelaborar con obsesión de eficacia los datos de la erudición de ayer, va colocado el modesto Ensayo que en parte voy a leeros sobre la *Poesía Civil* española. No es, no podía ser en mis manos, un trabajo de investigación y busca. Es mas bien un esfuerzo y tanteo de interpretación, en el que iremos rastreando al través de las expresiones más nacionales y civiles de nuestra poesía, la evolución misma del sentido civil y nacional de Es-

(1) Vid. *Discursos leídos ante la R. A. E. en la recepción pública de D. Emilio Cotarelo Yllasi*. Madrid, 1900. Contestación de D. Alejandro Pidal.

paña. Los poetas nos irán diciendo como España se hizo, tuvo conciencia de sí y se metió con más o menos dificultad en la traza y planta de un Estado moderno. Los versos de cada uno de ellos serán capítulos y cantos de ese otro poema más ancho y comprensivo que es la misma vida de España con sus caídas, sus saltos, sus retrocesos y sus escarmientos. Puede que al terminar hayamos avanzado un paso, por corto que sea, en el conocimiento real y fundamental de España. Puede que acabemos teniendo en la mente, siquiera como estímulo para futuras y mejores ampliaciones, un esbozo de sistema donde, como en una carta geográfica, estén a la vista los inalterables escollos peligrosos y refugios salvadores de la vida de España... No creo que nadie se asuste de esta cosecha que me prometo de un estudio sobre poetas y poesía. No creo que ninguno de vosotros piense aún que la Poesía es vaguedad irreal, cuando es precisamente todo lo contrario: concentración y quinta-esencia de realidad.

The first of these is the fact that the
 population of the country has increased
 rapidly since the year 1850. This is
 due to a number of causes, the most
 important of which are the discovery
 of gold in California, the opening
 of the great overland routes, and
 the immigration of Europeans and
 Americans. The result has been a
 rapid increase in the number of
 inhabitants, and a corresponding
 increase in the demand for land.
 This has led to the rapid settlement
 of the country, and the consequent
 development of agriculture and
 stock raising. The result has been
 a rapid increase in the wealth of
 the country, and a corresponding
 increase in the power of the
 people. This has led to the
 development of a free government,
 and the consequent establishment
 of a republic. The result has been
 a rapid increase in the number of
 inhabitants, and a corresponding
 increase in the demand for land.
 This has led to the rapid settlement
 of the country, and the consequent
 development of agriculture and
 stock raising. The result has been
 a rapid increase in the wealth of
 the country, and a corresponding
 increase in the power of the
 people. This has led to the
 development of a free government,
 and the consequent establishment
 of a republic.

The second of these is the fact that
 the country has become a great
 manufacturing and commercial
 center. This is due to a number
 of causes, the most important of
 which are the discovery of gold
 in California, the opening of the
 great overland routes, and the
 immigration of Europeans and
 Americans. The result has been a
 rapid increase in the number of
 inhabitants, and a corresponding
 increase in the demand for land.
 This has led to the rapid settlement
 of the country, and the consequent
 development of agriculture and
 stock raising. The result has been
 a rapid increase in the wealth of
 the country, and a corresponding
 increase in the power of the
 people. This has led to the
 development of a free government,
 and the consequent establishment
 of a republic.

The third of these is the fact that
 the country has become a great
 manufacturing and commercial
 center. This is due to a number
 of causes, the most important of
 which are the discovery of gold
 in California, the opening of the
 great overland routes, and the
 immigration of Europeans and
 Americans. The result has been a
 rapid increase in the number of
 inhabitants, and a corresponding
 increase in the demand for land.
 This has led to the rapid settlement
 of the country, and the consequent
 development of agriculture and
 stock raising. The result has been
 a rapid increase in the wealth of
 the country, and a corresponding
 increase in the power of the
 people. This has led to the
 development of a free government,
 and the consequent establishment
 of a republic.

EL POEMA DE MIO CID

No es posible, en un sentido propio y exacto, hablar durante la alta Edad Media de *poesía civil*, ni siquiera de *sentido civil* en la poesía. Falta, casi de un modo absoluto, el objeto de tal género y enfoque de la Poesía: falta el Estado (1), la Nación. La vida pública tiene por sujeto fragmentos mucho más anchos de humanidad y entidades mucho más comprensivas: la Cristiandad, el Pontificado, el Imperio. Las futuras diferencias nacionales son aún casi imperceptibles. Un estudiante de Toledo puede viajar hasta París o hasta Florencia, encontrando siempre las mismas creencias y pensamientos, expresados en un mismo latín.

En tal situación de vida pública, sólo de un modo indirecto y forzado, como precedente y adivinación, puede hablarse de valor civil y aun nacional, en nues-

(1) Si en Italia empieza ya a sonar en nombre *lo stato*, es referido aún simplemente a un cabecilla o jefe y su partido. (Vid. Jacobo Burckhardt. *La civilización en Italia en el tiempo del Renacimiento*.)

tro más viejo monumento poético: el *Poema del Cid*. El *Poema*, antes de ser voz de España, es voz de la ancha y difusa Cristiandad; una más en el coro orfeónico y unánime de las *chansons* y de las gestas. La "limpia Cristiandad" llama en alguna ocasión el *Poema* al pueblo que pelea en él contra los moros: y aquellas tierras pedradas entre Medinaceli y Luzón, y aquellos lugarejos de Castejón y Alcocer, no son, en el *Poema*, frontera de una algará aldeana y concejil, sino raya y límite de un gran choque humano de civilizaciones y creencias. Toda Europa, con sus catedrales, sus costumbres y sus pensamientos, forma, un poco, la retaguardia de aquella línea de choque que va, por peñas y robledales, desde Burgos a Valencia. Por eso, cuando el romanticismo exaltó luego la vieja y olvidada poesía medioeval, la revalorización del *Poema* no fué un hecho español, sino un unánime movimiento europeo en el que coincidieron, casi coetáneamente, desde Escocia a Berlín, las voces de los Southey (1) y Hallam, de los Schlegel y Wolf. Era Europa que volvía a alinearse tras del brazo de Mío Cid: defensor de la "limpia Cristiandad".

Pero no quiere esto decir que detrás de ese primer plano de poema de la cristiandad europea, gemelo de las demás *chansons* de la época, no se perciba, siquiera en germen e iniciación, un más típico acento español, raíz y nervio de la grandeza poética de la obra. No: en el siglo XI, hora del *Poema*, ya bajo la capa unánime de la Cristiandad se dibujaban perfiles y temblores diferenciales: la Cristiandad levemente, a distancias de siglo todavía, se partía en naciones, como se partía en romances el latín.

(1) R. Southey. *Chronicle of the Cid*.

En ese sentido restricto, el *Poema* tiene, siquiera por transparencia, un sentido nacional. Hay en el juglar una conciencia suficientemente clara de "quant grant es España"; siente unidos en un destino y un interés, a "portogaleses, gallizianos, leoneses y castellanos", y el desenlace imaginado por él para su *Poema*, es un desenlace de solidaridad española: un derramarse la gloria del Cid castellano en toda España, mediante el casamiento de sus hijas con los infantes de Aragón y Navarra (1).

No es ciertamente el españolismo de *Mío Cid*, de expresión tan directa y agresiva como el francesismo, ya casi "chauvinista", del *Rolando*. No se grita en él, como en la *chanson* gala, que "nosotros tenemos derecho, pero los demás tienen sinrazón" (2). El sentido nacional no está en él superpuesto ni gritado, sino embebido en contenido y sustancia. El *Poema* no grita "viva España"; pero España, hecha paisaje, costumbre y amor, vive estremecidamente en él.

Vive, primero, en un sentido vertical, de arriba a abajo, en su propio carácter *fronterizo*: que *fronteriza* es toda la sustancia nacional y toda la razón histórica, de este pueblo nuestro: "marca" de Europa, valladar de África. De esta confluencia de lo europeo y lo africano, nace, desde los primeros pobladores de nuestra península, todo el genio de su Historia. Somos el pueblo de la occidentalidad perpetuamente en peligro; de la europeidad perpetuamente en precario. Nacimos ya con la

(1) "Oy los reyes de España sus parientes son".

(2) "Nus avum dreit. mais cist glutum unt tort" (v. 1.015)

gracia de los bisontes y las figuritas altamiranas, en constante peligro de aplastamiento por los pesados y africanos dólmenes del Sur. Y desde entonces, nos hemos pasado la vida en esa inacabable agonía: hinchando y acentuando nuestras esencias occidentales: gritando nuestra inquebrantable voluntad de seguir siendo un pedazo de Europa. Nos hemos pasado la vida soñando con el Imperio, lección de Roma, para no caer en la tribu, tentación de Africa. Porque no sabemos ser otra cosa: o somos ecuménicos o, por reacción, somos regionalistas; o comuneros o capitanes de Flandes. O nos vamos a América y al Concilio de Trento, o nos quedamos, caciqueando, en la aldea.

Por eso es tan español, en su médula, este poema de Reconquista. Poema de frontera: como la vida española, siempre en funciones fronterizas, de guerra, colonización o misión. Siempre al borde de una raya: línea de hogueras frente a los moros; rigor inquisitorial frente a los herejes; línea de barcos, en Lepanto, frente al turco; campamento carlista anteayer; frontera ayer, por Somosierra o el Ebro, entre la España azul y la roja. Siempre España, corazón agónico, estremecido entre el Bien y el Mal, fronterizo entre el espíritu y la carne. Siempre arena y estadio, partido en sol y sombra, para el nunca acabado torneo de la Bestia y el Ángel.

Así, de un modo profundísimo, vive España, en el *Mío Cid*, en un sentido vertical, de arriba a abajo. Y luego, más externa y superficialmente, de lado a lado, en un sentido horizontal, en ese amplio y comprensivo abrazo que le hace abarcar, como en nupcial posesión, las tierras y paisajes de España, desde las encinas de Burgos a los naranjales de Valencia. Porque el *Poema* está lleno de ese españolísimo sentido minucioso y

realista, tan distante de las descomunales fantasías de las otras gestas europeas. Nada de gigantones como en los *Nibelungos*, ni trompas que se oyen a treinta kilómetros como en el *Rolando*. El caballo del Cid no galopa sobre nubes, sino sobre viejas calzadas romanas, exactas en su toponimia; identificables en los paisajes actuales, salvo, aquí o allí—la “fiera sierra de Miedes” (1) o la “Mata de Taranz” (2)—, el dolor de una perdida frondosidad. El *Mío Cid* no es un poema de puros héroes, combates y cuchilladas, sino un poema plural y pletórico, múltiple como la vida. Por su misma falta de propósito de ser el poema de España, está lleno de una España caliente, temblorosa y viva. Es mucho más que el poema de un héroe y unas batallas. Es el poema de los cristianos y los moros; y los niños y los viejos; y los monjes y los judíos; y el saludo, y la siesta y la boda y la misa. Nada español le es ajeno. Ni es antileonés, como el de *Fernán González* o el del *Cerco de Zamora*. Ni es rebelde como el del *Bernardo del Carpio*. La unidad lo preside todo: la españolidad es en él amor al paisaje y fidelidad al Rey. Concibe España ya, horrosamente, como una empresa común. En el mismo Alfonso VI y en el mismo afán de reconquista, piensa el héroe, en lo alto de la meseta o a las orillas del Mediterráneo. De Burgos a Valencia percibe ya una unidad que empieza a desperezarse gimnásticamente, para llegar luego hasta el Perú, por el lado de Burgos, y por el lado de Valencia, hasta Lepanto.

Y luego su sentido íntimo, familiar, casero. Esa permeabilidad, tan española, de la vida privada y la pública: ese teñirse la guerra de hogar y el héroe de

(1) Versos 415, 22 y 27. Ed. “La Lectura”, 1913.

(2) Verso 1.492. Ed. citada.

padre. Las familias del Poema son grandes solidaridades, frondosas como encinas, apretadas para el insulto o para la alegría. Retiemblan o se estremecen al unísono, como un navío cuando toca fondo o lo sacude la ola. El Cid no tiene por inspiradora una dama vaporosa y soñada, sino su "querida mugier e ondrada"; en San Pedro de Cardeña se separa de ella "como la uña de la carne" y en Valencia, pelea mejor porque, desde las almenas de la ciudad, Jimena y sus hijas le están mirando:

Non ayades pavor porque me veades lidiar..
crecem el coraçon porque estades delant (1)

Habían de borrarse fecha y lugar de este Poema; había de traducirse al más lejano idioma y bastaría este pasaje para decir: Este es un heroe español... Y había todavía de perderse este pasaje y otros muchos semejantes, tan reveladores y expresivos, y quedaría todavía en el Poema no sé que ruido subterráneo, no sé que aire, que transparencia, que ritmo interno, que, ante aquellas idas y venidas de mesnadas y guerreros, nos haría siempre adivinar y decir: Por caminos de España galopan estos caballos...

EL ROMANCERO

Este mismo incipiente y difuso "sentido nacional"—todavía no civil ni político—es el que campea en todo el *Romancero*: que no es más que la rota y fragmentada epopeya de España que, por vivirse tan deprisa y tan intensamente, no tuvo tiempo de ser escrita. El

(1) Verso 1.651, Ed. citada.

romance es como el borrón y el apunte para el gran poema nacional, tomado, al vuelo, sobre un tambor, con el caballo ensillado a la vera.

El *Romancero* está todo él cargado de sentido nacional. Primero en su misma forma de composición libre, desordenada, directa, tan distinta de la regular arquitectura de las *chansons* francesas, como una comedia de Lope de una de Racine. Luego, en su mismo sentido objetivo. Los romances no narran, no describen: parece que señalan con un puntero, ante un cartelón de estampas o un tablادillo de muñecos. A cada momento el demostrativo—"esa ciudad", "ese río"—evoca ideas de bulto, de presencia inmediata, y el vocativo "sennores" o los incisos para reconquistar la atención—"veriedes", "sabed"—, nos llevan a la idea de un público, de un concurso popular de oyentes.

En este sentido el *Romancero* es un producto netamente popular, cargado de expresión colectiva. Y digo y subrayo *en este sentido* porque no se crea que caigo en el tópico ochocentista de creer que los romances son creación del pueblo en tropel. No: la turba puede quemar un archivo, pero no componer un romance. La palabrería del siglo pasado hizo al *pueblo*—así, sin matices—sujeto de una porción de actividades ilusorias. El romanticismo le hizo autor de las catedrales góticas, de los cantares de gesta, de los romances. El liberalismo le hizo autor de las leyes, los poderes o los magistrados. Pero todo esto es puro mito: hermano gemelo de la "generación espontánea". No: ni el fango ha producido nunca ranas, ni la espontaneidad popular ha producido jamás catedrales, romances, leyes, ni magistrados. No hay nada *popular* en el sentido activo y creador de la palabra; lo que lla-

mamos *popular* lo es en un sentido pasivo de aprobación y acatamiento. Por eso la auténtica poesía *popular*, no es la que el pueblo crea, sino la que el pueblo acata y prohija: como las auténticas magistraturas populares no son las que el pueblo vota, como los Presidentes de la República, sino las que el pueblo aclama y aplaude, como los Caudillos, los Dictadores o los Reyes.

En ese sentido preciso, sí puede calificarse el *Romancero* de popular, de cargado de sentido nacional.

Lo es, como acabamos de ver, en su forma externa. Lo es en su interior y contenido: la lealtad al rey, el sentido de la honra, el amor a la familia. Lo es en esa originalísima creación de los romances fronterizos y moriscos. El romancero español es la única épica europea que tiene todo un capítulo brindado más allá de la frontera, al campo enemigo; y esa originalidad está montada sobre la misma actitud espiritual e histórica, cristiana y españolísima, que las *leyes de Indias* y el mestizaje.

Es, finalmente, el *Romancero* genuinamente nacional en su contenido temático. Sus ciclos abarcan todas las inquietudes españolas; son como las fachadas todas de España, mirada y remirada, desde todos los ángulos y puntos, con amor filial.

Primeramente: el ciclo del Rey Don Rodrigo o de la *destrucción de España*. El romancero que no se ha conmovido casi con el temario florido y abundante de la España gótica—Ataulfo y Gala Placidia, los Campos Catalaunicos, la vara florida de Wamba—; el romancero que deja toda esta posible mitología al latín estricto

y a la honradez crítica de la prosa eclesiástica, se apodera en cambio vorazmente del tema de Don Rodrigo. Y es que Don Rodrigo, hasta por su nombre, mas bien que el último rey gótico, es el primer rey hispano. En su leyenda, en un sentido negativo de ausencia y catástrofe, se siente por primera vez a España, como una unidad moral y física, lograda en el dolor. En el romancero de Don Rodrigo, está la primera letanía poética de piropos dirigidos a España, como a una entidad definida: letanía gemela de la que San Isidoro le dirige en prosa latina y en incipiente prosa castellana Don Alfonso el Sabio:

Ay, Madre España querida—en el mundo tan nombrada,
de las tierras la mejor—la más fuerte y más gallarda,
donde nace el oro fino—el plomo, el hierro y la plata. (1)

Luego está el ciclo de los *Infantes de Lara*, donde, como en el de Don Rodrigo negativamente, se contempla España de un modo directo y positivo, en su vida pública y privada: romances éstos de bodas, fiestas, sangre, venganzas y justicias. Y luego, tras de haber contemplado así a España por las dos caras, negativa y positiva, en su destrucción dolorosa y en su vida ardiente: los ciclos de los dos héroes nacionales, donde se ve a España defendiéndose y afirmándose en el mundo, entre los demás pueblos. Bernardo del Carpio es, por esencia, el héroe anti-francés; el Cid es, por esencia, el héroe anti-oriental. En el nacionalismo del Cid y de

(1) Vid. Ramón Menéndez Pidal. *Primavera y Flor de Romances*.

Bernardo está toda la historia agónica de España defendiéndose siempre, por arriba y por abajo, de los grandes peligros europeos y de los grandes peligros orientales. El Cid es el padre de San Fernando y de Jaime el Conquistador, los reconquistadores; y de Don Juan de Austria, el martillo de los turcos; y de Cisneros y Primo de Rivera, los que afirmaron nuestro dominio en Marruecos; y de cuantos ahora pelearon contra el peligro soviético oriental. Bernardo es el padre de Carlos V, el rival de Francisco I; y de Daoiz y Velarde y Palafox, los héroes de la Independencia; y de cuantos ahora, por las breñas del Pirineo o los embalses de Tremp, cerraron el paso a la agresión disimulada de la Francia de León Blum. En el doble romancero del Cid y de Bernardo se ve a España cerrando las dos puertas por donde le puede venir su muerte o desfiguración. Y si el peligro de la Europa apóstata y del Oriente rojo, en nuestros días, no llegó a aplastar la civilización occidental, es porque en el centro, en esta brava peña intermedia de España, seguían despiertos el Cid y Bernardo, que tenían en sus manos la llave de Roncesvalles y la llave de Valencia: la frontera hacia Europa, y la orilla hacia el Oriente... Por eso éstos, Valencia y los Pirineos, fueron los dos últimos objetivos de la Cruzada Nacional. Por eso en el Ebro, fisura y foso entre estas zonas, raya entre el Cid y Bernardo, es donde siempre, en definitiva, se ganan o se pierden las guerras de España.

He aquí, pues, en el *Mío Cid* y en el romancero, no todavía una poesía civil, pero sí ya una impetuosa corriente de poesía nacional, más intuita que discernida, hecha a medias de valores españolísimos y universalidades de cristiandad.

La vida pública en aquella hora era acción más que pensamiento. Así también la poesía nacional era más una creación vital que una construcción intelectual y pensada.

LA RESERVA SALVADORA

Importaba hablar, antes que de la estricta poesía civil, ya perfilada en género, de esta poesía nacional, torrencial y espontánea, porque élla no sólo fué su origen, sino, al persistir en España como en ningún otro pueblo, su apoyo y sostén. Porque esa corriente vital impetuosa, traspasó en España—acaso porque nunca acabamos del todo de vivir la “edad heroica”—los límites de la Edad Media, y reapareció una y mil veces en nuestra Historia y en nuestras letras: en nuestra Historia hecha energía y tenacidad tradicional, salvadora de los momentos difíciles; en nuestras letras hecha reelaboración de unos invariables valores morales y heroicos por encima de todos los figurines de moda. La guerra de la Independencia y el teatro romántico, por ejemplo, son reapariciones tenaces, en la vida o en el arte, de esa corriente vital y nativa. Son la epopeya rediviva o el romancero reelaborado...

Por eso esta hora confusa y desolada, en la que el mundo todo, tras un camino circular de desengaños, quisiera volver a las fuentes de la vida, puede ser la hora de España. España desde su hormiguero de viejos acarreos tradicionales, puede reírse un poco de las desprevenidas cigarras de la modernidad escéptica y racionalista. España puede cobrar ahora las rentas de todos sus viejos ahorros y capitalizaciones de fe, de moral, de escolástica y de romancero.

EL SABIO Y EL BRAVO

Ahora bien, de esta corriente nacional, brava e inconcreta, podían salir recursos heroicos y reservas intactas para las grandes ocasiones, pero no un sentido civil, perfilado, sabio, constructivo. El espíritu de las gestas y del romancero no hubiera bastado para hacernos un Estado europeo, si a su encuentro no hubieran venido con vocación creadora, con dureza inclusive, otras fuerzas y actitudes de pensamiento.

Y ante todo, la actitud y el esfuerzo—y es bellísimo episodio de genial anticipación—de Don Alfonso el Sabio. Tened en cuenta que él fué casi coetáneo del autor del *Poema de Alejandro*, en el que Don Aquiles se refugia, vestido de mujer, en un monasterio de monjas, y Ulises anda por los caminos, con un cajón ambulante, en oficio de buhonero (1). Así andaba aún de desfigurada y desconocida en aquella hora, toda la antigüedad clásica. Y sin embargo, Don Alfonso el Sabio, con genial lucidez, vislumbró las mejores esencias de la romanidad y quiso imprimirlas, con decisión temeraria, en la realista y desordenada vida española. Soñó la unidad, la autoridad, el Imperio. Quiso meter en "siete partidas" todo el folk-lor múltiple y colorista de los fueros. No hizo todavía poesía civil, pero adivinó ya muchos de los valores civiles que habían de hacer la gran España y nutrir su mejor poesía.

Pero era pronto. Su drama fué el de todos los selectos que se enfrentaron en España con la brava

(1) Vid. *Poetas anteriores al siglo XV*. Biblioteca Rivadencira.

corriente vital para meterla en rigideces y perfiles. Siempre es más fácil diluirse en un romance que disciplinarse en un soneto. Su lucha fué la misma de los *toscanistas*, más tarde, contra los copleros octosilábicos; la misma de Carlos V contra los comuneros; la de los clásicos contra los comediógrafos desordenados. La inteligencia pura tiene que ser siempre un poco cruel en sus austeridades y recortes. Y cruel tuvo que ser Alfonso el Sabio en sus afanes de unidad y perfil. Por eso el pueblo no le siguió. Le abandonó; le tachó de soñador y loco. Amparó la rebeldía de su hijo. Se puso—¡y cuántas veces luego!—en contra del *Sabio* y de la parte del *Bravo*.

Pero no fué perdida su austera y solitaria lección. El dejó marcado ahí, en lo alto, un máximo nivel, una meta de superación. Gracias a él amaneció en España la idea de que la realeza y la Corte tienen que ser algo más que poder: tienen que ser selección inteligente. Por él, la idea del trono llevó ya siempre unida algo de la idea de cátedra. Sin él acaso no hubieran escrito el Infante Don Juan Manuel, ni su hijo Don Sancho; ni Don Juan II se hubiera preocupado de las cosas del espíritu; ni los Marqueses de Villena y Santillana hubieran concebido la aristocracia como un servicio, no sólo de las armas, sino de las letras. Su voz no clamó en el desierto. Movilizó las futuras selecciones, tan necesarias en un pueblo como el nuestro, donde el torrente vital, precisamente por rico y múltiple, amenaza siempre con inundar las cimas y alturas... Y la posteridad le dió el triunfo. Sus *Partidas* se adentraron al cabo en el derecho español; y con él pasaron a América y aún resistieron allá más que la tierra misma, las conquistas extranjeras de nuestro antiguo Imperio. Todavía hoy algún abogado de la Florida o

la Luisiana, invoca en inglés, ante la justicia *yankee*, la vieja prosa del Rey Sabio.. Y este calor de compañía allá en el otro extremo del planeta, es el mejor triunfo póstumo del buen Rey, que soñó prematuramente con el Imperio y que murió creyendo, melancólicamente, que Sevilla era el único rincón de la tierra "que no le había dejado" (1).

LOS CONSEJOS DEL JUDIO

Probablemente, de un modo más o menos difuso, y con altas y bajas, puede decirse que, a partir de Don Alfonso el Sabio, hay ya en España un concepto de Corte, más amplio que el de simple "cuartel general" para la guerra. La Corte es concebida ya como selección rectora para la vida civil. En la cima de la Nación empieza ya a sentirse una fuerza de impulsión, de construcción de la vida pública; de resistencia, si es preciso, al alud de lo espontáneo y plebeyo.

Claro está que esta nueva conciencia de selección y regimiento, no siempre se mantiene en plano de pureza y a menudo se extravía y cae, como en D. Pedro I y algunos Trastamaras, en menosprecio del pueblo o en turbia curiosidad señoril por falsos saberes hebráicos o astrológicos. Pero de todos modos el hecho está ahí: sobre la exhuberante vitalidad popular, hay ya una inquietud intelectual, minoritaria y rectora, que ha de

(1) Vid. L. Moreau Lisbet y H. Carleton. *Leyes de las Siete partidas vigentes hoy en el Estado de La Luisiana* (New-Orleans, 1820) e *Informe de varias causas vistas en el Tribunal Supremo de Justicia de los Estados Unidos*, por Weaton. T. V. 1820.

construir en definitiva a España. Por ahí entrará todo lo que sea perfil, canon y orden que venga a embridar nuestra brava y magnífica sustancia humana. Por ahí entrará el soneto "al itálico modo" a disciplinar y represar los romances. Por ahí vendrá el Imperio a dominar la tribu.

Testimonio poético de esta primera luz indecisa de civilidad, entre la turbonada épica y juglaresca, son los originales proverbios del rabí Don Sem Tob, escritos para enseñanza y advertencia de Don Pedro I, en el momento de subir al trono (1). Todavía no puede llamarse ésta *poesía civil*: es poesía moral, sentenciosa, refranera. Pero no olvidemos que en España, donde siempre ha estado la política más hecha por las conductas humanas que por los preceptos legales, son siempre difíciles de discernir los límites de la poesía moral y la poesía civil. Ni que esta actitud del escritor independiente que se enfrenta con el Príncipe, para amonestarle y aconsejarle, es fundamental en nuestra literatura política en prosa o en verso.

Por lo general, los proverbios de Don Sem Tob, se mantienen en el plano de la ética más primaria y sencilla. Están colocados en la línea sentenciosa y senquista de nuestros refranes: línea españolísima que, ilustrada por el dicharachero Sancho Panza, se estira hasta enlazar con las coplas gauchas del *Martin Fierro*. Sólo algunas veces sus consejos cobran una mayor intención civil, y nos hacen recordar la altura y función del regio destinatario. Así cuando aconseja una pru-

(1) Vid. G. Ticknor. *Historia de la Literatura Española*. Trad. P. Gayangos y E. Vedia. Madrid, 1856. Tomo IV. Apéndice IV, pág. 331.

dente mesura entre "crueldat" y "mansedat" (1); así cuando recuerdan al Rey, que tenía bastante olvidada la empresa reconquistadora, que "la paz non se alcanza—sinon con la guerra"... Entonces las redondillas del judío de Carrión, suenan como un lejano precedente popular de los tercetos cívicos de Quevedo al Conde Duque.

Ni es tampoco circunstancia sin interés que sea precisamente un judío el primero que emplee este tono sentencioso e inaugure esta literatura de los consejos al Príncipe. Los *Proverbios* florecen en la hora en que ya España, por prolongársele demasiado su edad heroica, empieza a quedarse un poco retrasada de la marcha de Europa. En Italia ha lucido ya el primer Renacimiento. Se ha escrito ya la *Monarchia* de Dante; han madurado ya los sonetos de Petrarca. España sigue peleando con los moros o rota en contiendas interiores. Pero hay ya unas minorías que saben que por el mundo van ocurriendo aquellas otras finas cosas. Lo empiezan a saber, como dijimos, las minorías cortesanas. Lo saben también, por agudos y desarraigados de la colectiva inquietud nacional, los judíos. Por eso Reyes y judíos se entienden, a menudo, bastante bien durante estos postrimeros siglos medioevales. Dialogan un poco, sobre el pueblo, con displicencia y superioridad. Son la inquietud intelectual que burbujea en la

(1)

Por la grant mansedat
a home follarán
e por grant crueldat
todos los aborrecerán.

(Consejo 106.)

cima de la Nación, sin lograr todavía fundirse con ella. La crueldad de Don Pedro es, en cierto modo, desprecio del hervidero popular que no comprende su intención, ya un poco cesárea, afanosa de civil unidad. La osadía del judío es confianza en su espíritu crítico, agudo, internacional. Cuando esa inquietud selecta, constructiva, logre armonizar con la corriente vital, que sigue por abajo, cantando romances y diciendo oraciones, será la hora máxima de los Reyes Católicos.

LOS TROVADORES

Otra minoría rectora e impulsora que, desde fuera, viene al encuentro de la vitalidad hispana y contribuye a moldearla y perfilarla, es la de los trovadores. Ellos también son un elemento de lo que luego se ha llamado con pedantería "europeización" y tuvieron su parte en la tarea de concretar en sentido civil nuestro vago y difuso sentido nacional.

Los poetas de la Provenza constituían una de las minorías intelectuales más independientes y selectas de esa Europa que, menos agobiada que España por las durezas de la vida militar, se podía permitir ya el lujo de escribir sonetos y de tener sentido crítico. Los trovadores hacían, un poco, en la corte de Tolosa, el papel de intelectuales disconformes y protestantes: eran los censores de la Corte, los fiscales de la vida del Clero. Por eso, al surgir allí la heregía de los albigenes, los trovadores, llevados de la eterna tentación revolucionaria del intelectual, le prestaron calor y apoyo y acabaron por sufrir los efectos de la dura Cruzada que contra ellos decretó Inocencio III.

Pero en aquel momento y episodio, España, frente a la crueldad demoledora de los cruzados franceses, representa el partido moderado y tolerante. España tiene un gran sentido fronterizo de catequesis y misión. Domingo de Guzmán crea la Orden dominicana para que se abra paso con sus hábitos blancos entre los Cruzados salpicados de sangre hasta la barba, y atraiga a los herejes por procedimientos suaveros y razonables.

Es, además, la hora en que, en la Corte de Castilla, el esfuerzo del rey Sabio ha encendido un vivo foco intelectual. Los anhelos expansivos e imperiales del Rey se encuentran, pues, a medio camino con la fuga de aquellos intelectuales "europeizantes" y libres de la Provenza. Se produce la inmigración de éstos por toda España, y entre el Sabio y los trovadores se inicia ya—como luego entre el Cruel y el judío—otro diálogo e intercambio de crítica y comprensión. He aquí otro bullir de inquietud minoritaria y selecta que, en la cima de la nación, va labrando su sentido civil.

Desde entonces amanece ya en España la sátira política. Los trovadores no participan de aquella sana inconsciencia nacional. Ellos están, con un pensamiento propio y libre, a la orilla del camino por donde galopan, unánimes, los caballos del rómancero: tienen para el Rey el consejo, la alabanza o la burla; para la victoria, el ditirambo; para la Corte, la crítica; para el clero, la amonestación. Tienen, además, un principio de visión internacional y de sentido europeo. Hay ya en ellos cosas del libelo, de la declamación parlamentaria y del artículo de fondo.

El foco trovadoresco, más puro y genuino, fué el que floreció en torno al Rey Don Jaime el Conquistador. Nat de Mons le envía dos epístolas en verso, dándole consejos políticos y administrativos (1); Guillermo de Ameller (2) y Pedro Cardenal (3) cantan sus alabanzas; Sordel (4) y Rovenac (5) le hieren con sus críticas. Sobre el reino de Aragón, el más pacífico, jurista y europeo de la Península, amanece ya un esbozo de genuina inquietud política: partidos, críticas, discusión. La poesía trovadoresca es, un poco, el primer liberalismo peninsular.

En Castilla, todavía, el fenómeno trovadoresco, como todos los fenómenos europeos, no alcanza su pleno desarrollo. Castilla lo sorbe, asimila y desfigura, como todo: lo democratiza y casi lo mete y zambulle en la impetuosa corriente épica nacional. El trovador en Castilla, baja, a menudo, de la Corte al Municipio. Al servicio concejil aparecen Villasandino y Juan de Valladolid, escribiendo loores de Sevilla y de Córdoba. Defienden a sueldo la "situación" municipal y hacen un poco la propaganda turística. Por cien doblas de oro canta Villasandino el buen aseo y policía de la ciudad del Guadalquivir. Como otros por pagas parecidas acompañan a las tropas en las conquistas de Sevilla o Córdoba, animándolas con arengas rimadas (6). Castilla ha podido con la minoría trovadoresca y la ha me-

(1) Millot, *Histoire des Troubadours*. T. II.

(2) *Historia Literaria de Francia*, por los P.P. Benedictinos. T. XVIII.

(3) *Historia literaria de Francia*. T. XX.

(4) Millot ob. citada t. II.

(5) Raynonard, *Troubadours*. T. IV.

(6) Vid. Ramón Menéndez Pidal. *Poesía Juglaresca y juglares*.

tido en fila y pelotón. La brisa liberal y perfumada que llegó de Tolosa, allá va, confundida en viento épico, por los desfiladeros de Sierra Morena.

EL RIMADO DE PALACIO

Pero no por eso, al asimilarla y absorberla, dejó de lucrarse Castilla con algo de la actitud independiente y de crítica política de los trovadores. Algo de ellos hay, en el terreno de la *juglaria*, en los anchos retablos satíricos de vidas y costumbres del Arcipreste de Hita; y mucho de ellos, en el terreno de la *clerezia*, en el entonado y tieso *Rimado de Palacio* del Canciller Pero López de Ayala. Este es ya en muchas de sus partes obra de plena poesía política; con bastante más política que poesía. Es la contribución que a la obra crítica y rectora, de formación del espíritu civil de España, hace esa otra minoría selecta, separada de la inconsciencia épica y popular, que era la Corte. En el *Rimado de Palacio* del Canciller—la última obra española de la *cuederna via*—, ya España no vive la vida eufórica e inconsciente de las gestas. Como el cuerpo que, porque empieza a enfermar, empieza a sentir sus órganos y funciones, España en el *Rimado* se siente a sí misma; tiene ya sensaciones cenestésicas y orgánicas; le duelen ya muchas de sus cosas. El Canciller, con gravedad de declaración política, con mesura de hombre de responsabilidad, habla de la corrupción de la Justicia, de los abusos de la administración municipal. Tiene de vez en cuando, sentidos apóstrofes contra la inacción bélica de los Reyes frente a los moros; y no le faltan sus

pinitos de política internacional, como cuando pide, por ejemplo, la reunión de un Concilio para terminar el Cisma de Occidente. El Canciller es ya un español moderno, a quien, como a Unamuno, "le duele España". Pero es también un español de la Edad Media, a quien todavía le duele la Cristiandad.

PRIVANZAS Y SATIRAS

Claro está que este "dolor" de los selectos—la osadía refranera del judío, la crítica liberal del trovador, la preocupación entonada del cortesano—son el fenómeno que habrá de dar a España sabor de Estado moderno. Son la conciencia de algo que se renueva y transforma: primer paso de toda transformación y renuevo. Pero, de momento, esta conciencia—que es ya ruptura de la unanimidad espiritual, escisión y desasosiego, sin ser todavía remedio y medicina—engendra un siglo de inquieta turbulencia: "política" en los hechos y sátira en las letras.

En los hechos, la incipiente manifestación de la "vida política", como entidad ya distinta y despegada de la simple vida nacional, es la privanza y los bandos y partidos que en su torno se engendran. Dos privanzas son las que, fundamentalmente, florecen en este período: la del Cardenal de España, don Pedro de Frías, en tiempos de Enrique III, y la del Condestable don Alvaro de Luna, en los días de Don Juan II. Probablemente no son meros fenómenos episódicos y circunstanciales, producidos por la simple debilidad de los Monarcas; probablemente son síntomas de la hora, que porque ha perdido la anterior evidencia y la facilidad

inconsciente de la época heroica, reclama la intervención directa de inteligencias políticas y creadoras. España está blanda para moldearse, y las manos que se sienten con ambición rectora y vocación civil acuden, con afán, a la tarea. Casi seguramente no eran los "privados" los que estaban en el error. Por lo menos Don Alvaro de Luna es, sin duda, la inteligencia de estadista más clara de la época. Su plan de gobierno y regimiento de España, amplio, comprensivo y cesáreo, no difiere mucho del que luego, más afortunados, llevaron a la realidad los Reyes Católicos. Pero todavía era pronto. Todavía no lo entendían. Su drama es, un poco, el epílogo del drama del Rey Sabio.

Los privados engendran en torno de sus figuras, una doble reacción: en los hechos, un hervidero de conspiraciones, ligas, bandos y atentados; en las letras, un mal jardín de sátiras, libelos y coplas políticas. Son la reacción defensiva, con espontaneidad orgánica, del cuerpo inerte ante el bisturí del cirujano. El Cardenal de España tiene por principal enemigo al trovador Alvarez de Villasandino, alma vivaz de periodista, que hizo la crónica rimada de toda una generación de la Corte. Don Alvaro de Luna tuvo más altos enemigos: el trovador Juan de Dueñas (1), el famoso judío cordobés Antón de Montoro y el cortesano Marqués de Santillana, autor del *Doctrinal de Privados* (2), imitado muy de cerca por Fernando de la Torre en su *Testamento del Maestro*, y por Mosén Diego de Valera (3).

(1) Vid. *Historia crítica de la Literatura Española*.—José Amador de los Ríos. T. IV pág. 175.

(2) Vid. Conde de la Viñaza. *Discurso leído ante la Real Academia Española de Madrid, 1895*.

(3) *Canción a la muerte del Maestro de Santiago*. Cancionero que fué de Gallardo. Pág. 181. Amador de los Ríos. Tomo 23. *Revista de las Españas*.

En todos ellos la sátira política pierde ya toda medida y corrección y el ataque empieza a ser personal, virulento y despiadado. Casi nunca pasa de la mera argumentación moral y de conducta; casi nunca se eleva a consideraciones nacionales y de conjunto. En cambio sí pasa a menudo, y son sus mejores momentos poéticos, del episodio anecdótico de la privanza y su caída, a la meditación moral de la fugacidad de la gloria terrena. El encumbramiento y la caída de Don Alvaro de Luna entrará en la conciencia española, como un símbolo típico de las mudanzas de la fortuna. Una y muchas veces, el asombro de aquel súbito y luego desastrado poder, da lugar a esa amarga interrogación frente a la vida inestable, que es uno de los lugares comunes de la literatura universal desde las *Morales* de San Gregorio hasta los *Canti* de Leopardi, pasando por el famoso "¿qué se hizo el Rey Don Juan?", manriqueño:

¿Qué fué de vuestro poder
grant Condestable de España...?
.....
¿Qué es de vuestra Señoría?
¿qué es de todo vuestro mando? (1)

Hasta su mismo apellido servirá a los poetas para una melancólica e interminable metáfora de crecientes y menguantes. Eternamente la inspiración española buscará cualquier rendija de la política, para derivar y escapar hacia la meditación moral y religiosa. En cuanto podemos damos el brinco y nos vamos a contemplar las cosas *sub speciae aeternitatis*. El valor político de la

(1) Mosen Diego de Valera.

experiencia del Condestable impresionó mucho menos al pueblo español que el valor moral y humano de su cadalso...

Todavía en este tono, sentencioso y mesurado, pero ya con más amplia intención política, poetizan en torno del episodio del Condestable, después de su suplicio, Pero Guillén de Segovia, en un bello *Dezir*; los trovadores Juan de Agraz y Juan de Valladolid y el casi desconocido Pedro de Calatraviesa. Todos ellos coinciden en una misma exaltación del lema sencillo y castellánísimo "Rey y Pueblo" y en la misma condenación de todo poder intermedio y delegado. El gran delito de Don Alvaro fué para ellos "ocupar la señoría al rey" y con brava franqueza amonestan a éste para que no vuelva a incurrir en tal dejadez y flojedad:

Rey que siempre deseastes
bien facer e bien vivir:
pues del sueño despertastes
non vos torneis a dormir... (1).

Así le dice al soberano Juan de Agraz; y Juan de Valladolid, remacha:

Agora eres tú el Rey
magnífico e soberano:
si agoras cumples la ley
bésente todos la mano (2).

(1) Amador de los Ríos. *Revista de las Españas*, tomo 24, páginas 357 y 358.

(2) *Cancionero* de la Biblioteca Nacional de París. Cód. 7.824, página 99.

Bella es, sin duda, esta brava franqueza castellana: bello, sin disputa, este sentido monárquico, equidistante del servilismo y de la rebeldía; lleno del calor popular de los campamentos, donde nació la monarquía castellana; nutrido por esa ufanía paritaria y condicional del "nos que va'emos tanto como vos"... Bello, pero peligroso; como todas las manifestaciones de esa nativa corriente popular, llena de espléndidos valores humanos y morales, pero demasiado reacia a todo recorte y forma civil. Al fin y al cabo, esa exaltación monárquica se hacía, un poco, a costa de rechazar toda organización intermedia: de eliminar el Estado, cuando apenas quería esbozarse en España. Esa fórmula demasiado tajante—Rey y Pueblo—se parecía, en demasía, al caudillaje, tentación constante de aquella Castilla agria y levantisca, cuya Monarquía, no escasa de saltos, sesgos y desviaciones—los La Cerda, los Trastamaras—, recordaba a veces demasiado el turbulento sucederse de los caudillos godos y distaba no poco de la mansa continuidad dinástica de la Monarquía aragonesa, que acaso por estar asomada al Mediterráneo, aparece ya mucho más influida por el sentido jurídico del Estado moderno.

Latente detrás de todas esas coplas que exaltan al Rey para derribar por su espalda al Gobierno, hay no poco de anarquía, de sentido de tribu. Hay un desahucio más o menos consciente de aquel intento de Estado moderno y renacentista, que es el reinado de D. Juan II y el gobierno de Don Alvaro. Y este es el fermento que se desata ya plenamente en el siguiente reinado, o sea, en el de Enrique IV.

UNA HORA DEMOCRÁTICA
Y SATÍRICA

He aquí uno de los momentos de mayor depresión en la Historia de España. Lugar común es ya entre los historiadores el paralelismo entre aquella hora y otras recientemente vividas: testimonio de que la decadencia de los pueblos no es un producto matemático de valores de tiempo y espacio, como creyó el determinismo histórico, sino un resultado libre de las actitudes humanas: conductas, flojedades y dejaciones.

Por eso nos resulta tan *moderna* aquella hora de Enrique IV. Las mismas caídas morales, como causa. Las mismas recaídas prehistóricas, como consecuencia. En la cima de la nación un Rey tal como nos lo describe, con austeros brochazos, Enríquez del Castillo, escurriéndose por todos los declives hacia toda bajeza moral. Enrique IV, por nativa degeneración, amaba todo lo bajo y primario. Gustaba de andar solo por los montes y tenía gran trato con los animales y bestias salvajes. Era un naturista, un *rusoniano*. "Todo canto triste le daba deleite": era un *romántico*. No quería hacer la guerra porque no quería que se vertiera sangre: era un *pacifista*. Gustaba de dar gran confianza a sus criados y servidores: era un *liberal*. Amaba, por cima de toda otra, la compañía de moriscos y renegados: era un masoquista, un gustador de lo inferior y selvático. Hoy hubiera amado el *jazz*, las danzas negras, los fáciles orientalismos teosofistas y los compases mórbidos de los *remeros del Volga*. Y es que todo esto—rusonismo y romanticismo y pacifismo y li-

beralismo y negrofilia—no son productos temporales de la Historia y la Cultura, sino declives psíquicos del hombre. Son rebeldía de los instintos inferiores, sublevaciones de la bestia, recaídas de la carne. Desde el pecado original en adelante, el hombre abandonado a sí mismo es siempre rusioniano, romántico y liberal.

Y si la fruta se pudría así por arriba, no es raro que la podredumbre se corriera a toda ella. Bajo el Rey *Impotente* hierva una Corte señoril, depravada, tal como la pinta, con nerviosos rasguños, la prosa latina de las *Décadas* de Alfonso de Palencia. Las costumbres son licenciosas, las modas ridículas: algunas damas lucen en el tocado plumas de gallo y otras usan turbantes moriscos. Siempre el mismo embobamiento por la animalidad inferior. Todas las dejaciones morales de las malas horas históricas, están ahí: ya sólo falta que estalle y haga erupción la fuerza viva y brutal, que sólo el poder austero reprime y que inevitablemente la flojedad moral desata: la Democracia.

Y, efectivamente, aquel hervor popular de tribu y anarquía, al que ya vimos rechazar el intento renacentista y cesáreo de Don Alvaro de Luna, falto, al fin, de todo freno de poder, estalla en desobediencia e irrespetuosidad. El pueblo bulle en bandería y "opinionismo". Ni la misma autoridad real es ya, a menudo, respetada. Y como expresión de este momento se produce uno de los trozos más vivos, coloristas y exuberantes de sátira política que hay en la literatura española. Trozo de poesía genuinamente democrática, sin decoro, sin respeto, sin límite. Desperdicio de una fuerza y una vitalidad, que se regodean, con desperezo soez, al sol, mientras no las llega la hora de que un poder fuerte las mande a los bosques de América o a las dunas de Flandes.

Todavía en tiempos de Don Juan II se componen las coplas de *¡Ay, Panaderal* (1), llamadas así por el estribillo popular sobre el que avanzan, cojeando, las cuarenta coplas desgarradas, en las que se zahieren a cuantos tomaron parte en la batalla de Olmedo: batalla fratricida y política, sin grandeza ni trascendencia nacional. Pero todavía, un paso más. Estamos ya en los días de Enrique IV y ya viene repicando su campanilla de feria, el más desvergonzado poeta de todas las letras españolas:

El Provincial es llegado
a aquesta Corte real
de nuevos motes cargado,
ganoso de decir mal.

De "libelo brutal y tabernario" calificó Menéndez y Pelayo estas ciento cuarenta y nueve coplas, llamadas *del Provincial* (2), que son la crónica rimada y escandalosa de la Corte. Algo así como una orla de desvergonzadas caricaturas que alguien se hubiera entretenido en pintar, como ilustración, al margen de la censoria prosa latina de Alfonso de Palencia. Todos los personajes de la Corte—damas y caballeros—son zaheridos con nombres y señales. Algunos han hablado frente a estas coplas, de entereza popular y valor cívico. Pero,

(1) Fr. Liciniano Sáez. *Demostración histórica del verdadero valor de todas las monedas que corrían en Castilla durante el reinado de don Enrique IV y de su correspondencia con las del S. O. Carlos IV*. Madrid, 1805; página 547. *Ensayo de una Biblioteca de libros raros y curiosos, formados con apuntamientos de don Bartolomé José Gallardo*. Tomo I, columnas 613-618.

(2) Vid. Viñaza Op. cit. Nota 35.

en verdad, que aquel desatado torrente de injurias y chismes de alcoba, más que de ninguna virtud, parece hijo del eterno fondo del "resentimiento" humano; légamo productor de malas yerbas, estudiado moderadamente como una de las más profundas raíces psíquicas de todas las revoluciones. Solo el desgarró, la facilidad y la concisión epigramática de algunos de sus "disparos" explican su inmensa popularidad:

Es ya común opinión
que Doña Ana de Guevara
hace doblegar la vara
al Alcalde Mondragón.
Y que tiene su deporte
con Don Alvaro Pacheco:
en decirlo yo no pcco
pues es público en la Corte

.....
Vos, doña Isabel de Estrada,
deklaradme sin contienda,
pues tenéis abierta tienda
¿a cómo pagan la entrada?

Más aseadas de forma y de mayor gravedad, aunque no de más piadosa intención, son las famosísimas coplas de *Mingo Revulgo* (1): diálogo vivo y jugoso entre este pastor que representa el pueblo y un profesor o adivino llamado *Gil Arribato*. Estas coplas, que gozaron de gran reputación y merecieron ser comentadas por la buena prosa de Hernando del Pulgar, son indudablemente obra culta de algún político de la hora que, para

(1) Vid. *Crónica de Enrique IV* (Madrid, 1787). Ed. de la Real Academia Española.

mejor llegar al pueblo y hacer oír sus feroces diatribas contra el Rey, Don Beltrán de la Cueva, D.^o Guiomar de Castro y otros personajes de la Corte, finge desgarró popular y aun emplea el lenguaje sayagüés, de los pastores de la Alta Extremadura. Faltaba todavía a la explosión democrática de la hora aquel matiz: su poco de habla vernácula; y el político agachándose y tomando aires de gañán, para "llegar a la masa". Otro rasgo de la claudicación democrática. Menos mal que el autor de las coplas, tenía muy buen instinto poético y, por lo menos, dejó en su obra el primer esbozo de ese tipo de égloga castellana, genuino y realista, que nada tiene que ver con las clásicas virgilianas ni con las trovadorescas gallegas, y que, al fin, pasando por Juan del Encina, había de incorporarse, con tanto brío y color, al teatro de Tirso y de Lope.

Antón de Montoro, el famoso "ropero" de Córdoba, es, finalmente, otra de las voces democráticas que se hacen oír, con mucha autoridad y extenso público, en aquel período de poesía polémica (1). Su vida fué larga: ya poetizaba en torno a la privanza de Don Alvaro y todavía, con setenta años, dirigió coplas a la Reina Católica: "pimpollo de noble vida". Fué, acaso, el más simpático y menos hiriente de todos los copleros políticos y la mudanza de los tiempos se advierte en aquella brava ufanía, por la que nunca renegó de su origen judío ni de su oficio de sastre.

(1) *Obras*. Cod. en la Biblioteca Colombina de Sevilla. Hay una copia de este Codice en la Biblioteca Nacional de Madrid. Sigd. Dd. 61. Se copian algunas poesías sueltas en el *Cancionero de obras provocantes a risa*. (Valencia 1519).

DE LA HORA DEMOCRÁTICA A LA HORA IMPERIAL

He aquí el hervidero popular, dialéctico y colorista, que llena el reinado de Enrique IV y desborda hasta el de los Reyes Católicos. Con éstos ha de enmudecer, por más de un siglo, para no resucitar sino en aquella airada y brillante explosión satírica de los Villamedianas, Quedos y libelistas anónimos, cuando las riendas del Estado, en manos de otro Rey IV—ahora Felipe—, tornan a aflojarse. Mientras tanto, toda esa fuerza vital y popular no estará ahogada ni asfixiada, sino metida en perfiles clásicos, encauzada hacia una unánime exaltación del Imperio. En vez de despilfarrarse en ancha inundación, andará canalizada por los octosílabos de Lope o los endecasílabos de Herrera, moviendo las ruedas de nuestra mejor máquina política.

Porque es un mal enfoque decimonónico el creer esta sátira política del siglo XV una limpia y valiente expresión de la conciencia pública, que llevaba toda la razón frente al desgobierno de arriba. Esa sátira, como toda creación democrática, tenía un inicio de justicia y razón; desbordado luego, por una enorme cantidad de anarquía y malas pasiones.

La prueba es que cuando el poder pasa de las manos flacas del *Impotente*, a las fuertes y hábiles de los Reyes Católicos, el mal declive democrático y liberal de la discusión política sobrevive a su justificación y causa, y se ensaya todavía en morder y limar los moldes sabios y justos en que los nuevos monarcas pretenden meter la vida española.

Todavía en su reinado se escriben en Jerez de la Frontera, las llamadas *Quejas de Castilla* (1); donde el Reino se queja, no ya de las medidas disciplinarias de los Reyes, sino aun de sus más gloriosas empresas, como la toma de Granada. Es la rebeldía crítica, que dejándose escurrir por su inercia peligrosa, rechaza ya, no el "mal gobierno", sino cualquier gobierno o poder. En esas coplas llega a llamarse al insigne Cardenal Cisneros "lobo rapaz, con hábito de cordero" y se comentan con escándalo sus empresas imperiales africanas:

Si dices que fué tu empresa
por servicio de tu grey
y por ensalzar tu ley
y crecer más tu dehesa,
y que lo que has trasquilado
ha sido bien empleado,
pues allanaste las sierras:
¿para qué quieres las tierras
pues que matas el ganado?

Esta última pregunta contiene, sin duda, un saludable y cristiano principio político, nervio del pensamiento español: el desahucio de la estatolatría. El ganado no es para la tierra, sino la tierra para el ganado. No es el ciudadano para el Estado, sino el Estado para el ciudadano. Pero su recuerdo demasiado insistente cuando el Estado español apenas empezaba a esbozarse; su enfática exaltación frente a la indiferencia escéptica con que se mira el "crecimiento de la dehesa", no es, en el fondo, más que abandonismo, derrotismo, sentido aldeano y localista. Es la misma actitud espiritual que no había comprendido el sueño del Rey Sabio, ni la

(1) Biblioteca Nacional. M 145.

política del Condestable y que pocos años después había de nutrir la resistencia de los comuneros frente a Carlos V.

Y es que esa brava y libre poesía política, que arrastraba, indudablemente, mucho oro de justicia, moral y buen sentido, era, en demasía, continuidad tradicional, modorra conservadora, y no bastaba para el definitivo crecimiento de España. Era necesario acallarla, recortarla y meterla en estilo. Matando moros nos habíamos quedado un poco atrás del movimiento europeo. Ese retraso había de servirnos para conservarnos puros en muchas cosas y preservarnos de muchos extremos. Pero de todos modos, las novedades renacentistas—el Imperio, el Estado o el soneto—no podían ya salir de nuestra mera continuidad tradicional, y teníamos que encontrarlas en alguna impulsión externa. Un embajador italiano, había de traernos el endecasílabo. Un César germano, nos había de traer el Imperio.

ESPAÑA ANTE EL RENACIMIENTO

En realidad, la fuerza de impulsión de todas las renovaciones profundas de aquella hora vino a España, como a todas las naciones de Europa, de Italia.

Italia estaba en aquella hora encerrada en el Mediterráneo, disputada por angevinos y aragoneses; magra de material humano y geográfico. Era una Italia rota, dividida, dominada: un hervidero de republiquetas, municipios y tiranías. Pero sobre este caos también flotaba el Espíritu... Quiero decir, que sobre este caos, como el soplo de Dios sobre las aguas, flotó siempre la pura inteligencia latina.

Aun en sus horas más rotas, Italia tuvo siempre una lección para los otros, que, muchas veces, por falta de material humano donde encarnarla, no pudo aprovechar ella misma; lección, por eso, de pura inteligencia. Francia o España llegaron mucho antes que ella a realizar toda la técnica del Estado moderno: pero Florencia o Venecia fueron las creadoras de esa técnica. Fernando el Católico o Luis XI, fueron enormes artistas de la diplomacia: pero el arte diplomático es una creación florentina. Como es italiana el *Arte della guerra*, aunque su amplia y artística realización sea honor de nuestro Gonzalo de Córdoba. Como el Imperio es sueño o teoría en Dante y Petrarca, aunque sus fragmentarias realizaciones sólo hayan sido germánicas y, sobre todo, españolas. Como la "vida privada" negada por mucho tiempo a aquellas minúsculas señorías, agitadas por vendavales políticos, sólo fué programa deseado en Pandolfini o Alberti—teorizantes del *governo della famiglia*—, mientras era humo caliente de paz en los hogares de Castilla. Mucho le fué negado a Italia en sus horas más duras: pero nunca le fué negada la idea pura y la palabra creadora.

A su lado en cambio tenía Italia una nación—España—que era multimillonaria de aquello que a ella le faltaba: de riqueza humana; de vitalidad palpitante; de valores morales, de profundidades religiosas. Por eso España era cuerpo robusto bien dispuesto a todas las asimilaciones, a todos los injertos y vacunas. España estaba informada ante todo, por el sentido cristiano, y éste no es coto hermético ni agua estancada, sino, al

contrario, continuidad permanente, que asimila e inserta todo lo contingente en lo eterno. Ya durante la Edad Media, San Francisco había asimilado, bautizada, toda la Naturaleza; San Alberto, toda la Ciencia; Santo Tomás, toda la filosofía racionalista de Aristóteles. Y lo mismo se hubieran asimilado todas las novedades que desenterró el Renacimiento, si éste, con su clasicismo prematuro y abortivo, no hubiera cortado aquella laboriosa digestión de las esencias clásicas que venía realizando la Edad Media, y hubiera hecho que todas las nuevas adquisiciones, convertidas en objeto de una immoderada idolatría y de una prematura emancipación, cuajaran fuera de la órbita de la Ortodoxia. Así es como la Reforma cuajó en heregía; y en paganía el Renacimiento.

Pero hubo un pueblo que llegó a aquella peligrosa fisura de la Edad Media y Moderna, dotado, como ningún otro, por virtud de su profundo sentido cristiano, de un enérgico poder de asimilación. Ese pueblo es España. España tomó el Renacimiento como un injerto; España no rechazó nada, sino que lo asimiló todo y todo lo bautizó. No rechazó la Reforma, pero hizo, dentro de la Ortodoxia, una Reforma *suya* que fué la de Cisneros, la de Santa Teresa, la de San Juan de la Cruz, la del Padre Láinez en el Concilio de Trento. España no rechazó el Renacimiento, pero hizo un Renacimiento *suyo*, en el que reelaboró con mucha técnica y sentido moderno, todos los valores eternos de la Cristiandad: la escolástica se convierte en Derecho de Gentes; la Caballería y la Cruzada, en Compañía de Jesús; la Cristiandad en Imperio, el romancero en teatro. España toma todo lo de la hora y todo lo transforma. Le pide a Petrarca la rigidez del soneto, para me-

terle dentro la angustia de Quevedo o la trascendencia de San Juan de la Cruz. Le pide a Dante la técnica del Imperio para llenarla de sentido misionero y apostólico. Le pide a Castiglione, el *Cortesano*, para ponerle un rosario en la mano y convertirlo, con Gracián, en el *Discreto*. Le pide a Machiavello, el *Príncipe* para bautizarlo y convertirlo en el Rey cristiano de Márquez, Saavedra o Salmerón. España, en una palabra, es, en aquella hora, el Santo Tomás o el San Alberto de aquel segundo Renacimiento, que mete todas las cosas en la órbita ortodoxa, que redime sin eludirlo todo el peligro del momento, según la fórmula cristiana que tiene por dogma central la Encarnación. Porque Dios para vencer la suprema rebeldía de la carne, no la destruye ni la mata, sino se encarna en ella, la levanta y la llena de Gracia: lanzado así, con solo trasladarlo de lo divino a lo humano, todo el programa y estilo de nuestra doctrina, que no es nunca la destrucción y la muerte, sino la Encarnación redentora de la Verdad en cada uno de los fragmentos útiles y aprovechables del pensamiento humano y de la Cultura universal.

GOMEZ MANRIQUE

Así llega a España, en todo, el sentido renacentista y moderno: como una presión de fuera, que había de dar forma y perfil, sin ahogarlo, al espléndido material humano y nativo de nuestra Edad Media.

Esta fusión y maridaje tiene su equivalente en las letras. Al margen de aquella poesía popular política, rica en valores humanos, desnuda de disciplina civil, venía ya afinándose y preparándose el elemento culto y renacentista, que había de darle forma. Ya Gómez

Manrique, gran señor y político influyente, había hecho algunas coplas de político grave y constructivo, limpias de la intención satírica y demoleadora comunes en el momento (1). Es un censor del mal gobierno municipal de Toledo y en general del desgobierno de España. El tono de sus coplas es grave y ponderado; y su enjundia, cristiana y españolista. Su política no sabe todavía de las "razones de Estado" del maquiavelismo y no es más que una sencilla aplicación de la moral:

Los mejores valen menos
¡mirad qué gobernación
ser gobernados los buenos
por los que tales no son!

SANTILLANA

Otro gran señor, lleno de intención política en su vida y obra, es el Marqués de Santillana. Si hay alguna figura en cuya carne se vea iniciarse esa síntesis y matrimonio, que hemos descrito como clave de nuestra modernidad y siglo de Oro, es en él. Político, caballero y poeta renacentista, sabe que España tiene que incorporar muchas cosas; y él procura incorporarlas, pero sin perder la substancia nacional. Con gesto muy de cortesano renacentista, toma por mote y divisa que luce en saraos y torneos, estas tres palabras: *Dios e Vos*. El estilo no puede ser más de la hora. Pero cuando muere, declara que el *Vos* que llevó toda su vida en sus bandos y escudos, se refiere a la Virgen María. La sustancia no podía ser más española y más eterna.

(1) *Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por Antonio Paz y Meliá, Madrid. Vols. 36 y 39 de *Colección de escritores castellanos*.

Y así como en su mote, todo en su vida. El es el que en su famoso *Proemio*, primera pieza de crítica literaria española, adora solamente la poesía culta y desvaloriza como "ínfima" toda poesía popular. Pero él es el que, cuando quiere hacer poesía serraniega, se aparta de todos los modelos clásicos y provenzales, y crea un género españolísimo, palpitante de realidad y fragante de tomillo. Aquel encuentro con la "mora de Bedmar" no se verifica en ninguna pradera arcádica, sino ante las líneas avanzadas del campo cristiano, por las que el Marqués, buen capitán, anda de reconocimiento. Tiene el episodio, la vida periodística de cualquier encuentro, ayer, de un cronista de guerra, con uno de esos gañanes que, tercos en sus faenas de paz, se metían más allá de las vanguardias, por "zona de nadie", sin quererse enterar de la guerra. La rapaza viene de ver su ganado y va a varear sus aceitunas en el olivar de Ximena. El marqués le advierte el peligro:

Señora que esta mañana,
han corrido la ribera
aquende de Guadiana,
moros de Valdepurchera
de la guarda de Abdilbar...

¿Qué peligro podía tener para nosotros la revolución renacentista? Los moros seguían en España. Continuábamos viviendo la "edad heroica". Y ya véis: al que se ponía a hacer una égloga, le salía, sin querer, un romance fronterizo.

Santillana tenía, por eso, como pocos, en sí mismo todos los elementos para haber iniciado una poesía ya plenamente civil—más que política—de ancho y buen sentido. Bajo su fervor renacentista, bajo su curiosidad de endecasílabos y sonetos, sentía, como pocos, a

España en su unidad. En su *Proemio* literario, con una actitud comprensiva rara en su hora, alinea con igual amor, como joyas de las letras españolas, las viejas "vaqueras" gallegas y los versos mallorquines de Ausias March. No llegó el Marqués, ocupado en los disturbios castellanos, que apenas le dejaban tiempo sino para dialogar con las serranas desde la silla de su caballo, a dar plena expresión poética a aquel su ancho sentido patrio: pero, cuando alguna vez esboza un poema civil, en él ha quedado la huella de aquel su amplio modo de concebir a España. La *Comedieta de Ponza* por debajo de sus forzadas alegorías dantescas, contiene un buen trozo de poesía civil, en el que la batalla naval librada contra los genoveses en Gaeta, en 1425, es ya sentida con énfasis casi herreriano y con amplitud casi imperial. El mero hecho de mojar su pluma por tierras de Burgos y Valladolid, para cantar un suceso mediterráneo, es ya bien elocuente. Y la vivísima descripción de la batalla está llena de una apasionada y estremecida españolidad. Breve es todavía el marco: el golfo de Gaeta le dice a la Historia muy poco en comparación del golfo de Lepanto. Pero en su espacio modesto, España es ya, para el Marqués, "una unidad de destino":

La gente de España llamava "¡Aragón!"
 e todos "¡Navarra!" los de su cuadrilla,
 e los que guardaban el noble pendón
 do era pintada la fogosa silla,
 llamavan "¡Mallorca, Cerdeña e Cecilia,
 Córcega e Sessa, Salerno e Tarento!"
 (1)

(1) Vid. Marqués de Santillana. *Canciones y decires*, 1913. Madrid. Introducción y Notas de Vicente García de Diego, y *Poesía española*, Antología. Signo, Madrid, 1935. (Edad Media.) Ed. de Dámaso Alonso.



JUAN DE MENA

Pero es en Juan de Mena, el otro gran poeta de la Corte de Don Juan II, en el que hallamos una lúcida y plena vocación de poesía civil. La mala crítica de principios de nuestro siglo, llena de prejuicios democráticos y de adoraciones plebeyas, no tuvo ojos para el enorme y anticipado esfuerzo del gran poeta cordobés, buscador intrépido de un estilo culto y de una alta poesía nacional. Juan de Mena fué el primer poeta español que se planteó, con plena conciencia, el problema del lenguaje poético. Con valiente resistencia para toda inercia popular, Juan de Mena se propuso la elaboración de un instrumento estilístico alto, entonado y aristocrático. Se dió cuenta—con genial previsión—de que España llegaba a una hora adulta e intervencionista de poder e Imperio. Los pueblos llegan, como los hombres, a la voluntad, después de haber pasado por la sensibilidad y la inteligencia. Los capítulos del lenguaje son como los del alma, de la que el lenguaje es expresión. Primero, la sensibilidad, la espontaneidad poética: el *Poema del Cid*. Luego, la idea, la organización de la prosa: Alfonso el Sabio. Al fin, la voluntad intervencionista; la retórica, la gramática: Juan de Mena, y enseguida Nebrija. Estas son las edades del hombre y de la lengua. Por eso la poesía tiene gracia de niña; la prosa, seriedad de adulto; la retórica, impertinencia de viejo... La hora de Juan de Mena empezaba a ser época adulta e impertinente; de voluntarismo: de Imperio. De ese Imperio del que, pocos años después, Nebrija declararí a la Lengua "compañera", y que antes de ser dominio expansivo o exterior, es dominio interno: fuer-

za disciplinada de voluntad y dirección frente a todos los mitos de la espontaneidad silvestre.

Acto de Imperio, pues, de voluntarioso afán de dominar su propio instrumento, es aquel desalado correr de Juan de Mena tras los altos y nuevos vocablos. Es el afán de una voluntad lúcida, que tiene conciencia de la altura de la hora y que quiere ponerse a su nivel, rescatando el tiempo gloriosamente perdido por España.

No importa que, a veces, el ímpetu de su carrera le lleve demasiado lejos. No importa que muchos de sus neologismos fracasen. No importa que en un desdichado y famoso verso, el amor sea para él "ficto, vaníloco, pigro". De todos modos, queda en su honor el impetuoso intento en una España que aún tendía a escupir los "neologismos", como ayer los ensayos cesáreos del Condestable o más tarde los de Carlos V. Si su lenguaje resulta bronco y duro, también lo resultan la Santa Hermandad, y la Autoridad absoluta, y el Imperio y el Estado y todos esos otros intervencionismos duros que habían de meter en perfiles modernos, esta henchida vida española, demasiado acostumbrada a derramarse libremente por llanuras de romancero.

Pero por debajo de su decidida voluntad renovadora y renacentista, Juan de Mena conserva fría su cabeza para lo sustancial y ni en él se rompe la ley española de la síntesis. Ahí está en su *Debate de la Razón contra la Voluntad*, otra vez, la sabia consigna de la absorción seleccionada y prudente:

Usemos de los poemas
tomando dellos lo bueno,
más huyan de nuestro seno
los sus fabulosos temas.

.....

De la esclava poesía,
 lo superfluo así tirado,
 lo dañoso desechado
 seguiré su compañía.
 A la *católica vía*
 reduciéndolo por modo
 que valga más que su todo
 la parte que fago mía.

La consigna de cristianización, de incorporación seleccionada de los "antiguos" a la "católica vía"—tan parecida a la de San Basilio en su "Homilia" famosa sobre el provecho que puede sacarse de los libros gentiles—, queda lanzada en el pórtico mismo del Renacimiento español y nada menos que por el más fanático de los renovadores.

Armado de tan saludable y equilibrado programa, se mete Juan de Mena por la selva feraz de su *Labyrintho*: y ya, aunque a muchos haya desorientado y arredrado su áspera maleza, ésta no logra ahogar nunca la clara vena patriótica y cristiana que corre bajo ella y lo convierte en el primero de los poemas imperiales de España. En él aquella visión de la unidad española que ya vimos esbozada en la *Comedieta de Ponza*, es conciencia clara, salvada, al través de todo el torrente medieval, desde las viejas piedras de la orilla romana hasta la joven orilla del gran siglo que empezaba a ver-dear:

Vi las provincias de España poniente
 la de Tarraco y la Celtiberia...

 Mostróse Vandalia la bien pareciente
 y toda la tierra de la Lusitania,
 la brava Galicia con la Tingitania,
 donde se cría feroce la gente.

Esa visión romana de la unidad—no ya coloreada y paisajista como la de *Mío Cid*, sino austeramente geográfica—, el poeta quisiera coronarla con una fuerte autoridad cesárea. No la halla su vista, pero la finge y la sueña su deseo, poniendo proféticamente, en Don Juan II, la gloria de los futuros Reyes y Emperadores de España:

El nuestro Rey magno bienaventurado,

.....

digno de reyno mayor que Castilla.

Proféticamente sueña la expansión territorial castellana y proféticamente ve al Rey, como en una viñeta de códice, con arreos imperiales: con "ebúrneo cetro" y rica corona,

más refulgente que el cielo estrellado,

recibiendo las embajadas

de bárbaros reyes y grandes señores;

embajadas que todavía no venían por los caminos de España, pero que no era malo que ya vinieran por la imaginación de los poetas. Todo cuanto de glorioso y magnífico puede encontrar en los siglos pasados de España, todo lo revuelve y mete en su *Laberyntho*: las Navas de Tolosa, la toma de Algeciras, la ciencia de D. Enrique de Villena, la castidad de D.^a María Coronel, la muerte heroica del Conde de Niebla en los muros de Gibraltar.

Todo eso está en el *Laberyntho*. Pero, en definitiva, todo está, no más, en el ímpetu del poeta. Eso es lo verdaderamente imperial de la obra. El busca la gran-



deza de España, intrépidamente, como busca sus palabras audaces donde quiera que sea. Como la realidad presente le da poco tema, hace su poema de recuerdos magníficos y de vaticinios luminosos. Y cuando en la hora que vive, un relámpago de gloria—la empresa de Sierra Elvira—ilumina la noche cerrada de los disturbios civiles, su estilo se encabrita, se levanta y llega a producir estancias magníficas, como aquella que contiene una de las más movidas y briosas descripciones de guerra que hay en la poesía española:

Con dos cuarentenas y más de millares
le vimos de gentes armadas a punto,
sin otro más pueblo inerme allí junto,
entrar por la vega talando olivares,
tomando castillos, ganando lugares,
haciendo con miedo de tanta mesnada,
con toda su tierra temblar a Granada,
temblar las arenas fondon de los mares.

Después de leer esta octava galopante y estremecida; romancera todavía en su exactitud de las dos cuarentenas de millares de soldados; herreriana ya en aquel temblor de las arenas bajo los mares: no nos parece excesivo el encarecimiento de Menéndez y Pelayo, que dice que "de todos los poemas eruditos compuestos en Europa antes de *Os Lusíadas*, quizá no hay ninguno más histórico y más profundamente nacional que éste". El *Laberyntho* es poema ya de plena conciencia civil. Todo lo que había de ser componente del gran Estado español que amanecía, está en él, cuando no visto, recordado o deseado. En él, el ansia de los valores renacentistas: Unidad, Autoridad, Expansión, Imperio. En él la sustancia humana que había de rellenarla y darle

vida: sustancia rota en mil episodios magníficos y romancescos. Su clara conciencia de un destino español que une, de siglo en siglo, todos los capítulos de la "virtuosa y magnífica guerra", o sea la Reconquista; su abominación de todo pleito interno que apartara a España de esta guerra: todo es en él conciencia clara de una España exacta y total. Su carrera impetuosa en busca del neologismo, fracasó a veces. Lo que no fracasó fué su otra carrera en busca de una España actual y eterna, tradicional y renacentista. Esa logró encontrarla. Esa está allí, recordada o profetizada, bajo la selva un poco tenebrosa de sus octavas de arte mayor (1).

LA TRIBU SE RESISTE AL IMPERIO

Un paso más, y estamos ya a la orilla de ese anchísimo océano que es nuestro Siglo de Oro. Todo el poder de síntesis de que sea capaz nuestra mente, lo necesitamos ahora para poder abarcar, sin deslumbramiento, su complejísimo panorama.

Los Reyes Católicos han iniciado el milagro. Esa contigüidad cronológica de su reinado magnífico con el desastrado de Enrique IV, es una prueba más de la gloriosa libertad humana sobre la que la Historia se construye al margen de toda fatalidad determinista. Cuando vemos sucederse, con contacto directo en el tiempo, a Enrique IV y los Reyes Católicos, como a la segunda República y el Movimiento Nacional, no hemos de hablar de largos procesos fatales de causas y con-

(1) Vid. Ed. Poulche-Delbosc. *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*. XIX.

causas: hablemos de la ancha libertad y del maravilloso poder reactivo del espíritu humano. Esas horas históricas son contiguas en el tiempo, como en el espíritu pueden serlo el pecado y la contrición.

Sobre el hervor de la vida española, rica y anárquica, hay ya una plena intención constructiva de orden moderno, de latina unidad: los Reyes hacen justicias y talan privilegios; se acaba la limpia de los moros; se estudia latín; amanecen, cada día, las acacias de los caminos, mostrando, balanceantes, al sol, la cosecha nocturna de la Santa Hermandad.

Dura es la primera embestida del nuevo orden frente a la anárquica vitalidad española. La abundante floración de coplas satíricas, enmudece en unos años, como por arte de magia. Ya no reaparecerá sino en el extranjero; en torno, primero, de la obra de Carlos V, con las malignidades y envidias del Conde de Nassau (1), de Chappuys (2) y de Arena (3); en torno, luego, al episodio de Antonio Pérez y Felipe II y, al fin, un siglo después, en España, en el nuevo ciclo de Felipe IV y Olivares.

Pero ya lo dijimos: en España el dilema es crudo. Cuando vencemos en nosotros la tribu, del empujón nos corremos hasta el Imperio. No tenemos término medio. No bien hemos vencido la anarquía feudal, cuando ya viene bogando hacia España un Emperador. No bien abandona Juan Boscán, como instrumento poético, el catalán vernáculo, cuando ya se trae importado de Italia el instrumento imperial que es el endecasílabo. Nunca ha sido España más dura para hacerse y unificarse a sí misma. Nunca más amplia para absorber todo lo

(1) Con ocasión del sitio de Mezierés.

(2) *Complainte de Mars sur la venne de l'Empereurs en France.*

(3) *Meigra Entrepiza.*

universal. A los cinco años de adoptarse un metro tan revolucionario como era el endecasílabo, ya lo empleaban, no los jóvenes y los audaces, sino los frailes doctos y pios que hoy se escandalizarían de usar un estilo que les pareciera un poco vanguardista y no tuviera la retaguardia de tres siglos, por lo menos, de uso y traducción. A los cuatro meses de aparecidos en Rotterdam, ya se traducían y comentaban en España los *Coloquios* de Erasmo. ¡Cuando hoy hemos tardado diez o quince años en conocer o traducir la novela rusa o el teatro de d'Annunzio!

España se sentía tan segura de sí misma, tan insobornable en sus convicciones íntimas, que amanecía cada mañana dispuesta a descubrir un Nuevo Mundo o adoptar un nuevo verso. Y sus costas, lejos de ser una muralla hermética y aislante, eran como una guirnalda de puertos y ensenadas, en el interior de las cuales, el índice de sus curiosidades, como la proa de sus galeones, enfilaba, a la redonda, la inquietud de todos los rumbos y de todos los destinos.

Pero no se crea que se hizo sin dolor y resistencia esta amplificación de la vida española. Nuestra tenacidad tradicional—salvaguardia de tantas purezas—es, por contrapartida, correosa como pocas y reacia a toda inspiración externa. En los hechos, esta resistencia tiene su expresión en el movimiento de las Comunidades de Castilla contra la llegada del Emperador: movimiento que enternecía a los liberales de principios de siglo, pero que, en realidad, no fué mas que resistencia de caciquillos agrarios que, creyendo defender sus fueros

y libertades, lo que hacían era rechazar, asustados, el Imperio que se les venía, sin pensarlo, a las manos. Se asustaban de su ancha universalidad, como se asustaban ayer del latino empaque de los *beligeros, túrbidos y crinados* de Juan de Mena. Era cuestión de buen ánimo y anchura de espíritu. Carlos V venía a hacer que en los dominios españoles no se pusiera el sol: aquellos hidalgüelos de Tordesillas o Segovia estaban demasiado bien avenidos con que se pusiera en las bardas de su corralillo aldeano.

Equivalente literario de ese movimiento es la resistencia de los defensores de las antiguas coplas octosílabas, contra los "toscanistas" o introductores del endecasílabo. El episodio es algo más que un simple pleito métrico o retórico. Se advierte en los defensores de lo tradicional—sobre todo en su jefe Castillejo—todo un concepto de la vida, cazurro, localista, readio. Sobrevive en ellos, un poco, el viejo espíritu anárquico y democrático de los copleros políticos; y, mientras Boscan o Garcilaso cantan amores etéreos, ellos insisten en la sátira maldiciente y disociadora de las costumbres. Hay en todos ellos un cierto concepto regalón y casero de la vida: una especie de versión castiza del *Beatus ille* horaciano, demasiado fragante de aceite, demasiado resignado a no ir más allá del ideal gastronómico de la *Cena* de Baltasar de Alcázar.

Hacienda no mal ganada
con sudor, más heredada;
campo bien agradecido,
lugar durable sabido
y pleito jamás por nada;
pocos cargos de que dar
cuenta, ni tener cuidado,

y el ánimo sosegado
buenas fuerzas a la par,
y el cuerpo sano y templado (1).

Este es el ideal moderado y antiheroico de Cristóbal Castillejo: ideal de rentista, en el que están, en germen, mil actitudes de la burguesía española: el abstencionismo político, el localismo y la segura inercia de la Deuda Pública. Castillejo no se atrevía con la vida, como no se atrevía con las once sílabas del nuevo metro imperial. Su ideal es el que llegó a ser "lugar común" en la época, como bandera de la resistencia castiza; el que cifró en consigna el obispo Guevara: "Menosprecio de Corte y alabanza de aldea". Y está bien la alabanza de la aldea, pero no el menosprecio de la Corte: que civilización, y urbanidad y ciudadanía, cimientos del Estado, son cosas que tienen en su raíz etimológica, la *civitas*, la *urbs* y la *ciudad*. La aldea, pues, sí, como punto de partida. La lumbre hogareña de Vivar para salir de ella con las manos calientes, para conquistar Valencia. Pero no la aldea como punto de llegada: como refugio, porque asusta el mundo y porque no se puede con el Imperio.

LA UNANIME HORA IMPERIAL

Pero de momento vence la Corte, vence el Imperio. El endecasílabo encuentra en la España de Carlos V un tema a su medida y estatura; y en medio del silencio de los copleros derrotados, se levanta como un monolito la obra maestra de nuestra poesía imperial: el se-

(1) Vid. *Cristóbal de Castillejo*. Obras Ed. "La Lectura". Prólogo y notas de J. Domínguez Bordona.

neto de Hernando de Acuña (1). Todo está en él en enjuta y estremecida síntesis. La unidad y la universalidad, hermanadas en un nuevo sentido gibelino: "una grey y un pastor solo en el suelo", "un Monarca, un Imperio y una espada". Y luego el concepto del poder como milicia y conquista:

Ya el orbe de la tierra siente en parte,
y espera en todo, vuestro Monarquía
conquistada por vos en justa guerra.

Y luego la razón interna de ese Imperio—la misión cristiana al servicio de Dios—y sus posibilidades futuras:

que, a quien ha dado Cristo su estandarte
dará el segundo más dichoso día
en que, vencido el mar, venza la tierra.

No falta ni sobra nada. Con el estandarte de Cristo en la mano, por el mar a la tierra. España, llegada a la edad adulta, se siente ya hacia fuera, en función de vida externa, y su atención refluye hacia la periferia y las costas, como hacia la piel, coloreándola, la sangre del hombre sano que marcha cara al sol. Todo el romancero y la épica medieval es ardiente poesía "de tierra adentro". Ni en Valencia se enteró el juglar del Cid de que, tan cerca, rugía la playa. Ya no: ya se habla de vencer el mar para vencer la tierra. Cristo le ha dado a España su estandarte. España pelea por Cristo; pero sabe ya el poeta que Cristo no puede venir a España, sino como vino en el Evangelio al encuentro de Simón Pedro: caminando, con sus pies de jazmines, sobre las aguas del mar.

(1) Vid. Conde de la Viñaza. Op. Cit. pág. 37.

Y nada de esto es tiranía, ni aplastamiento faraónico de la vitalidad española. Es esta la que está precisamente nutriendo con su viejo fervor heroico y cristiano la nueva unidad estatal y autoritaria. Esa persuasión de tener en las manos "el estandarte de Christo" no es consigna intelectual y política de arriba, sino compartida conciencia comunal.

España es, en aquella hora, un Estado de *tesis*; pero lo es por aclamación pública, no por tiránica imposición: ya que su *tesis* no es más que toda su Edad Media, su edad cristiana y heroica, metida, como combustible y motor, en el centro de su moderno Estado renacentista. España se creía el pueblo elegido de Dios; gozaba la serenidad y el orgullo de su excepcionalidad en el mundo. Los selectos la arrullaban con hipérboles desaforadas y versículos de la Escritura. El Padre Caramuel aplicaba a España los signos ezequiélicos del trono, el águila, el castillo y hasta el cordero, que para él es el toisón de oro; y algún otro transporta el trono de Felipe II a esferas metafísicas aplicándole el versículo de los "Proverbios": *Thronus ejus in æternum firmabitur*. Y el pueblo teje su lenguaje de modismos religiosos, y dice un "santiamén" y un "credo" y una "santiguada" para hablar de una brevedad de tiempo; y habla del "angel" y la "sal" para celebrar la gracia de la mujer amada, trasladando así a la humana los siglos y las criaturas de la Gracia divina; y dice "fijo en sus trece" para expresar una gran terquedad, recordando la del antipapa Benedicto XIII, y para decir un gran revuelo, "se armó la de Dios es Cristo", recordando la discusión ricena con los

arrianos. Y lo mismo dice de una cosa extrema que "vale un Perú" y de un gran arrebató que se armó "la de San Quintín". San Quintín, el Perú; nuestras batallas, nuestros objetivos europeos o americanos, convertidos en carne de modismo y fraseología, demostrando así la unánime participación del pueblo en las empresas del Imperio. Y es que mientras la *Ratio studiorum* jesuítica, mete en el pensamiento medio español un unánime sentir cristiano, el pueblo, nutrido de la vieja Cristiandad medieval, entiende el teatro religioso como hoy los artículos del periódico y toma parte, casi con alegría deportiva, en las discusiones teológicas de la Gracia y el Libre Albedrío, hasta el punto de celebrar la decisión papal de la contienda con fiestas, máscaras, carteles por las calles y, en algún sitio, como Villagarcía, con corrida de novillos. Esta es la España que se ha pintado cohibida y cejijunta. Esta: un bloque homogéneo de compartida emoción; una estremecida unidad de pensamiento. España estaba alegre y popularmente movilizada en una lucha de fe. El objetivo era unánime. "Cara de hereje" o "cara de judío" decía el pueblo para lapidar con su odio una persona, y así: cuando el índice doctoral del Inquisidor señalaba los enemigos de la Fe, se rozaba con el dedo moreno y paralelo del gañán que señalaba los enemigos de España. El hereje es sencillamente el revolucionario del orden político y social, la Inquisición, una oficina de guerra, como hoy la censura de correos o la intervención telefónica... Hay que aplicar a aquella España, así, para juzgarla bien, una valoración expeditiva de trincheras: de Caballería y de Cruzada. No es posible aplicarle la valoración sedentaria y cohibida de un Estado liberal y agnóstico, que no distingue el mal del bien, porque no sabe ya de donde viene ni a donde va.

POEMAS

Naturalmente, en un tal bloque homogéneo de pensamientos y sentires, no es fácil deshilarlo, verso a verso, una definida poesía civil. No hay poeta que no tenga versos civiles, ni hay poeta que sea expresa y restringidamente civil. Todos tiran, de paso, su flor a la carroza del Rey o dicen su piropo a España. Pero no se preocupan en declamar lo que todos sienten y saben. Otra vez, como la Cristiandad en la Edad Media, el Imperio es demasiada acción para ser verso. Otra vez vivimos más que escribimos nuestra Iliada.

Dos ciclos principales de poemas, que quieren ser épicos y pocas veces se levantan sobre la crónica rimada, se producen en esta hora. El uno es el ciclo europeo, que florece, primero, en torno a la figura del Emperador—la *Carolea* de Hierónimo Sempere (1), el *Carlo Famoso* de Zapata (2), la *Maltea* de Hipólito Sanz (3), la *Parthenopea* de Adolfo Fernández (4)—y luego, en torno del vencedor de Lepanto: la *Batalla* de Cortereal (5) y la *Austriada* de Juan Rufo (6).

El otro es el ciclo americano. Pero nuestros conquistadores entran en América más con ojos lúcidos de estrategias que con ojos ilusionados de rapsodas. La gesta de América produce más crónicas que poemas. Y los

(1) Valencia, 1560.

(2) Valencia, 1565.

(3) 1582.

(4) Roma, 1511.

(5) 1578.

(6) Madrid, 1584.

poemas que produce no han dejado del todo de ser crónicas. El Imperio y la Misión son algo tan popular y evidente, que se cuentan a medio tono. La *Mejicana* de Lasso de la Vega ⁽¹⁾, la *Argentina* de Barco Centenera ⁽²⁾, el *Arauco domado* de Oña ⁽³⁾, son obras desmayadas y prosáicas. Y aun la famosa *Araucana* de Ercilla ⁽⁴⁾, flor de nuestros Poemas americanos, fracasa en su aparato de poema clásico y solo acierta en lo que tiene de historia rimada a lo Silio Itálico, llena de vivísimas y directas pinturas, casi periodísticas, de indios, paisajes y batallas.

Nuestra epopeya no está en esos versos que tienen demasiado encima el modelo, para medirle su estatura. Nuestra epopeya está en la realidad misma, en el esfuerzo hercúleo que ese doble ciclo de poemas cuenta ya que no canta. Por un lado, nos cuentan cómo llegamos hasta Lepanto. Y de Lepanto para allá, ya lo véis; empieza la mezcla de raza, la algarabía balcánica, Asia. Por el otro lado, nos dicen cómo llegamos hasta nuestros dominios de América. Y de ellos para allá, ya lo véis también: empieza la selva virgen o el rascacielo, las dos barbaries antielásticas, en las que el mundo racional, por arriba o por abajo, limita con el caos. Por desmayados que sean esos poemas, tomados siquiera como noticia, tienen, en conjunto, una grandeza épica. Porque nos dicen que, por un lado o por otro, Europa, la Cristianidad, la Civilización de Roma, llegan hasta donde llegó España: como la Redención llega hasta donde llegan, extendidos en Cruz, los brazos del Redentor.

(1) Madrid, 1594.

(2) Lisboa, 1602.

(3) 1596.

(4) 1579.

EL DIVINO HERRERA

Pero no caigamos nosotros también en un determinismo fatalista al querer explicar matemáticamente la inexistencia de grandes poemas civiles y nacionales, cuando la materia era tan rica y estremecida. Hay que dejar siempre un ancho margen a la libre contingencia humana: a que surja o no el espíritu privilegiado capaz de acometer la gran tarea. En idénticas circunstancias se hallaba Portugal, y, sin embargo, en él nació Luis Camoens, que enfrentándose valientemente con un tema imperial, idéntico por vivido y coetáneo a los nuestros, produjo uno de los más grandes poemas de la humanidad.

Acaso en aquellos segundos dos tercios del siglo XVI, de que vengo hablando, cruzó por las letras españolas el poeta mejor dotado para haber logrado la altísima empresa: el sevillano Fernando de Herrera. Su laboriosidad concienzuda, su sabiduría humanística, su entonación bíblica, puesto todo ello al servicio de ese claro y total concepto de la providencial misión española, tan común entonces, parecían predestinarle, como a ningún otro, para la hercúlea labor. Aun parece ser que Herrera declaró repetidamente su propósito de emprender algún día el gran poema de España. No es extraño, pues era hombre de audaces concepciones. Nos consta por Pacheco que tenía "acabada y escrita en limpio" una historia general del Mundo; y sus *Comentarios* a Garcilaso, son una de las empresas humanísticas más minuciosas y agotadas de todo el Renacimien-

to... Pero, aquí de la contingencia humana. Los bellos "ojuelos de color mezclado" de la Condesa de Gelves, le apartaron de la alta empresa y le convirtieron en poeta petrarquista y suspirante. Las perfumadas orillas del Guadalquivir y el trato, si no apasionado, afectuoso de su dama, le adormecieron y entretuvieron. Ganó con ello la literatura española no pocos bellísimos sonetos; pero no sabemos lo que perdió... Acaso al desdén de D.^a Catalina de Ataíde, debe Portugal la gloria de *Os Lusíadas*.

Ello es que sólo en cinco o seis ocasiones, el *divino* Herrera tentó los altos temas civiles, para los que parecía tan dotado. Y que durante toda su vida parece que le dolió, como un remordimiento, su frustrada vocación. "Gasté en error la edad florida mía", llora en un soneto; y en su canción al marqués de Tarifa, quiere reaccionar y enmendarse:

...ahora olvida el llanto
y vuelva al *alto* y *desusado canto*...

En toda su obra se advierte la pugna del "desusado canto" por sobreponerse a la languidez amorosa. Se le escapan a cada instante notas de trompa épica, entre los jugueteos de su flauta. Sus metáforas amorosas aprovechan el más leve pretexto para desorbitarse y brincar al Ganges, al Nilo y al Atlante. Las mudanzas del amor le bastan para irse a perorar sobre las mudanzas de los imperios, y hablarnos de Troya, Micenas, Grecia y Cartago (1).

(1) Vid. Fernando de Herrera. *Poesías*. Ed. "La Lectura". Madrid, 1914. Prólogo de Vicente García de Diego.

Pero ya digo que son pocas las composiciones donde afrontó temas estrictamente civiles. En plano retrospectivo, tiene un soneto a Carlos V, con ocasión de levantar Sevilla unas columnas en su honor, y una canción a San Fernando, en la traslación de sus restos a la Capilla Real de la misma ciudad. Luego un bello soneto al desastre de Castelnovo. A Don Juan de Austria, lo cantó varias veces: una, en un bello soneto funeral; otra, en la movida canción de su victoria de las Alpujarras, y otra, en el magnífico soneto con ocasión de la victoria de Lepanto, que se inicia con aquellos endecasílabos ruidosos como un huracán:

Hondo Ponto que bramas atronado
con tamulto y terror, del turbio seno,
saca el rostro, de torpe miedo lleno,
mira tu campo arder ensangrentado...

Y luego aquellos tercetos serenos, esculturales:

Con profundo murmurio la victoria
mayor celebra que jamás vió el cielo
y más dudosa y singular hazaña:
y dí que sólo mereció la gloria
que tanta fama da a tu sacro suelo,
el joven Austria y el valor de España.

En todas estas composiciones muestra Herrera sus anchas posibilidades épicas. Herrera no es un intuitivo. Herrera se ha propuesto, otra vez, como Juan de Mena, el problema del lenguaje poético. Pero entre Herrera y Mena, han nacido Nebrija, Mariner y Vergara; y con todo ese instrumental humanístico, el intento del sevillano no se extravía ya como el prematuro ensayo del cordobés. Herrera logra un estilo culto, duro, lumi-

noso: conciso y relampagueante cuando quiere, cuando quiere rodante y oceánico. Sus neologismos arraigan ya en el habla castellano. España está en su hora imperial y ha aprendido ya a colonizar palabras, como tierras. Con todo esto, más su concepción total, providencialista e ideológica de la historia y destino de España; más su insistente afición a los temas navales; más su aguda visión para las perspectivas internacionales, las composiciones de Herrera parecen capítulos sueltos de un gran poema totalitario de nuestra Patria.

Pero sobre todo, sus dos obras maestras. Primero, la *Canción a la pérdida del Rey Don Sebastián*: especie de melancólico epílogo al poema camoéniano, donde es ya "cedro del alto Líbano" derribado, lo que en las últimas estrofas del portugués aún era riente esperanza:

...e nao duvido
que vencedor vos façam, nao vencido (1).

Pero esta melancolía se entona en las últimas estrofas, y sobre todo en el gran soneto a Felipe II, complemento de esta canción, en el que, volviendo a su concepción de España como entidad internacional en el mundo, y sintiendo en plenitud la "solidaridad peninsular", invita al Rey a vengar en tierras de Africa la derrota portuguesa de Alcazarquivir. No podía faltar en labios del gran poeta nacional la "consigna marro-

(1) Luis Camoens. *Os Lusíadas*. Edição Nacional, Canto X, Octava 148.

quí"; consigna de testamento de Isabel, de la que han querido ser albaceas cuantos gobernantes han sentido ardientemente a España:

Volved contra el suelo horrible africano
el firme pecho y vuestra osada gente,

Luego, la *Canción a la victoria de Lepanto*. Nunca rayó a mayor altura la inspiración herreriana. El poeta está ya en pleno dominio, culto y consciente, de su instrumento poético y de su tema nacional. No sólo vé con ojos lúcidos las cosas, sino que sabe, con mente aguda, lo que las cosas significan. Está en la Canción la batalla misma, con su color y movimiento; pero está también el sobrio esquema providencial del que la batalla es episodio aparte. Aquel discurso largo y fanfarrón del Turco en que desafiaba gigantescamente a Europa, pasaba revista a sus debilidades—"el Ungaro dudoso", "Roma, temerosa y humillada", "Francia con discordia quebrantada"—y se prometía su fácil destrucción, no es un mero recurso retórico, para hacer resaltar más, por el contraste, la victoria; es casi un boletín diplomático. Es como una versión exacta de aquel momento tembloroso y vacilante de todo el Occidente: cuando las muchachas de Ancona y de Ragusa bordaban ya estandartes para el invasor otomano que esperaban de un momento a otro; cuando, como dice Eugenio Montes, "por los Estados pontificios anduvo como por su casa el príncipe musulmán Dsohem, y manos que debieran ser sagradas se envilecieron recogiendo de Bayaceto II las monedas que enviaba para el hospedaje y cuidado de su hermano", mientras "por las calles de Constantinopla, mezclados con la algarabía

infiel, se vió ir y venir a ciertos diplomáticos, que atribuyéndose representaciones altísimas, solicitaban entrevistas del visir". En aquella hora de claudicación total, solo España conservó la fe. España fué "más papista que el Papa". A España se le puso en pie toda su supervivencia medieval: hizo Cruzada y Caballería del suceso internacional. Y su poeta vió por cima del episodio histórico, el gran esquema providencial, el gran choque de valores metafísicos que él disimulaba: de un lado, "el Asia adúltera, en vicios sumergida"; y de otro,

el Señor que mostró su fuerte mano
por la fe de su príncipe cristiano,

Este es el duelo que en Lepanto se resuelve. Y por eso, para cantarlo, el gran poeta empina su estilo, y comienza su Canción, tomando resuello como para una total Epopeya; ascendiendo por la rampa de aquellas estrofas que parece que van a llevarle a los luceros:

Cantemos al Señor, que en la llanura
venció del mar al enemigo fiero...

Pero, la empinada ascensión queda un poco en el aire. Se trunca, se corta. El vestíbulo épico da paso a una Canción espléndida, pero más concisa de tema, acaso, de lo que prometía su acento inicial. Por aquellos días, una tarde de otoño de 1575, estando precisamente de vuelta en el Guadalquivir la armada de Lepanto, el poeta se vé, por única vez a solas, en una quinta florida, con su amada Condesa de Gelves. La Condesa le besó la frente. Fué su único beso y quizá nunca más se vieron sin testigos... Es vano, dicen los teólogos, disputar sobre los *futuribles*: o sea sobre la posibilidad de lo

no realizado. Pero a los que amamos a España y a la Poesía, nos quedará siempre en el alma esta duda: ¿se llevó, acaso, aquella tarde de otoño, la Condesa de Gelves, en sus labios de carmín, el poema non-nato del Imperio español?

EL REY FELIPE Y LA NUEVA HORA CRÍTICA

Y con todo esto se iba pasando la hora épica. El Imperio fué vida y evidencia con Carlos V; pero con Felipe II fué ya tarea y esfuerzo: para el primero, empuje de creación, que había que realizar a caballo, como Tiziano lo pintó; para el segundo, tarea de conservación, que había de cumplir desojándose, hasta la madrugada, a la luz de su palmatoria, en su mesilla de burócrata.

El rey Felipe se encontraba "dueño del mundo" cuando el mundo era un hervidero de posibilidades en formación. La Cristiandad unánime de ayer, había sido rota por la Reforma en sectas, fronteras y naciones. Empezaba lo que nuestro Saavedra Fajardo, llama "la locura de Europa". Sólo España conservaba fría la cabeza. Sólo España, una y fuerte, sin anarquías principescas como Alemania; sin Frondas y hugonotes como Francia; sin cuestiones religiosas y dinásticas resueltas con el adulterio y el asesinato, como en Inglaterra: era como lo que quedaba de Cristiandad, recogido en este rincón de Occidente, después de haber sido barrido del resto de Europa.

Entonces Felipe II comprendió que su misión era agarrar bien "los mandos" desde aquel su puesto privilegiado y hacer que de aquella nebulosa genesiaca, de

aquel hervidero creador, saliera la mejor Europa posible, de entre las muchas Europas que en aquella hora pudieron salir.

El rey Felipe, desde la mesa de sus altas vigiliias de intelectual, trazó el plan con mano firmísima. Primero, unificación y robustez interior; apretar el arco, antes de lanzar la flecha: unión con Portugal, limpieza de moriscos, intransigencia religiosa. Luego, a la obra. A casarse con María Tudor, para afirmar en Inglaterra el partido católico. A poner tefcamente su pie en Flandes, puerta por donde la Reforma quería bajar a los países latinos. A casar a su hija con Enrique II de Francia, para intervenir en la política francesa, que se ladeaba del lado hugonote. A hacer—cuando ya el Papa desistía—que Enrique IV oyera aquella misa que le valió París. A cerrar—cuando ya el Papa cedía—la cancela de Lepanto, frente al turco. A acudir, en una palabra, incansable, fanático, "más papista que el Papa", a todos los frentes, para lograr aquella Europa que él había diseñado en su mesa, y que es, en gran parte, la Europa actual. A su servicio lo puso todo: sus amores, sus vigiliias, sus estudios, sus pasos; su vida pública y privada. Sin él, acaso los caballos de Bayaceto hubiesen comido pienso sobre los altares de Roma. Sin él, acaso Europa hubiera sido una obra de la técnica sajona, en vez de serlo, principalmente, de la gracia latina. No sabemos, sin él, hasta dónde llegaría la frontera de Asia; ni sabemos, sin él, cuántas ermitas le quedarían a la Virgen María...

Pero ésta era ya obra consciente, crítica, prejuzgada. Imperio, sí: pero Imperio escurialense, de voluntad y dirección. Heroismo de mesa, no de caballo. Y esto tiene su equivalencia literaria, cultural, en un nue-

vo despertar crítico. Se empieza a desvanecer aquella inconsciencia eufórica de ayer; empieza otra vez a amanecer la sensación orgánica, cenestésica, que anuncia ya la angustia con que dentro de unos años, convertidas otra vez en problemas las evidencias de ayer, a Góngora le dolerá el estilo y a Quevedo le dolerá la Patria.

No; no era imposición tiránica la unanimidad de ayer. Ha bastado un poco de descenso en "la interna satisfacción", para que enseguida gallee, otra vez, el libre criticismo. Toda España se ha llenado de dualismos y escisiones, por las que se hace espectadora y censora de sí misma. En las Universidades, el Maestro, terminada la clase, sale a colocarse en "el poste" para recibir allí las objeciones de sus discípulos; y en la toma del grado de doctor, la liturgia de "los vejámenes" o "gallos", es una liturgia dualista, de panegírico y censura del nuevo graduado. En el teatro aparece "el gracioso", que, cumpliendo una función moderadora parecida a la del "coro clásico", logra, mediante un truco casi pirandelliano, que la comedia sea un poco espectadora de sí misma, y a cada paso, recordando lo que ella tiene de ficción, la atención del espectador se retraiga hacia lo normal y sensato. Todas las creaciones españolas aparecen entonces dotadas de este interno examen, de este crítico dualismo. Colonizamos a América, pero reeditamos al padre Las Casas; escribimos libros de Caballería, pero ideamos el *Quijote*; hicimos la Compañía de Jesús, pero publicamos el libro de las *Enfermedades*, del P. Mariana; construimos nuestro gran teatro romántico, pero lanzamos con el *Arte Nuevo* de Lope, su más agudo reparo; volamos con San Juan a las más altas cumbres místicas, pero nos reimos de sus

extravíos, con las cartas de Don Juan de la Sal; fuimos creyentes firmísimos, pero, cada vez más, empezamos a salirnos con una postura despegada y crítica de todo arrebató y entrega. Los restos erasmianos empezaban ya a ser casi precedentes volterianos. Son todavía nada más que síntomas, celajes del alba. Pero ya Jacinto Polo de Medina, al pasar junto al viejo San Cristóbalón catedralicio, ante el que ayer se destocaba tan respetuosamente el arriero caminante, se atreve a preguntar con burlona sonrisa:

Aquesta mi duda es:
decid, santo rubicundo,
pues llevais al hombro el mundo
¿en dónde ponéis los pies?

Así se empieza: sonriendo, preguntando. Y es que la hora se inicia ya: otra vez, arriba, intervencionista, voluntariosa, y abajo crítica, espectadora. Ni abajo ni arriba, es ya la hora evidente, heroica, plena.

UNA ESCUADRA QUE SE PIERDE Y UN POETA QUE SE SALVA

Los enemigos del Rey Felipe, no pudiendo violar los límites de aquel Imperio, concebido y mantenido en su mesa como un bloque compacto, empiezan una nueva técnica de picoteo difuso. Piratas picotean sus costas; libelos picotean su fama. Un día, ciento cincuenta barcos ingleses han arrasado a Cádiz. El Rey Felipe ha sentido sobre su barba encanecida la mano protestante de la Reina Isabel. Entonces, el Rey Felipe

concibe, antes de morir, una gran jugada, que dé término definitivo a la afanosa partida que ha sido su vida toda. Es su último plan de mesa y oficina. Parece que resuena en sus oídos el consejo imperial de Hernando de Acuña: "por el mar a la tierra".

Felipe sueña la última Cruzada: forzar la cancela azul del Canal de la Mancha, correrse, por el Norte, hasta Polonia, "la Hispania del Este", la otra tierra fiel de Europa, para así, entre los dos núcleos ortodoxos, coger a la Europa luterana y apóstata, y arrojarla, como un carbón, en las brasas de un incensario, ante el altar de Cristo. Muchas pugnas van a resolverse en el breve tablero del Canal: la de Norte y Sur, la de Lutero y Cristo, la de sajones y latinos... Y un día, de los puertos españoles, zarpan hacia el Norte las naves de la Ilusión. Los lienzos de sus velas se curvan en el aire como vientres preñados de misión y de destino. Y en sus negras bodegas hondas, arrebujaos entre arcabuces y banderas, van todos los restos de la civilización cristiana: el honor de nuestras mujeres, el pudor de nuestras hijas, la honradez de nuestros tratos; todo lo que España ha salvado desde la otra orilla, vadeando el río de la revolución racionalista y trasportándolo sobre los anchos y robustos hombros de su pretendida intolerancia. Pero acaso era tarde. Acaso era ya la hora de la técnica, de la economía. Al Rey Felipe le falla su jugada definitiva. Sus oraciones en El Escorial, eran más devotas. Pero los barcos ingleses, en el Canal, eran más "marineros"...

¡Mal incentivo, este contraste, para unos poetas españoles que ya empezaban tenuemente a hacer preguntas volterianas al viejo San Cristóbalón catedralicio! Se va a producir una nueva explosión crítica. Ya está Quevedo afilando su pluma y ya se está rizando Villa-

mediana el bigote mefistofélico. Pero, todavía, antes de ceder, la corriente tradicional, la vena henchida y vital de España, hará un último y terco esfuerzo.

En las naves de la Invencible, va navegando un soldado poeta. Se llama Lope de Vega. Su alma, sutil como una antena para todas las sacudidas nacionales, ha comprendido todo lo que se hundía en aquellas naves que desaparecían ante sus ojos, entre nimbos de plata temblorosa. Y tapándose los ojos con su capa española y refugiándose en el mundo de la Ilusión, ha decidido inundar a España a su vuelta, con aquel teatro suyo, enorme, gigantesco, angustioso y desordenado como los despojos de un naufragio, teatro en el que Lope pretende, a la desesperada, reconquistar con las letras todo lo que las armas habían perdido, ante sus ojos, en el Canal de la Mancha.

Va a ser la hora de la sátira, pero en compensación es la hora del teatro. Las cosas no son dramáticas, hasta que están en peligro. Por eso ahora aquella totalidad de la España cristiana, una, heroica, se hace drama. La corriente tradicional española no ha muerto. Aflora a la superficie, ahora que lo culto y consciente se resquebraja en crítica escisión, en romances de moros y cristianos; en coplas de guitarras y vihuelas. En el mismo *Quijote* donde, con ser obra adulta y crítica, está España todavía agarrada con pasión para que no se derrame y rompa en sus tipos múltiples—manchegos, toledanos, catalanes, aragoneses—todos pintado con igual fervor; en su múltiple itinerario de Castilla a Barcelona, por Aragón, todo él pisado con igual respeto. Y no digamos nada en el teatro: en Lope sobre todo, en el que toda España, desde el casco de hierro de Vasconia hasta las zapatillas de plata de Cádiz, está

poseída y abrazada con impaciencia nupcial. Lope es poeta civil en algunas de sus obras líricas, pero es sobre todo poeta nacional, en su entraña misma. España no está en su obra superficialmente, como erupción o salpullido verbal, convertida en fraseo o cita, que pueda sacarse del conjunto, apresada entre una pareja de comillas que la lleven presa, como alguaciles, a la cárcel de alguna antología pedante y doctoral. España está en la obra de Lope como atmósfera que la envuelve, como temblor que la agita, como viento que la azota, como sustancia que la informa. Por eso cuando Lope pinta en una comedia la Creta del Minotauro, sus personajes vienen embozados a la española; y cuando en otra sale Filipo de Macedonia, habla del honor como un galán español; y cuando en un *Au!o sacramental* aparece el Padre Eterno, aparece vestido de chambergo y capa: porque donde quiera que Lope vá, en el tiempo o en el espacio, en el cielo o en la tierra, lleva a España consigo, raptada como una princesa, a la grupa de su patriótica pasión espoleada. Por eso, en definitiva, Lope no es el poeta de España, sino España misma hecha poesía: es el poeta que vive y siente y lleva a España, y la agarra para que no se caiga, y la aprieta para que no se rompa; pero que no la canta, ni la describe, ni la razona, porque para todas estas operaciones, más críticas e intelectuales, le falta distancia y perspectiva, como le falta a los amantes cuando están estrechamente unidos en un supremo beso. Y el beso de Lope a la gran España, tenía estremecimientos de pasión... y acaso también angustias de despedida.

POESIA DE SALÓN.

Pero mientras se refugian ahí los últimos resíduos de la espontaneidad y la unanimidad nacionales, en los selectos, como ya dije, torna la postura objetante y reflexiva. Casi todos los ingenios siguen tocando, al paso, no exprofeso, en sus antologías líricas, la cuerda civil; pero un examen un poco fino, nos revela ya un ligero declive en el tono. A Felipe III, le cantan ya los poetas con un mismo repetido recuerdo estimulante de la gloria de sus mayores. Mas que tributarle loores, parece que le dan consejos. Hay un largo trecho desde aquellos sonetos, serenísimos, de lograda plenitud, a Felipe II y Carlos V, y esta silva, por ejemplo, del elegante Francisco de Medrano, dedicada a Felipe III y disparada otra vez, como si huyera del presente, hacia el recuerdo y hacia la esperanza. Emulación de la gloria de sus mayores; deseo de futuras glorias: esa es la oda. El presente le ofrece apenas al poeta la figura de un mancebo rubio, ágil y cazador.

cuya diestra ya rige el cetro justo,
ya del venablo vengativo tñe
los accros en púrpura caliente
del fiero jabalí, del oso adusto (1).

Cortesania: poesía ya ligeramente falsa y adulona. Como varias otras de las barrocas *Flores* antequeranas de Pedro de Espinosa. Como aquella de Agustín de

(1) Oda IV. Col. Riv. Op. cit. I, pág. 345.

Tejada: retrato velazqueño del Rey, sobre su caballo enfático, cuyo paso rebuscado y excesivo más parece recrearse en el retorcido caracol de cada pata, que preocuparse de llegar a ninguna parte:

Mida el caballo con herrada mano
lo que hay desde las cinchas hasta el suelo... (1)

Y luego, aquel ardid cortesánísimo de huir del modelo para refugiarse en su trasunto; aquella fiebre de sonetos a las estatuas y pinturas de los reyes; a los túmulos y catafalcos de las reinas y princesas. Todo revela un incipiente falseamiento de tono: una rebuscada poesía de salón, que afina la retórica para disimular sus dudas y sus objeciones.

DE LA CENSURA MORAL A LA INHIBICION EGOISTA

Y enseguida, como natural y paralela reacción, en los espíritus libres y apartados de los salones, rebrota el tema castizo del "menosprecio de Corte". Alcanza entonces, acaso, su expresión más alta y lograda, en uno de los mejores trozos de poesía española de todos los tiempos: la famosísima *Epístola Moral* del anónimo sevillano (2). Todos los viejos lugares comunes, de filiación horaciana, que sueñen ser inseparables del tema, lucen en los concisos y apretados tercetos de la admirable epístola: la fugacidad de la gloria terrena;

(1) Col. Riv. Op. cit. I, pág. 4.

(2) Casi seguro el Capitán Fernández de Andrada.

la vanidad de los honores; la inutilidad del esfuerzo; el ideal de la *aurea mediocritas*. Pero, al través de estos *pastiches* humanísticos, asoman en la Epístola rasgos nuevos y vivaces, tomados "del natural", y no de ningún modelo clásico. Esto es lo que le da un vivísimo interés. Tras de sus sentencias morales, se trasparenta un animado cuadro de la Corte de que el poeta retorna desengañado: la privanza, la adulación, el pretendiente, la recomendación, la antesala. Toda la gama de las costumbres que primero fueron cortesanas y luego políticas, aparecen allí sobriamente esbozada. Y como inevitable declive de esta clase de reacciones, no falta tampoco la nota antiheroica, que ya advertimos en Castillejo y que se adormeció durante la hora imperial. En cuanto se aflojan las minorías heroicas y directivas, se produce, abajo, un poco de "rebeldía de las masas". Se baja el Emperador del caballo, y ya está toda la vida nacional a pie, contentándose con un ideal aldeano de lumbre y puchero, recelando de todo riesgo y osadía:

¿Piensas, acaso, tú que fué criado
el varón para rayo de la guerra,
para surcar el piélago salado,
para medir el orbe de la tierra,
y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh quien así lo entiende, cuanto yerra!

Sin embargo, España lo entendió así: y sus yerros se llaman América, Lepanto, Pavía y San Quintín.

Pero Bartolomé Leonardo de Argensola, aumenta todavía la lista de los riesgos que condena. No ya el "surcar el piélago" y "medir el orbe" le parece excesivo, sino también

...ver acosar toros valientes:

fiesta africana un tiempo y después goda (1).

El no irá a la corrida, "por su exquisita austeridad", y aprovechará el silencio del barrio, despoblado por la fiesta taurina, para escribir a Don Fernando de Borja, virrey de Aragón, en el más sobrio y puro castellano que se conoce, la epístola típica de la mediocridad, de la moderación y el abstencionismo político, de la "soledad tranquila": rebajado trasunto humano de la "soledad sonora" de los místicos. Esta epístola tiene su obligado complemento en otras muchas composiciones de Bartolomé, como en algunas de su hermano Lupericio, donde el tema se repite hasta la saciedad y se exprime hasta hacerle soltar las últimas gotas de su esencia anestésica y bromurada. La epístola a Nuño Mendoza (2), de Bartolomé, sobre todo, es un documento inapreciable para conocer los usos y costumbres que se iban apoderando de la Corte: los nuevos aliños, gomas y tocados; la conversación hueca y rebuscada; las cancioncillas lánguidas, venidas de India... Ya empieza otra vez la pendiente hacia lo inferior y selvático: la negrofilia, el jazz y el tango de los elegantes de entonces.

(1) Col. Riv. Op. cit. pág. 303.

(2) Col. Riv. Op. cit. II, pág. 306.

La actitud censoria de los Argensola, es preciosa para conocer las posibilidades del "hombre-masa" español, clase a la que, aun siendo tan selectos, ellos pertenecían. Ellos, representantes cimeros de la gran corriente vital y tradicional, escondida a veces, pero nunca exhausta en España, son los guardadores de las viejas virtudes: virilidad, austeridad moral y religiosa. Con ellas basta, para las grandes reacciones vitales y defensivas; para echar a los moros o a los franceses. Pero no para comprender las empresas superiores, añadidas ya a la mera conservación vital, por una reflexión superior: para conquistar a América o vencer en Italia. La Reconquista o la Independencia son obra del instinto. El Imperio es obra de la razón y de la voluntad.

Un paso más y por el resquicio abierto arriba, al desmayársele a los selectos la conciencia heroica e imperial, se cuele enseguida a borbotones, colonizadora e irrespetuosa, la vena plebeya. El tema del "menosprecio de Corte y alabanza de Aldea", la burguesa y quietista versión del *Beatus ille*, reaparece ya con los más alarmantes caracteres, nada menos que en el cultísimo y refinado Góngora. El "culto" se democratiza, se agacha, y toma el tono popular en sus letrillas sueltas y picantes. Todo el tono menor y utilitario de la masa rebrota con silvestre plenitud. Lo que todavía en los Argensolas era medida y prudencia, es ya en él individualismo egoísta, brava insolidaridad:

Ande yo caliente
y riase la gente (1).

(1) Op. cit. Colección Rivadeneira, I. 494.

Y es inhibición, emboscamiento, epicureísmo barato, que preludia el "escuela y despensa" de las futuras malas horas pesimistas:

Traten otros del Gobierno
del mundo y sus Monarquías,
mientras gobiernen mis días
mantequillas y pan tierno.

.....
Busque muy en hora buena
el mercader nuevos soles;
yo conchas y caracoles
entre la menuda arena.

Ya está España mariscando caracolillos por las orillas de las viejas carabelas; por las playas a donde ayer se asomaba Hernando de Acuña, soñando el dominio de la tierra por el del mar. Ya lo dije: la espontaneidad vital y democrática podrá entender la Independencia, que, al fin y al cabo, es un poco defensa de la mantequilla, el pan tierno y el brasero; pero no el Imperio, que es empresa superior, reflexiva: "gobierno del mundo y sus Monarquías". En cuanto el mando afloja en España, Africa ahoga a Roma: la tribu irrumpe y asfixia al Imperio... Unicamente la apariencia imperial quiere subsistir hinchando el estilo y haciendo corcovos. Los hidalgos se engoman y fingen "humos de Rey". Góngora, violenta el hipérbaton y caza neologismos.

En su tono culto, la vena civil de Góngora es poco feliz y casi poco honesta: pasa de la sátira de Corte, más resentida que moral,

Pisado he vuestros muros calle a calle
donde el engaño con la Corte mora...

Todos sois condes, no sin nuestro daño...

.....
 ¡Malhaya el que en señores idolatra
 y en Madrid desperdicia sus dineros!

a la celebración adulatoria de los Reyes, del Cardenal Infante y de los privados. Y cuando se decide a entonar canciones heroicas sobre sucesos pasados, no hace otra cosa sino buscar pretextos para explayar su arte audaz y magnífico. Pero, por lo demás, se ve que el "verde cabello undoso" del mar o "los muros que el Luceo baña", le interesan más que sus propios temas civiles, cuya elección, por cierto, no es tampoco de lo más feliz: La Invencible, la toma de Larache "por trato con Muley Jeque, rey de Fez". Derrotas en las batallas y victorias en los tratos. Decididamente es ya otra hora de España.

QUEVEDO

Pero esto es lo que ven de esa hora los inhibidos, los apartados, que hacen esa crítica comodona y marginal. Ahora vamos a escuchar un crítico de "dentro": que más que censurar la hora política, pelea con ella bravamente, como un lidiador, dentro de su propio terreno. Vamos a escuchar a Don Francisco de Quevedo: la más valiente y apasionada voz civil de España.

Pocos escritores han sido tan desfigurados como Quevedo. Por la misma reciedumbre de su figura española, ha sorbido cuanto le rodeó, se le ha cargado de representación colectiva, y se han hecho unos Quevedos artificiales y forzados, mientras se desdibujaba.

como una sombra, al fondo, su inmensa y humanísima autenticidad.

Para uso del vulgo ha habido un Quevedo chocarrero, chistoso, escatológico, autor de librillos baratos de biblioteca ferroviaria. Para uso de los liberales de principio de siglo, hubo un Quevedo cívico, mártir del libre opinar, jefe de oposición frente a la tiranía del Conde Duque, que era, para ellos, con la de Don Alvaro de Luna, el símbolo del poder personal y opresor. Las prisiones de Quevedo en Pedro Abad y en San Marcos, eran, para ellos, poco menos que un lejano precedente de los fusilamientos de Riego y de Torrijos.

Pero todo esto es historia "a medida". La verdad es muy otra y la gloria de Quevedo está mucho más alta. No fué ni pudo ser en su época, Quevedo, un enemigo "doctrinario" del poder del Conde Duque, por la esencia personal de ese poder. Quevedo, aunque acabó siendo su adversario, creyó en él mucho tiempo, y en él esperó. Le aduló en su comedia *Como ha de ser el privado*, y le defendió en su libelo *El Chitón de las Taravillas*. En su grandiosa epístola a Olivares, le dice:

que sólo *grande rey y buen privado*
pueden ejecutar estos deseos (1).

¡Bueno era Quevedo, tan realista, tan expeditivo, para asustarse del poder personal: en el que por lo menos, casi siempre, lo que tiene de peligroso por su falta de límite va compensado con lo que tiene de eficaz por

(1) *Obras completas de Don Francisco de Quevedo y Villegas*. Aguilar, Madrid, 1931. Obras en verso, Pág. 135. El texto primitivo es el publicado en el *Discurso de los hijos...*, de Ximénez Patón (Baeza, 1639).

su falta de estorbos! No era el instrumento lo que le asustaba: era el contenido y relleno moral del mismo. "El *buen privado*", le hemos oído decir; y al decirlo, es en el adjetivo donde Quevedo carga el acento, con todo su exigentísimo e inflexible concepto de la "bondad".

Ahí sí que está su gloriosa valentía. Quevedo es el teorizante máximo que ha tenido, no ya España, sino el mundo, de la política como realización moral, como construcción de valores del espíritu. El duelo que comenzó hace siglos, en la *República* de Platón, entre los sofistas, defensores de una política material, basada en la Razón de Estado, y Sócrates, defensor de una política moral, cimentada en la virtud, tiene en él su supremo campeón. Su *Política de Dios y gobierno de Cristo*, es el anti-Maquiavelo, el Evangelio hecho constitución política; el Estatuto de la España misionera e inquisitorial: brazo de Dios y de Roma. Nunca se ha llevado más osadamente, hasta sus últimas consecuencias, un concepto totalitario de la gobernación pública, donde, apretadas en un bloque Política y Moral, se desdibujan las fronteras del delito y el pecado, los distinguos del bien público y de la eterna salvación. La *Política*, de Quevedo, es el grito desesperado de España, de la Cristiandad, que presiente la llegada de Westfalia: la ruina de la política de Dios, para ser sustituida por otra maquiavélica, interesada, nacionalista y pagana. En esta hora en que el suelo de Europa tiembla otra vez bajo el rodar de los cañones, ¡cómo suenan aquellas irritaciones de Quevedo contra los "comedores de pueblos", contra los inventores de la Razón de Estado! ¡Cómo se afilan de sentido último aquellas aceradas frases suyas: "En el mundo se usa

mucho la paz de Judas, enmascarada con el beso de su boca"; "destruir a los pueblos, con achaque de que los enemigos lo quieren destruir, es adelantarse a los enemigos, no contrastarlos y prevenirlos"! ¡Cómo se ensancha, en fin, aquel concepto suyo de la Paz, considerada no como una construcción diplomática ni un equilibrio de Cancillerías, sino como una virtud interna prometida por los ángeles a los hombres de buena voluntad!

Al servicio de este alto programa y esta trabada ideología, que no al servicio de ningún doctrinarismo liberalesco, puramente instrumental, puso Quevedo la berroqueña inflexibilidad de su espíritu. Toda su vida fué, según la expresión de su biógrafo Tarsis, "continua milicia" a la orden de esos sumos principios. Por ellos, que no por una previa incompatibilidad escrupulosa, perdió la gracia del valido. Quevedo fué el político más moderno, el de más universal cultura y visión más cosmopolita de aquella hora. Manténia correspondencia con muchos de los grandes hombres públicos europeos y sus misiones con la Señoría de Venecia o con el Papa, le acreditan de consumado diplomático. Pero todo este internacionalismo suyo, Quevedo lo españolizaba al meterlo dentro de su rigurosa concepción espiritualista y cristiana de la política. Era un feroz tradicionalista. Gran censor de los yerros de España, arremetía intrépidamente contra los extranjeros que ennegrecían su fama y nombre. Era un clásico intelectual español, polígrafo, autodidacto, memo-

rioso, violento. Su intransigencia por lo tradicional y castizo, era absoluta y característica:

Jineta y caña son contagio moro:
restitúyanse justas y torneos,
y hagan paces las capas con el toro.

Lo que fué, quería ardientemente que fuera siempre. Llegó a escribir agrias palabras contra los que, menoscabando, a su juicio, el patronato secular de Santiago en España, querían hacer compatrona a esa monja de ayer que se llamaba nada más que Santa Teresa de Jesús. Y en su *Política de Dios*, cada vez que nombra a Santiago, añade: "único y solo Patrón de España"; y parece que se le vé, de soslayo, lanzar una mirada malhumorada a los teresianos. ¡Gruñona y simpática veta integrista de la España eterna!

A la luz de esa política suya, convertida en una especie de ciencia exacta, de matemática del Bien, Quevedo contempla la realidad española; y de su pluma, con anchura de fresco, con policromía de retablo, con nerviosismo pre-goyesco, brota, en prosa y verso, el más abigarrado cuadro satírico de las letras humanas. Es como una especie de desgarrada e inmensa "Política del Diablo": reverso y contrapunto de su "Política de Dios". Unas veces alcanza la plasticidad de Teniers, otras la algarabía febril del Bosco; unas veces tiene la sobriedad hiriente de Luciano, otras, por cima de toda moderación, su pluma, aun en prosa, alcanza alturas poemáticas: como en la *Hora de todos*: drama cósmico de la conciencia y el destino; ápice de la sátira humana, donde el género no es esgrima, sino duelo: arte español de "tirarse a fondo" sin botón ni peto de salvaguardia. No se disfrazaba Quevedo, como

un demócrata, de pueblo, sino que por su fondo español, insobornable bajo su cultura internacional, es pueblo real y vivo, en el que rebrota, sin esfuerzo, el tono del *Provincial* y de la *Panadera*, en sus soleados romances de truhanes, busconas, cornudos y alguaciles; en su magnífica e hiriente glosa del Padre Nuestro:

...despierta, Rey, que la fama
en todo el orbe pregona,
que es de león tu corona
y es tu dormir de lirón (1).

Sin que, otras veces, apartándose de la vena popular, en su inquieto desasosiego, en su afanoso acudir con el remedio y la advertencia, a todos los rincones, deje de echar mano a su armamento de hombre culto y moderno, entonándose en sus graves tercetos de la *Epístola al Conde Duque* o en el *Soneto al mal gobierno de Felipe IV*. Y siempre con la misma incansable consigna senequista: la austeridad contra el lujo y el despilfarro; con la misma reiterada advertencia: el Imperio se pierde, no por la fuerza de sus enemigos, sino por su propia interior descomposición, por el abandono y olvido de su propio núcleo y cogollo espiritual.

Porque Quevedo no reacciona, frente a la mala hora, a lo epicúreo, sino a lo estoico. No se va a la aldea, no se desengaña; lucha incansablemente. No vé el remedio de España en un horaciano temor de los riesgos de mar y tierra: sino al revés, en una delirante acentuación de sus viejas virtudes militares. Quevedo es imperialista: le duelen físicamente las pérdidas te-

(1) Op. cit. pág. 144.

territoriales de España... Le dice audazmente a Felipe IV, que su grandeza es como la de los hoyos:

quien más quita al hoyo más grande le hace;

y en un espléndido soneto, lleno de pesimismo estimulante, grita su angustia ante el Imperio en peligro:

Y es más fácil, oh España, en muchos modos,
que lo que a todos le quitaste sola,
te puedan a tí sola quitar todos.

Juan de Mena había sido el poeta de la esperanza, de la profecía, Herrera, el de la plenitud alegre y solemne. Quevedo es el poeta de la conservación difícil, del angustioso peligro. ¡Cómo amaba al Imperio, con amor rabioso, ahora que era ya drama y pleito! Cuando hace, alguna vez, un alto y un respiro en su incansable combatir, para gozar un instante de reposo y saboreo de plenitud, ¡cómo se le llena el alma y la boca, en el *Soneto funeral del Duque de Osuna*, haciendo llorar, por un prócer español, a todos los ríos de Europa!

El Tajo, el Rin, la Mosa y el Danubio
murmuran con dolor su desconsuelo... (1)

¡Con qué fruición dolorosa le pasa la mano el poeta a la anchura gloriosa y difícil del Imperio español! ¡Cómo ruedan esos endecasílabos con aire de desfile, de cabalgata, de río: de algo que pasa magníficamente... pero que se va!

(1) Op. cit. pág. 387.

Por eso al servicio de esa alta y agónica concepción suya de España, Quevedo posee un instrumento poético manirroto y desfondado, como ninguno otro español. No busca palabras como Mena, ni las escoge como Herrera, sino que le sobran y las despilfarra. El estilo, como el Imperio, no es ya tarea para él, sino exceso y sobra. No tiene que hacerlo: tiene apenas que evitar que se le derrame. Usa y abusa de su inmenso caudal léxico: mezcla y baraja lo más alto y lo más bajo; retuerce y enmaraña la sintaxis. Bajo su pluma, dice d'Ors, toda palabra adquiere vivacidad de neologismo. "¡Qué vocablos—añade—nerviosos y linajudos, como potros finos, los suyos! ¡Qué rápidos y perfectos conjuntos de substantivos y adjetivos! ¡Qué saltos de elipsis, qué trágica bacanal en su hipérbaton!... Y en medio de esta orgía de fuerza, ¡qué brillar, de pronto, la inteligencia hecha malicia, con el frío resplandor de una navaja española en la revuelta confusión de un fandango popular!"

EL CONDE Y LOS LIBELISTAS

Puente para pasar de la alta sátira política de Quevedo a la segunda explosión democrática y popular de la hora—nuevo brote del *Provincial* y *Mingo Revulgo*—es la vena mixta, cortesana y callejera, del Conde de Villamediana. Su apostura garbosa, su desenfado, su vida alegre y su muerte desastrada, le hicieron popular con la popularidad un poco equívoca,

del "señorito juerguista y demócrata" a quien el pueblo da aureola, en la medida en que, primero, le ha quitado señorío. Es el más personal y directo de los satíricos españoles. Para él la política no es como para Quevedo la de Dios, sino, en el más peyorativo y minúsculo sentido la de "los hombres": chisme de tertulia, confidencia de plazuela. Dispara sus epigramas con la desenvoltura señorial de un tirador de pichón. No le hubiera faltado más alto tono poético, y así lo revelan algunos rasgos de sus pocos versos graves, como aquél tan escurialense, del soneto a Felipe II:

templado en el poder; igual semblante
en los varios sucesos de la suerte... (1)

Pero le rieron la gracia en sus primeros versos satíricos a la actriz Jusepa Vaca, tuvo un éxito fácil de coplas clandestinas y aplausos de penumbra, y se dejó llevar por la pendiente. Es maestro insuperable en el arte de crucificar en dos versos a un político, o de dejar una reticencia colgando de una redondilla:

Cien mil moriscos salieron
y cien mil casas dejaron
¿las haciendas que se hallaron
en qué se distribuyeron? (2)

Pero Villamediana ya no lucha, como Quevedo. Se mezcla con el vulgo: se hace run-run, "opinión pública", ineficacia crítica. Su *Coloquio entre dos pastores sobre el gobierno de Felipe IV*, es otra vez plena copla de *Mingo Revulgo* y sus coplas refranescas contra los

(1) Col. Riv. Op. cit. II, 155.

(2) Vid. Gregorio Marañón. *El Conde-Duque de Olivares*.

validos de Felipe IV, tienen hasta la alegría métrica de un baile popular de rueda:

El duque de Lerma
está frío y quema;
el duque de Uceda,
esconde la mano y tira la piedra... (1)

Cuando el Conde murió de una misteriosa estocada nocturna, sus funerales fueron ya plenamente democráticos. Le lloraron plañideras de plazuela y burdel. Le cantaron seguidillas. Y hasta los poetas cultos movieron y agitaron sus octosílabos para ponerse al nivel de la emoción popular del momento. En España había ya "opinión". No era ya que reflorecía la sátira política y democrática de la hora de Enrique IV, era una ola mayor de opinionismo anárquico, burlón, irrespetuoso que todo lo invadía. Todavía no habíamos perdido nuestro Imperio exterior; pero habíamos perdido ya el imperio sobre nosotros mismos.

El caudal de sátira política, popular y anónima, de aquel momento, es inmenso e imposible de clasificar en este trabajo. En él hay no pocas pepitas de oro—expresión reiterada del invariable fondo moral de España—mezcladas con mucha más arena de cazurrería, indisciplina, burla estéril y encogimiento de hombros. Sus temas, los consabidos: contra el lujo, contra los validos, contra los gastos excesivos del Rey; etcétera... Pocas veces ha existido en la historia un mayor movimiento subterráneo de anónimos, papeles y libelos poéticos. El periodismo de hoy tuvo su mejor ante-

(1) *Contra las validas de Felipe III.* (Coplas a la manera de refranes.) Op. cit. II, 161.

cedente en ese fabuloso Juan Pasquin: especie de Juan del Pueblo picardeado y sabidillo. Aquel momento poético tiene todo el vigor colorista y aparente, pero en el fondo estéril, de la Democracia. Y la eterna curva parabólica de todo movimiento popular, sin dirección autoritaria, sin minoría rectora. Primero: el chismecillo, la crítica doméstica convertida en criterio público:

Monterrey es grande ya;
Carpio en la Cámara está;
Don Gaspar es presidente;
las mujeres de esta gente
nos gobiernan. ¡Bueno va!

Luego la insinuación apremiante: el *crucifige tu multuoso*:

Veinte borregos lanudos
tiene vuestra majestad
que trasquilar para mayo
¡bien tiene que trasquilar!

Y todavía, ya caído el privado y desterrado a Loeches, ya en plena pendiente pasional, el rencor exigente, insaciable:

Que de Loeches *loeches*
te pide el pueblo; Señor...

Hasta llegar así, con igual frivolidad, jugando al retruécano, a la insinuación trágica:

España toda ya empieza
a pedirnos, gran Señor,
que del conde acusador
le deis presto la cabeza.

Y al fin, como resumen y moraleja de todo, muerto ya el privado de soledad y dolor, al ver que nada

se ha recobrado por ello, el desengaño, casi con inicios de rehabilitación, en aquella concisa cuarteta de Ulloa:

La Monarquía enfermó
y cada día empeora:
o el Conde gobierna ahora
o el Rey siempre gobernó (1).

Línea y declive deplorable de todo movimiento popular: un principio de justicia, y luego un desbordamiento de pasión; vehemencia primero y desengaño luego; el *crucifige!* impremeditado y el arrepentimiento tardío. La vacilación y la inconsistencia propia de todo lo que anda huérfano de mando y de razón.

Todavía durante la minoridad de Carlos II, la otoñada de mala yerba satírica y populachera tiene un último mayor reflorecimiento. Arriba intrigas entre la Reina viuda, el Padre Nithard, el segundo Don Juan de Austria y Don Fernando Valenzuela; abajo letrillas y romances cada vez más desvergonzados y faltos de todo mérito literario. Únicamente merecerían alguna especial mención las décimas atribuidas dubitativamente a Don Gaspar Enríquez de Cabrera o a Don Gaspar Ibáñez de Segovia (2), y las poesías de los jesuitas Cortés y Liévana (3), en defensa de su hermano de Orden el confesor de la Reina. Pero todo ello es ya parcialidad, gritería parlamentaria, política de bando y pandilla, sin un atisbo de verdadera emoción nacional. Después de oír la alta voz de Quevedo, todo esto es acotación marginal: murmullos en el público...

(1) Vid. Todas estas sátiras y papeles en Gregorio Marañón. Op. cit.

(2) Vid. Viñaza. Op. cit.

(3) *Parnaso Cristiano*. Biblioteca Nacional. M. 37 y M. 38.

ROTURA DE ESPAÑA

Así, armada con tan pobre literatura, llega España al año 1700: en él se juntan, con rara coincidencia, la apertura del nuevo siglo y la entrada de la nueva dinastía borbónica. Parece que el siglo XVIII, haciendo honor a su divisa racionalista y a su fervor por las "buenas formas", quiere, desde el primer instante, poner de acuerdo su sustancia histórica y su cronología.

Esta misma tentación de cuadrículación y esquema, ha arrastrado un poco a los historiadores y les ha llevado a despachar de un modo demasiado simple y expeditivo, la explicación de este siglo: nos afrancesamos—han dicho—, olvidamos nuestra tradición y aquí empiezan todos nuestros males.

La realidad no es nunca tan sinóptica y escolar: la realidad como cosa humana, es siempre más palpitante y matizada. En este caso, la realidad es que España, como ya dijimos, venía haciendo su historia, con una poderosa fuerza de absorción y asimilación de todas las contingencias temporales en su impertérrito fondo tradicional y nativo. Así había asimilado la civilización romana, antaño; así luego el Renacimiento y la Reforma. Así había defendido de todo contagio sus insobornables valores básicos, éticos y vitales; no expeliendo los venenos contrarios, sino vacunándose con ellos y adquiriendo así, frente a ellos, la inmunidad.

Ahora, en el nuevo siglo, va a haber en el mundo otra gran transformación, nuevo capítulo en la cadena lógica del Renacimiento y la Reforma: el filosofismo

racionalista en las ideas y, como realización suya en los hechos, la revolución política; hija de la religiosa y madre de la social. Pero frente a esta estremecida contingencia nueva, España entra en el nuevo siglo desarmada, desnuda. Abajo, ya lo percibimos en la pobre literatura "fin de siglo", crítica, malestar, opinión. Arriba unos directores influídos por las exóticas ideas de la Revolución. Arriba y abajo, faltaba la fuerza de síntesis y de absorción que una y otra vez la había salvado de peligros semejantes. Ahora, la nueva contingencia—la revolución—va a ser expelida por ella; va a cuajar fuera de su fondo vital, en algo sobrepuesto, pegadizo; y España va a sufrir dos siglos de agónica rotura interna, de íntima dislocación.

Y paralelamente, de paulatina pérdida de su Imperio. Porque el Imperio fué siempre en nosotros, también, asimilación de una sustancia externa romana o germánica; recepción de una moción exterior. El Imperio se lo hemos contratado siempre a manos cesáreas y extrañas: a la Roma de Augusto; a los Césares austriacos; a los Califas mismos de Córdoba. Los Imperios que hemos intentado solos—el cidiano o leonés; el aragonés o mediterráneo—nos fracasaron siempre por falta de suficiente cohesión interna: por falta de ese primer "imperio" o dominio interior, que es la base del otro derramado y expansivo. Por eso ahora, al faltarnos esa moción externa y cesárea, el Imperio vacila. Bajo la apariencia de alto tono civil del siglo, se prepara inconscientemente el retorno a la tribu. Que ya dijimos que en nuestra tierra—eterno duelo fronterizo de

Africa y Roma—la tribu rebrota en cuanto el Imperio falta. España va a retornar a los comuneros, a Viriato, a lo turdetano e ilergete, a todas las fuerzas disociadoras que secularmente rechazaron el Imperio. Se prepara una hora revolucionaria de bandos y partidos. Su única gloria será la Independencia: empresa también, al fin y al cabo, de cabecillas y guerrilleros... Porque también la tribu puede tener su momento magnífico.

LA POESIA DEMOLEDORA

Lo precario y superficial del afrancesamiento español puede percibirse perfectamente con sólo repasar las letras más cultas de la hora. La misma *Poética* de Don Ignacio Luzán, considerada como la proclama o manifiesto del afrancesamiento, está más influida por Muratori que por Boileau, y basta leer el repudio que hace de la mitología pagana y la defensa del espíritu cristiano como valor esencial de la Poesía, para conocer su fundamental inspiración española.

No: el afrancesamiento de la poesía española es mínimo: y no puede decirse que supere a la influencia italiana o inglesa, que tampoco fallaron en este siglo de mayor comunicación intelectual. Cuando la poesía española quiere levantarse de la postración de los copleros gongorinos que llenan el principio de siglo, no recurre a ninguna receta extranjera, sino que saca de sí misma su fuerza y restauración. Renace la escuela salmantina, primero; luego, la sevillana. Fray Diego González, se inspira en León; Meléndez, en Villegas; Iglesias, en Quevedo. Todos están llenos de acento español: y en el romance de Granada, del último—reme-

do de la *Profecía del Tajo* de Fray Luis—, todavía el Genil saca con bastante garbo la cabeza "ceñida de amaranto y de jacinto".

Nada de esto es francés: como no lo es la balada romántica del Rey Alfonso y de la hebrea, que sostiene y anima la *Raquel*, de Huerta, única pieza de corte clásico que triunfó en el teatro; como no lo es el criticismo de Feijoo, aliado a una intacta ortodoxia; como no lo es la inspiración de los últimos poemas de tema imperial que se escriben en este siglo: los del portugués Botello Moraes, el del por otra parte tan afrancesado Escoiquiz sobre *Méjico conquistada*, el precioso *La Agresión británica*, de Maury, y los varios con que Vaca de Guzmán, Iglesia y Moratín concurren al certamen académico sobre *las Naves de Cortés* (1).

Ni siquiera en las costumbres, donde el influjo de las modas y figurines franceses es tan notorio, se puede afirmar éste como exclusivo. Hay mil otros italianizantes y exóticos, que no se deben tampoco desdeñar. Hay, más que una directa presión en un sentido único, un total aflojamiento de lo original y genuino, que nos expone a todas las influencias y colonizaciones. Basta leer aquel trozo de Jovellanos:

...No adornaban

tu casa entonces, como ogaño, ricas
telas de Italia o de Cantón, ni lustros
venidos del Adriático; ni alfombras,
sofá otomano o muebles peregrinos.

Ni la alegraban de Bolonia al uso,
la simia, el papagallo e la spineta (1).

(1) Certámenes de 1778 y 1779.

No: no hay que buscar, por una simple explicación de afrancesamiento, la relajación de lo hispánico. Precisamente el fondo nativo español, que las altas dejaciones iban abandonando a sí mismo, se caracteriza por su gran fuerza reactiva de independencia. Viriato necesitará de César para el Imperio, pero para la Independencia, se basta solo. La misma guerra de Sucesión, que llena el primer cuarto del siglo, toma un aire magnífico de Cruzada liberatoria. Los españoles que luchan detrás del primer Borbón, del primer rey francés, reaccionando contra los aliados del Archiduque —holandeses, alemanes, ingleses—, que han saqueado iglesias y violado monjas en el Puerto de Santa María, se convierten en Cruzados. Nada importa la casaca francesa del Rey: la guerra vuelve a plantearse "a la española". El enemigo es el "hereje": el impío. Los frailes se alistan al lado de Felipe V, que ya es el Rey Católico. A los obispos les hierve otra vez la sangre de Cisneros y de Mendoza. Y los aldeanos castellanos y andaluces pelean bravamente al son de aquellas coplillas con que, maltratando su nombre extranjero, se burlan del general inglés que ha invadido Francia y ha aterrorizado a Luis XIV: "Mambrú se fué a la guerra —no sé cuando vendrá..." Porque Luis XIV se ha asustado de la magnitud de la contienda. Y en el terreno calculista y diplomático en que se mueve, le ha hablado a su nieto, el Rey español, de pacto, de componenda. Pero Felipe V, que se ha embriagado con aquella España nueva que se le ha revelado impensadamente, le contesta con acritud: "No dejaré España

sino con la vida", y apelando de su abuelo dudoso a sus súbditos leales, les grita aquel duro manifiesto: "Unido de corazón con mi pueblo, invocando fervorosa y continuamente a Dios y a la Santísima Virgen, abogada y patrona especial de estos reinos, abatiré el orgullo de los luteranos..." ¡Ese es el tono, rey Felipe! No es España, en el fondo, la que ha tomado la influencia francesa. Es el rey de la casaca, el que se ha dejado arrastrar por aquel ardor nativo: es el Rey el que "ha tomado la tierra".

No es, pues, por un directo camino de dominación exótica por donde entra la relajación del espíritu hispánico. Se empieza a producir ésta más sutilmente por mala absorción de las cosas deletéreas—filosofismo racionalista, revolución política—, que están más en el tiempo que en el espacio, que eran de la hora, más que de este país o de aquél. Que a la Revolución política la llamaron "francesa", precisamente porque en Francia fué más difícil, y por lo mismo más dolorosa, la Revolución. En Inglaterra, donde el Protestantismo triunfante tenía ya arraigadas suficientes ideas libertarias, le cortaron rápidamente la cabeza al Rey Carlos. En Francia, país latino, católico, con muchas más fuerzas reaccionarias y tradicionales, hubo que escribir más libros y reunir más asambleas y andar con más rodeos, antes de cortarle la cabeza al Rey Luis. Esa es la diferencia. Y por ese mayor trabajo y esfuerzo, la Revolución se hizo allí más vistosa, y quedó rotulada genéricamente de "francesa".

Pero es esta sustancia revolucionaria, universal, la que España va asimilando sin suficientes fuerzas orgánicas ya para vacunarse con ellas. Hay todavía una floración folk-lórica, con tono de Independencia y Cruzada, en torno a la guerra de Sucesión. *El Mamburú* es su flor más persistente. Hay también, en el bando austriaco, abundancia de papeles satíricos, que critican el desconcierto con que se lleva la guerra. Así aquella letrilla:

En las cosas de la guerra,
dicen que todo va bueno;
bien puede ser que así sea
mas yo, ciego, no lo veo (1).

Pero, al mismo tiempo, se va pasando ya casi sin transición, de la sátira política con que termina el siglo anterior, a una poesía doctrinaria de más peligrosos vuelos. Ya no se discuten las personas, sino las mismas entidades ideológicas. La postura objetante de los copleros no se detiene ya en lo meramente instrumental: el valido, el Gobierno, la Corte; sino que avanza, como una marea corrosiva, y llega a lo más sustancial y vivo de las ideas y el espíritu que han hecho y nutrido a España.

Empieza la poesía "anti": la poesía negativa, ya pre-revolucionaria. Benagasi y Luján (2) es el poeta de la anti-aristocracia. Por primera vez en España, se oye frente a la nobleza, no la censura moral que aspira a su mejoramiento, sino la crítica sustantiva que

(1) Vid. Adolfo de Castro, *Sobre la Poesía Española*. Prólogo al tomo I de *Poetas líricos del siglo XVI y XVII*. Col. Riv.

(2) Vid. Marqués de Valmar, *Historia de la Poesía Castellana en el siglo XVIII*. I. Pág. 144.

busca su destrucción. Se acusa a la nobleza de ser una mera adquisición dineraria:

¿Qué es nobleza? Continuada
riqueza, y esto supuesto,
la más o menos nobleza
es más o menos dinero.

Y luego, el lugar común del resentimiento:

El que quiera ser marqués
conde, duque o caballero,
ha de observar lo primero
hacerlo todo al revés...

Ya esto es otra cosa. Ya esto no es sátira moral, ni de costumbres. Ya esto es poesía de "lucha de clases": atribución polémica a la clase enemiga, de una total inferioridad. Ya esto es demolición: llegada de la polilla al centro mismo de la madera. Nadie más gigantesca-mente satírico, ayer, que Quevedo. Sin embargo, en su obra, todavía los ríos de Europa lloraban la muerte de un duque español.

Por el mismo camino de destrucción, acaso inconsciente, de todos los soportes sociales, caminan el Padre Butrón y Fray Juan de la Concepción, copleiros rebuscados y artificiosos. A Felipe V se dirige Don Rafael Melchor de Macanaz, con un largo romanzón, "en que se declara el exceso de conventos que hay en España". Ya están aquí los albores del anticlericalismo, de la desamortización:

Pobres y ricos es daño
el haber muchos conventos:
si ricos, viven mandando;
si pobres, mueren pidiendo...

Y de aquí, con fácil transición, la crítica mordaz se pasa a más peligroso terreno:

Pues a tus reinos importa
más, cuando Ceuta está ardiendo,
quien cuarenta moros mate
que quien rece un Padre Nuestro. (1).

He aquí ya la última flor venenosa de aquella vacilación que empezó a apoderarse de algunos españoles, cuando las oraciones de Felipe II pudieron menos que las buenas condiciones marinas de los barcos ingleses en el Canal. Un paso más y estaremos ya con Tomás de Iriarte, en plena poesía anticlerical. Así su romance de *La barca de Simón* (2). Simón Pedro tuvo una barca de pesca; pero pescó tanto, que llegó a convertirla en barco de guerra con muchos cañones. Hay que desecharlo y volver a la lancha pescadora. Es el resquicio por donde siempre se entra la impiedad: la crítica del poder temporal; la preocupación aparente de ser más puros que la Iglesia misma. La España ruidosamente *católica*, la de los retablos barrocos, los cálices repujados y las procesiones vistosas, empezaba a caer también en este juego de palabras puritano, de oponer a lo "católico", lo cristiano y evangélico; de enmagrecer y destilar el valor religioso, hasta convertirlo maliciosamente, en una pura esencia fácil a la evaporación.

Hasta frente al valor militar, ese tono tan fundamental de la concepción española de la vida, empieza

(1) *Romance en que se declara el exceso de conventos...* Castro. Op. cit.

(2) Vid. Salcedo Ruiz (Ángel). *Historia de la Literatura Española*. Tomo III.

a haber duda y crítica. Bien se refleja esto en aquella briosa réplica del capitán-poeta Gerardo Lobo, de tono tan actual dirigida al "emboscado" que crítica, desde la retaguardia, del favor que recibe el combatiente; y al que invita a ir al "frente", para avergonzarse de sus ideas:

Y tú, grosero, miserable urbano,
que murmuras, cual carga y desperdicio,
que dispensa a la tropa el Soberano
el socorro, el amor, el beneficio;
si en campaña le vieres ya cercano
con sed, hambre y cansancio, al sacrificio,
¿qué no cediera allí tu mano escasa
por el dulce sosiego de tu casa?

.....

Gozar tus bienes, disfrutar amante
el amor de tu esposa tan querida,
a esos debes que tanto vituperas...
¡Tú los amases como tú los vieras! (1)

Todo estaba ya en España en discusión y litigio. A España le dolía ya todo. Se discutía de la Nobleza, de la Milicia, de la Religión. Sentíamos las cosas más orgánicas, más adentradas: lo que había sido como el respirar y el latir de nuestra inconsciente vida heroica de ayer.

Y todo esto, ya lo veis, no por influencia externa, sino por descomposición interna del espíritu español; por falta, ahora, de fuerza reactiva y asimiladora. Lo que no nos pasó con la Reforma y el Renacimiento, nos

(1) Marqués de Valmar. Op. cit. I. Pág. 120.

pasaba ahora con el filosofismo. No era invasión de los sitiadores, era entrega de la plaza. Benagasi el antiaristocrático, era señor de los Terreros, de noble familia. Macanaz era un figurón de la Corte. El padre Butrón y Fray Juan de la Concepción, eran religiosos intachables. Eran las propias selecciones las que se entregaban y se traicionaban a sí mismas. Era el fenómeno de la Revolución, idéntica en España y en todas partes; superior a toda influencia localizada y concreta, porque más que fenómeno histórico, es caída psíquica, desfundamiento espiritual. Por eso la Revolución no es nunca una victoria de abajo, sino una relajación de arriba. Cuando Federico II se entregaba a Voltaire y le decía que le tuviera por su más humilde discípulo, las gradas del trono de Prusia no las subía el filósofo en valiente asalto, sino que las bajaba el Rey en cobarde claudicación.

ENCICLOPEDISTAS Y TRADICIONALISTAS

Aquí tenemos ya la primera gran renovación ideológica que España, decaída en su propia fuerza espiritual, no asimila y absorbe dentro de su tradición. Tradición y filosofismo empiezan a marchar cada uno por su lado, sin llegar a aquella síntesis renacentista de Fray Luis, o reformista de San Ignacio y Santa Teresa. España se escinde y rompe en dos. Un ministro moderno, enamorado de "las luces", hace leer desde el púlpito de las Iglesias sus proyectos renovadores de obras públicas y mejoras materiales. Mientras tanto, en un pueblecito, se produce un motín para expulsar a unos ingenieros ingleses que están construyendo una traída de

aguas, porque no quieren beber el "agua de los herejes". La tradición se ha hecho bronca y arriscada, y ha retrocedido hacia la prehistoria, La Cultura se ha hecho sutil, minoritaria y antiespañola, y ha avanzado hacia la heregía. Porque no está bien hacer de la religión un obstáculo para las traídas de agua: pero tampoco está bien hacer de las traídas de agua una religión.

Las mismas selecciones intelectuales, se parten en dos. Unos, extranjerizados, volterianos, elegantes de forma, pero absolutamente antiespañoles: Arandas, Floridablanca, Moratines... Otros, españolísimos, de intachable doctrina, pero—según la expresión de Menéndez y Pelayo—ilegibles por "su estilo culinario, grotesco y de mal tono": Castro, Vélez, Alvarado, Ceballos. Los primeros adoptan bellos pseudónimos pastoriles—*Batilo, Jovino, Albano*—nunca oídos en el habla de España. Los segundos se llaman *el Filósofo Rancio*: que es ya pasarse de tradicional, porque lo "rancio" no es ni siquiera lo antiguo, sino lo que a fuerza de pasado, está a punto de descomponerse y apestar. Aunque desde luego, la parte de razón de estos últimos es más grande y fundamental, cuanto lo es la sustancia sobre el estilo. no se les puede dar toda la razón ni a unos ni a otros. Como no se puede dar a ninguno, en la paralela disputa literaria de clasicones y tradicionalistas, con respecto al teatro. ¿Quién aprobará el frío neoclasicismo de los reformadores: Montiano, Velázquez, Nasarre? ¿Pero quién dará toda la razón al disparatado cerrilismo de Comella, Cañizares, Marujan, Nieto o Nipho? Desde entonces, en Letras como en Política, el drama de esta España rota va a ser que nadie va a tener del todo la razón.



LA INDIGNACION HACE VERSOS

Mal trance el de un ejército a quien sorprende la batalla, roto y dividido. Así sorprendió a España la más violenta efeméride de aquel siglo: la Revolución Francesa.

Frente a ella, España conservaba intactos todos sus valores humanos para indignarse; pero no toda su claridad y unanimidad de pensamiento para comprenderla, refutarla, y hacer, sobre todo, aquello que frente a las grandes renovaciones históricas es lo único eficaz: sustituirla.

En ese primer plano humano y moral, la Revolución produce, ante todo, una reacción de horror dolorido, que tiene su mejor versión civil en la *Elegía* del gaditano Juan Ignacio González del Castillo, por "la injusta como dolorosísima muerte de la constante heroína María Antonia de Lorena" (1). González del Castillo era un buenísimo sainetero, hecho a la pintura de majos, chulillos y castañeras. Apenas poseía más instrumento poético que un lenguaje directo, claro y popular. Además era de ideas liberales, como lo revelan los insulsos poemas *El Numa* y la *Galiada*. Su *Elegía*, pues, representa la reacción más elemental y humana de un español medio ante el trágico suceso. A González del Castillo le salen a flor de piel toda su caballerosidad y su

(1) Vid. Castro Op. cit. Pág. XXX.

monarquismo heredados, y hace una *Elegía* apasionada, violenta, construída a gritos e insultos:

Vosotros, sí, vosotros... ¡Ah! ¿qué es esto?
La cuchilla cayó... ¡qué horror!... Ya miro
la sangre vaciar dentro del cesto,
al exánime casco... Sí: yo expiro.
¡Ah bárbaros! ¿Qué hicisteis? Cielo santo...

Y más arriba:

¿Quién hizo a una gavilla de asesinos
árbitros de la ley, jueces del trono?
¿Quién formó un tribunal de libertinos
do vota la impiedad, dicta el encono?
Esta no es obra, no, del Ser Eterno,
proyecto es solo del horrible infierno.

Españolísimo es este expeditivo claroscuro: ese reparto del mundo para Dios y el diablo; como españolísimo es el tono todo de esta pieza vehemente, honrada, de estilo indudablemente mediocre, pero a la que, con todo, ha podido aplicarse el verso de Juvenal: *Facit indignatio versum...*

Porque es esto: un grito de indignación lo que engendra esta *Elegía*, como su compañera la de la monja de las Huelgas de Burgos, Doña María Heiguero (1). Todos ellos más que valorar políticamente el regicidio, se horrorizan humana y españolísimamente del asesinato de una mujer. Y ese grito de España llega hasta América, donde José Joaquín Olmedo, el futuro cantor de *Junin* y *Ayacucho*, lo repite en más entonado estilo. Esto, y no mucho más que esto, es lo que España conservaba, como defensa, frente a la Revolución que estallaba: el poder de indignarse... No era poco: había de bastar para la Independencia.

(1) Vid. Valera. Op. cit. II. Pág. 279.

POETAS DE LA INDEPENDENCIA

Efectivamente, cuando se produce en España, la invasión napoleónica, el fondo nativo español, que permanece intacto, impermeable a las claudicaciones de arriba, da el grito de liberación.

Es la hora magnífica del fondo africano, de la tribu. Todos sus peligros son exorcizados por la fuerza espléndida del entusiasmo y se convierten en impetus aprovechables para la unidad. El localismo, se hace Junta patriótica, juramento ante su Virgen. La anarquía se hace guerrilla. El individualismo, se hace inspiración de cabecilla o alcaldada de Móstoles. La democracia se hace totalidad fervorosa. La chabacanería se hace folk-lor. La primera voz civil de la Independencia es aquella rica y revuelta otoñada de epigramas, coplas y seguidillas populares. Desafían al enemigo con majeza; se hacen tirabuzones con el plomo de sus bombas; redactan burlescos partes de guerra: "diez mil franceses murieron—en la batalla del Cerro—pero han conseguido, en cambio—que una bomba mate un perro". Nos cuentan que la Virgen del Pilar no quiere ser francesa, sino capitana de las tropas aragonesas. Ni siquiera españolas: sino aragonesas estrictamente. Como la Giralda "que dice que es española—y andaluza y sevillana". No le falta más que decir también el barrio. Les parece que así, estrechándose, circunscibiéndose, se agarran más al suelo y concentran más su poder nativo. Cuando más se ensanchan, llegan hasta la provincia: "Ya vienen las pro-

vincias—arrempujando...” Las provincias, no España. Más allá de los montes provinciales y domésticos, se le va al coplero la cabeza dura y estrecha, se le marea la vista agarrado a bultos de familia y paisaje. ¡Magnífico y peligroso fondo tribal de la vida española!

Para lo de fuera del horizonte doméstico, no tiene el coplero ni ojos ni atención. Así al Rey José, le llama *Pepe Botella*, porque dicen que es borracho. También dicen que es tuerto. En realidad, no es ni una cosa ni otra. Pero, ¡qué más da! El descrédito del enemigo es un arma de todas las guerras. Demasiado poco abusamos de ella. No hicimos una “leyenda negra”: apenas una leyenda rosa e inofensiva. Con dos mentirillas inocentes contestábamos a tres siglos de grandes calumnias.

Pero no se queda el pueblo solo en esta ocasión. El mapa estricto de las posiciones ideológicas se trastruca y revuelve con el empuje de la guerra. Hay amigos de “las luces” que, sacando de amores odio, pelean contra Francia. Hay emigraciones y traspasos de lo popular y tradicional a lo neo-clásico y afrancesado, y viceversa. Se esboza—ya demasiado tarde para ser consistente y duradera—la síntesis que hace un siglo se echa menos.

Hay ingenios que optan por agacharse al tono popular. Destaca entre ellos Juan Bautista Arriaza: incansable durante el sitio de Cádiz, en lanzar coplas, bailes e himnos, de fáciles versos, sonoros ritmos y elemental fervor patrio; como Bernardo López García, autor de las famosas décimas del *Dos de mayo*, eriga-

ñosas de brío y facilidad. Otros entonan más el estilo, como el liberal, simpático y repentista Cristóbal de Beña; el enfático Félix María Hidalgo y el amanerado Martínez Colomer.

Pero donde se venía forjando el mejor y más flexible instrumento poético, para rellenarlo ahora de pasión popular y españolista, era en la llamada segunda escuela salmantina. Aquel grupo de poetas, formado en la lectura de los clásicos españoles, había recibido de su mentor y guía, Don Gaspar Melchor de Jovellanos, en prosa y verso, continuas exhortaciones para arrojar el caramillo pastoril y aplicar los labios a

la sonante
trompa, para entonar ilustres hechos,

El mismo Jovellanos predicó con el ejemplo, y a falta; todavía, de tema más "ilustre", escribió sus dos bellas sátiras a Arnesto: dos de los mejores trozos de poesía censoria y juvenalesca de nuestras letras, cuyos rotundos endecasílabos libres, apenas han sido superados sino por Jáuregui, en el Siglo de oro, y don Leandro Moratín, en aquel siglo... Pero estalló la Independencia, y el "ilustre hecho" apareció radiante a los ojos de aquellos poetas. Nunca mejor coyuntura para seguir la admonición jovellanesca:

Sean tu objeto los héroes españoles,
las guerras, las victorias y el sangriento
furor de Marte...

En Nicasio Alvarez Cienfuegos, la indignación humana de González del Castillo, la pasión popular de las seguidillas y los epigramas, tratan ya de meterse a duras penas en los moldes clásicos. Su conducta civil,

enteriza y magnífica, que estuvo a punto de costarle la vida, supera su poesía; pero sus versos desordenados, extravagantes, llenos como su apellido, de cien llamadas y fogatas, merecen todo el respeto del Honor y de la Poesía. En el extremo opuesto caen las odas que el gran humanista Sánchez Barbero, mejor poeta latino que español, dirige a Trafalgar, a Wellington, a los Arapiles. Ya están ahí los "ilustres hechos"; pero no aún la ilustre Poesía:

QUINTANA

Esta sólo la logra, al fin, Don Manuel José Quintana: el más grande poeta de aquellas horas y acaso el más genuinamente *civil* de la Literatura Española. En él la conjunción de lo clásico y lo popular es absoluta. Todas las corrientes literarias que andaban dislocadas y sueltas, en esta España rota, tienen en él un punto de pasajero contacto. Es poeta de antología y de calle. En sus versos se unen todos los empaques y sabidurías, con todos los entusiasmos y desgarros: como se unían el fraile y el pisaverde y la marquesa y el arriero, disparando en las murallas de Valencia o rellenando sacos de tierra a las puertas de Cádiz.

Sus dos máximas odas civiles, *Al Armamento de las Provincias españolas* y *A España después de la revolución de marzo*, tienen una amplitud de aliento, una justeza de ritmo, una majestad rodante de períodos, que sería inútil discutir. Su inmortalidad no se las otorga este o el otro crítico: sino la simple memoria de cada lector español, en donde sus endecasílabos se instalan inevitablemente, sobre no sé qué cúmulo de

seculares resonancias, y el simple oído de cada oyente a donde se agarran, sobre no sé qué profundas simpatías de ritmo y diapasón. Sería preciso citarlas casi enteras, para recoger sus trozos más antológicos e inmarcesibles. Y no por é ello citaríamos ideas varias, llamativas u originales; sino, una y otra vez, una sola fogosa invocación de libertad, corriendo, como fuego en rastrojo, por los ríos y los campos de España.

Esta es toda su gloria y ésta toda su Poesía. Aquí está el milagro de los versos de Quintana: están tan henchidos y derramados de alta inspiración patriótica, que esta demasía desbordante tapa y cubre en él todo lo que le falta. Y lo que le falta no es nada menos que todo esto: Primero, un buen instrumento poético. Quintana era un hombre de exquisito gusto, como lo demuestra la infalible puntería con que, en sus estudios sobre poesía, cata los buenos versos y extrae los perfectos hallazgos. Pero cuando el crítico se vuelve sobre sí mismo y busca, como poeta, sus propios versos, la lengua le falla entre las manos. Un siglo de malas letras ha depauperado el castellano de tal modo, que su caudal léxico casi ha quedado reducido a una quinta parte del que utilizó un Quevedo. No existe ya aquella antigua y jugosa permeabilidad entre lo culto y lo popular, que vivificaba la cantera inextinguible del latín y ennoblecía la creación inagotable del vulgo. Virgilio y Ovidio, por un lado, y por otro, los pastores y los caberos, prestaban a Fray Luis o Quevedo, un renovado derroche de palabras y giros. Las aulas y las gañanías estaban siempre a sus lados, vivas y creadoras, suministrándoles inexhaustas reservas. Pero Quintana tiene que pasar entre unas y otras, por su caminito estrecho y urbano, equipado no más que con sus adjetivos

de periódico y sus frases hechas de discurso doceañista. Necesita todo su genio para que sus amplios períodos poéticos, que él soñó herrerianos, no parecieran trozos oratorios de Argüelles y Muñoz Torrero. Y aun así, no lo consiguió del todo.

Y si ésto es grave, más grave es lo que le falta en segundo término. Le falta aquello que sostiene y levanta tan alto la poesía de Herrera: un segundo plano ideológico y providencialista, sobre el que colocar el "hecho ilustre" que canta y exalta. Quintana no sabe más sino que los españoles se han levantado contra el tirano invasor. Su vista no alcanza a mayores trascendencias ni perspectivas históricas. Le entusiasma el valor humano, casi el esfuerzo físico de la empresa; pero no sabe lo que esa empresa significa en los días de España y en los planes de Dios. Todo lo que aquel levantamiento tiene de erección de eternos valores hispánicos, dormidos pero no muertos; todo lo que tiene de Cruzada y Reconquista, se le escapa por completo. Hinchaba y encabrita, desafortadamente, sus pobres adjetivos, para ponerlos a la altura de la epopeya que presencia. No hubiera tenido que tomarse tanto trabajo, si, en cambio, su pensamiento más agudo, hubiera sabido abarcar su estatura y su dimensión.

Pero, ¿cómo iba a lograr esta medida si, desgraciadamente, y en trágica comprobación de la total rotura de la conciencia española, la mente de Quintana, liberal y masón, estaba nublada totalmente por los peores prejuicios del filosofismo de la época? La pluma con que cantaba la guerra de España estaba húmeda todavía de la tinta con que la había calumniado, copiando los más vanos tópicos de la leyenda negra. Gritaba contra el tirano invasor y se dejaba tiranizar y colo-

nizar por Schiller o Alfieri, los que pusieron en circulación el Felipe II cejijunto y asesino, y por Marmontel, el abate Mably y demás caterva de extranjeros que calumniaron la obra de España en América: "los tres siglos infelices" que dice Quintana en su *Oda a la propagación de la Vacuna...* ¡Y esto lo decía un diputado doceañista que tenía, en el escaño vecino de las Cortes, a aquellos diputados indígenas, del Perú, de Chile, de Méjico, que—producto de aquellos "tres siglos infelices"—se codeaban con los diputados españoles en una paridad de educación y de cultura, no lograda en ningún Parlamento del mundo; no conseguida por ninguna otra colonización humana!

Después de leer sus dos grandes *Odas* de la Independencia y su bello *Trafalgar*, habría, para conservar el entusiasmo, que apartar la vista, con pena, de su *Oda a la Vacuna*, de su canto a *Padilla* y de aquel repugnante aquelarre de sombras augustas incomprendidas y desfiguradas que es el *Panteón del Escorial*. Leyéndolas se llega a la dolorosa y total revelación. Quintana, como su época, empezaba a no tener fe más que para la vacuna o la imprenta: para los valores de la civilización material. No podía comprender que aquella España, que se había reservado en la Historia lo que el Evangelio llama "la mejor parte"—la parte de María: la parte del Espíritu—, hubiera aplicado un día a la defensa de esos altos valores de fe y moral la misma intransigencia que ahora aplicaban los Estados nuevos a la defensa de esos valores utilitarios y medicinales que eran ya los únicos dogmas de su fe. Se entusiasmaba de una gran expedición para propagar la vacuna ¡y maldecía de nuestra gran expedición para propagar la Fe!

Y, sin embargo, cuando Quintana pregunta angusti-
tiado:

¿Qué era, decidme, la nación que un día
reina del mundo proclamó el destino?

no tiene que buscar mucho. Esa nación está allí: la tiene delante de los ojos, viva, despierta, peleando en Zaragoza y en Bailén. En cambio, cuando poco después, Leopardi, busca a Italia con análoga interrogación—*Dove sono i tuoi figli? D'Italia tua morto é l'amore?*—, Leopardi no hallará un eco popular que le responda (1). Hallará el vacío, el silencio. Se despeñará en el pesimismo; y tendrá que esperar para su Zaragoza y su Arapiles, para su despertar colectivo hasta el salto mussoliniano, ágil, elástico, deportivo y un poco en el vacío. Y Quintana no comprendía que la diferencia está en que aquí en España hubo unos hombres que se preocuparon de defender con santa intransigencia, antes que la vacuna antivariólica, los valores eternos que habían de estallar en Arapiles y Bailenes: ¡y esos hombres, cuya obra tenía ante los ojos y no veía, eran aquellos monarcas constructores, cuya memoria él maldecía y calumniaba en *El Panteón del Escorial!*

Pero así era la época. Quintana fué el perfecto poeta civil de ella. Poeta civil en esa total integración de la Poesía y la vida pública, que confiere la plenitud de ese título a los grandes modelos italianos: Alfieri, Fóscolo, Manzoni, Carducci. Quintana no solo lanzó sus grandes odas; sino que redactó casi todas las proclamas y manifiestos gubernativos de la guerra. Cantaba y hacía: estaba plenamente confundido, en alma y cuerpo, con la hora bélica y estremecida. Tuvo lo grande y lo chico

(1) Vid. Leopardi, *Canti*. Ed. "Classici italiani" Vol. XV.

de la hora. Tal era ésta, que hasta sus más grandes traiciones al espíritu hispano, se teñían de patriotismo. Quintana, con violencia histórica, para hacer digerible su liberalismo, tiene que traspasárselo a Juan de Padilla. Como Martínez Marinas, para hacer posibles las Cortes de Cádiz, tiene que entroncarlas, forzadamente, con las de Aragón y Castilla; y Gallardo, para hacer pasable la masonería, tiene que vestirla con no sé qué nomenclatura de drama romántico, donde las logias, triángulos y talleres, son sustituidos por castillos, merindades y fortalezas. Tal era la hora. Por eso tuvo su poeta civil en aquel hombre que, por lo menos, sentía tremendamente a España en su hecho físico y material, en sus ríos "olivíferos" y en sus "piníferas" sierras, y concebía la epopeya de la Independencia, siquiera de un modo simple y directo: poco menos, también, que como una vacuna contra la viruela.

Pero todo se andará. Tiempos habían de llegar en que ni ese hecho físico ya, ni ese concepto primario de independencia, se respetarían. Tiempos habían de llegar de rotura y venta de la tierra de España: de Judas que la traicionarían por dinero. Ante ellos, todavía nos parece un monumento de limpio españolismo aquel poeta honrado que, ya viejo, recibía sobre sus sienes de plata, de manos de la reina Isabel II, una cívica corona de oro. Poco después, Quintana moría cristianamente con todos los Sacramentos. Y la corona de oro tenían que venderla sus herederos para pagar sus deudas: entre ellas, los cincuenta duros del frac con que asistió a la Coronación. En España, en definitiva, triunfan siempre los valores del espíritu.

POESIA Y PATRIOTISMO
EN DECLIVE

Al lado de Quintana, sólo es posible citar a Juan Nicasio Gallego, en su *Oda al dos de Mayo*: más frío que Quintana, pero más correcto; en lucha constante por hallar la expresión hiriente y aguda, sin otro material que los eternos y borrosos adjetivos de la época: la "horrible atrocidad", el "español bizarro", la "indómita cerviz". Y también un escalón más abajo, en plena frialdad académica, Alberto Lista, en su *Bailén*; Martínez de la Rosa, en su *Zaragoza*; Rosa Gálvez, en su *Trafalgar*; y con alguna mayor pasión, dos próceres españoles, el Marqués de Molins y el Duque de Frías (1), que defendieron con bastante brío y agudeza, rara en sus tiempos, los dos capítulos de la Historia de España ennegrecidos por Quintana: el primero, la colonización de América, y el segundo, la figura de Felipe II.

Pero mientras estos ingenios reaccionaban en este sentido patriótico, otros, más lógicos acaso, se afancesaban y hacían pleitesía al invasor. Cuando los patriotas como Quintana no sentían a España más que como un hecho físico y una independencia política, pero negaban y desconocían todo el volumen de su Historia, no es raro que los que tuvieran solo un grado menos de fervor en el espíritu, cayeran en una total negación apátrida. Así Juan Meléndez Valdés, el más fino de los poetas salmantinos, ejemplo vivo de vaci-

(1) Vid. Valera. Op. cit. II. Pág. 69.

lación y poquedad de espíritu, que cantó en un romance la Independencia:

Al arma, al arma, españoles,
que nuestro buen rey Fernando
víctima de una perfidia
en Francia suspira esclavo...

para luego exaltar a José Bonaparte,

Mas os amé y mas juro
amaros cada día...

y luego, a su vuelta, tornar a cantar a Fernando VII

Gobierna Fernando
¡que viva decid!

y acabar al fin, en Montpellier, desterrado, soñando con una "tercera España" y enfocando la tremenda epopeya como una guerra civil y "discordia impía" entre españoles extremos. Típica trayectoria de intelectual liberaloide: vacilación cobarde, primero, y al fin, en el extranjero, serenidad olímpica y humanitaria, sobre todos los bandos:

Vuelva la agricultura
sus campos a animar; torne el ganado
a holgarse en la verdura
del ya seguro prado...

.....
La industria destruida
de esta guerra letal al soplo ardiente
descollando florida;
el comercio alimento
y alce el saber su desmayada frente.

Al fin y al cabo, Meléndez, en su inhibida postura de paz, era más lógico que Quintana, en su arrebatado

llamamiento a la guerra, la muerte, la Cruzada. Guerra, Cruzada: ¿por qué?, ¿para qué? . . . La pacífica apelación de Meléndez a la agricultura, la industria y el comercio, es más lógica cuando no se cree más que en la vacuna y en la Imprenta, y no en la metafísica de Felipe II y del Escorial.

Y más lógico todavía, el sevillano Arjona, que olvidando su anterior *Himno guerrero*, "si eres, España, el suelo—de la feroz Numancia—no sufras, no, de Francia—al pérfido invasor", se tira a los pies del Rey intruso, portador, al cabo, de la nueva filosofía y civilización, con la más adulatoria y servil de las odas. . . Y todavía más lógico, José Joaquín de Mora, que en pleno volterianismo, recorre España y América sembrando impiedad, en cantidad enorme de fáciles versos. Y más aún los apóstatas Blanco y Marchena, que se marchan al extranjero, a maldecir de todo lo español. Y más todavía, en fin, Don Pablo Jérica, el amigo de Moratín, que toma carta de naturaleza francesa en su destierro parisino, y escribe desvergonzadamente:

Y no más Patria en el mundo
que vivir libre y contento.

Es el final lógico y rápido de aquel declive intelectual. Quintana, impulsado todavía por gloriosos resabios tradicionales, quiere la Libertad *de la Patria*. Meléndez, ecléctico y pacífico, quiere ya Libertad y Patria. El caballero Jérica, al fin, más expeditivo; quiere Libertad. . . aun sin Patria.

HACIA LAS ULTIMAS CONSECUENCIAS

Efímero había sido, en efecto, aquel contacto quintanESCO de modernidad y tradición, de lo culto y lo popular. Alianza de guerra puramente; pero no síntesis lograda y estable. Como la otra de Libertad y Patria: tregua pasajera, también, para expulsar al francés; tregua en la que la Patria había entrado reducida a su mínima expresión y dejándose fuera de la alianza toda su historia y su contenido espiritual. Bastaría que el hecho físico de su independencia quedara restablecido para que en seguida la precaria síntesis tornara a escindirse, y la Libertad, otra vez suelta, siguiera su implacable labor extranjerizante y de ruina de la Patria.

Así fué, en efecto. Ya durante la Independencia misma se había visto que la rotura interna de España continuaba. Se había visto en las divergentes trayectorias seguidas, como acabamos de decir, por las selecciones intelectuales. Se había visto, como en resumen expresivísimo, en el estrecho recinto del Cádiz sitiado, donde todo era bando y pandilla: discutía la tertulia tradicional y prerromántica de Bolh de Faber con la clasicona de Doña Margarita de Morla; discutían Muñoz Torrero y Ostolza, defendiendo dos Españas antípodas; discutían los desocupados en la Plazuela del Mentidero. En efecto, bien pronto pudo verse que el esfuerzo de la Independencia era estéril para todo lo que fuese más allá de la mera liberación geográfica de la Nación. El espíritu de Cruzada que había movido sub-

terráneamente al pueblo era, pronto, traicionado desde arriba. La musa satírica popular pasa casi sin transición, de las burlas contra el Intruso a las quejas contra sus propios Gobiernos. Ahora la otoñada folklórica se acrecienta con la pródiga cosecha del periodismo, que ya empieza a lucrarse, al menos pasajeramente, de la "libertad de imprenta" conquistada en las Cortes de Cádiz. Hay todo un pequeño ciclo de sátira anónima contra el Corregidor Moctezuma y otro contra el Ministro de Hacienda:

Señor don Martín Garay
usted nos está engañando,
usted nos está sacando
el poco dinero que hay.

Pero ya no son los días del Conde Duque. Ya no se detiene la sátira en el "valido", en el gobernante. Ahora hay todo un sector político interesado en ir más lejos, y por los mismos consonantes contesta al anterior epigrama:

No es el honrado Garay
el que nos está engañando...

para ir a terminar con osadía novísima en España:

el Rey sólo es el que cobra
y el Estado se arruina.

Ya veis cómo la Libertad va royendo las esencias mismas de la Nación. Los dos valores exaltados en gloriosa síntesis en la epopeya de la Independencia—Libertad, Patria—se han desunido y enfrentado, y por

entre los dos se cuele torrencialmente la Revolución. En las letras, el Romanticismo ha heredado esos valores dislocados y sueltos; la Patria es para el romanticismo color superficial, restauración anacrónica, peluca de teatro; la Libertad es anarquía, individualismo rebelde, desahucio de la moral. De aquí su incongruencia interna que, en el fondo, coadyuva también a la Revolución.

En el mismo Duque de Rivas, padre del romanticismo español, aparece ya la paradoja dislocada. Es patriota en sus odas, todavía clásicas, contra Napoleón; lo es en el sentido tradicional, dudosamente histórico, de sus sueltos y gallardos romances; pero es liberal, y cuando llega, en su *Moro Expósito*, la hora de pintar un abad medioeval que se dispone a hacer su colación, sus pinceles se mojan en tintas anticlericales:

Son sus ojos alegres y vivaces,
brotó salud su faz fresca y redonda
y sus anchas mejillas rubicundas,
y su nariz hacia la punta roja.

y luego nos describe la rabelesiana colación que tiene sobre su mesa:

Y sobre ella un jamón, pan como nieve,
un ánade, dos truchas y una torta:
todo en fuente de plata repartido
y al lado del cubierto una gran copa.

Este abad del Duque de Rivas, como el dispensero del mismo *Moro*, como el hermano Melitón del *Don Alvaro*, es hermano gemelo de aquellos frailecitos de barro, orondos y barrigones, que fué costumbre antaño, colocar como adorno, en las consolas y repisas de la

clase media española; y es el precedente de aquellas otras caricaturas que dibujaba Ortego para los libelos populacheros y anticlericales. Los poetas, los artistas, la clase media, todos contribuyeron a formar y mantener el ambiente de la desamortización; de esa segunda entrega de Cristo, más "a la moderna", donde las treinta monedas son sustituidas por Títulos de la Deuda Interior. Desde aquella hora el liberalismo español baja de las esferas intelectuales y entra en parte de la conciencia española. Tiene ya su masa, su recluta, en los adquirentes de los despojos de la Iglesia que necesitan ser "liberales" para tranquilizar su conciencia y no dar demasiada importancia a los anatemas del Papa... ¡Qué gran descubrimiento apaciguador ese del "liberalismo", cuando el corredor ofrecía, en buenas condiciones, un cortijo desamortizado!

Así, mientras los poetas liberalizan ingenuamente, y últimamente los burgueses, la Historia marcha. La rotura de España ya es guerra frente a frente. Empezó a bofetadas femeninas en la alcoba mortuoria de Fernando VII y sigue a cañonazos por las breñas del Norte. "Carlistas", "cristinos": ya tienen nombre de reyes los dos bandos que, hace un siglo, pelean en España. La raja que divide y corta la Nación, ha llegado ya hasta la cabeza.

Y ya en plena actitud polémica, la postura desamortizadora de los frailecitos goliardescos, llega rápidamente a sus últimas consecuencias. Una tarde, al son de su violín destemplado, se oye en Madrid cantar a un ciego: "Muera Cristo—viva Luzbel—muera Don Carlos—viva Isabel". El ciego era sencillamente lógico: llegaba rápidamente a la última consecuencia de aquella polémica española que, en definitiva, disfrazaba la eterna pelea de la Bestia y el Angel. Descubría

bajo el dilema dinástico, el otro dilema metafísico que era, para Quevedo, todo el dilema de la vida, el mundo y la política: Dios o el diablo. Todo era cuestión de tiempo y forma. El ciego, como buen español, era más expeditivo. Por lo demás, con más pausa y mejores modos, ya llegaría Francia al luciferismo de Baudelaire e Italia al *Himno a Satanás*, de Carducci. Y que el ciego no se equivocaba, pronto se vió materialmente. Las calles de Madrid se ensangrentaban poco después con la infame y satánica matanza de frailes. Y no ningún energúmeno, sino el apacible Bretón de los Herreros, escribía sobre los frailes asesinados este joco-fúnebre epítafio:

Allí en aquel matorral
yace otra fiera alimaña:
la capucha monacal
langosta un día de España,
y dándose el parabién
claman millares de víctimas:
descanse en la nada, amén (1).

LOS ROMANTICOS

Mientras tanto, en las letras románticas, los dos tonos dislocados, herencias parciales de la síntesis breve de la Independencia—Patria y Libertad—, parece que se polarizan en sus dos grandes poetas: Zorrilla y Espronceda.

Zorrilla se inspira, sobre todo, en la Patria; pero una Patria superficial, colorista, llena de falsas recons-

(1) Vid. Angel Salcedo. Op. cit. Tomo IV.

trucciones arqueológicas. Su simpático fervor y buen deseo es indudable:

¡Lejos de mí la historia tentadora
de ajena tierra y religión profana!

Pero, en verdad, que aquella España suya, llena de trovadores convencionales y de moros caballerescos, parece a menudo "ajena tierra": como parece "religión profana", la disparatada y optimista teología del *Tenorio*.

Poca Patria y poca Religión eran estas para resistir el grito de Libertad, tan agudo y extremo en cambio, como el que brota de los versos de Espronceda. La Patria y la Religión se hacían más "de teatro", precisamente cuando la Libertad se hacía más "de verdad". Espronceda fué ya liberal activo, revolucionario, conspirador en la Plaza de la Cebada, con "los numantinos". Sus pocos cantos civiles, son arengas inflamadas contra el bando carlista. Pero su liberalismo es más extenso, más totalitario. Su versión de la Libertad es primaria, individualista:

...La primera
vez que he pensado en mi vida,
pensé alcanzar con la mano
dónde alcanzaba la vista.

Su *Canto a Teresa*, lo más inspirado que brotó de su pluma, es una elegía sin Dios y sin consuelo. Elegía del hombre solo en la tierra: raíz de su liberalismo anárquico. Por lo demás, a los *liberales* políticos, de partido, los desprecia: y en aquellas vigorosas caricaturas de la clase media española, en su *Diablo Mundo*—especie de "diablo cojuelo" de las casas de huéspedes decimonónicas—se burla donosamente del burgués ma-

drileño, comerciante de algodones, racionalista y progresista de nombre, pero incapaz de arriesgar su tranquilidad por su idea. El liberalismo esproncediano es ese otro, más hondo, que está escondido detrás del raquítico liberalismo español de tertulia y Congreso. El lo siente venir, proféticamente, galopando, en su *Canción del cosaco*:

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín...

Esa es la Libertad que presiente Espronceda. Libertad total: de recaída en lo salvaje y primario. . . Libertad de estepa: los cosacos rusos cayendo sobre Europa.

DESCOMPOSICION Y CURANDERIA

Y España toda se prepara a darles paso. Relajado de aquel modo el núcleo espiritual que era centro y cohesión de la Nación y del Imperio, todo ello se agrieta y rompe, más que vencido desde fuera, deshecho desde dentro. Ya vimos cómo se rebelan los individuos, cómo se dividen los partidos y los bandos. Por igual camino, las regiones se apartan: se inicia la nueva valoración del habla nativa en Cataluña, en la oda civil de Aribau; en Galicia, con los *Estudios*, de Martínez Munguía. Se cancelan tres siglos de historia, empezados por Boscan. Reflorece la tribu al relajarse el Imperio... Porque por igual camino—no por ningún otro distinto—se inquietan y desgarran las provincias de América, entre un estruendo orfeónico de cantos civiles: Bello, Heredia, Olmedo, López Planas,

Cruz Varela, Echevarría, Quintana Roo, Ortega, Castillo y Lanzas, etc., etc. . .

Y en todos estos movimientos centrifugos, va mezclado, inicialmente, un cierto candor, que cree en la eficacia preservadora y aislante de lo primitivo y original. Esa corriente sana, nativa, demasiado prehistórica, nunca perdida en la vida española, llevaba en sí los gérmenes del desastre. Siempre rondando la tribu, en un momento heroico puede producir las guerrillas; pero en un momento de relajación, puede engendrar la Independencia de América o el separatismo regional. El deseo de no compartir la política hispana, que se entregaba a la revolución, es la semilla inicial del movimiento liberador de América. El deseo de preservar las puras y sanas tradiciones forales, es la semilla de los movimientos regionalistas. Por eso los frailes y conservadores americanos, fueron a menudo los primeros liberadores. Por eso es muy corriente que los nacionalistas vascos o catalanes, guarden en su casa la boina del abuelo carlista (1). Es la falta de "interior satisfacción" la que produce en España y en América la descomposición del Imperio.

Y en medio de esa rotura y atomización total de la Patria, faltan ya todas las fuerzas de cohesión, todas las manos duras que pudieran apretarla y unirla. La Monarquía es liberal y parlamentaria: la Religión y la Patria siguen teniendo aquella inconsistencia zorrillesca. Con tales ingredientes, son ineficaces todas las

(1) Vid. Marius Andres. *El fin del Imperio Español en América*. Ed. "Cultura Española". Prólogo de Eugenio Vegas Latapie.

recetas y emplastos que se ensayan. Bermúdez de Castro y don Heriberto García de Quevedo (1), intentan, a lo Gioberti, una síntesis tardía, de Libertad y Religión: catolicismo liberal, democracia cristiana; Núñez de Arce y Ferrari, ensayan otro menjurje, no menos flojo y tardío, de Libertad y Patria: liberalismo nacionalista. Todo ello es "curandería": otra expresión de la tribu, de la prehistoria. Hasta la política activa intenta su pequeña sacudida épica de la *Guerra de Africa*, con el romancillo mediocre y las odas enfáticas, tan celebrados por Castelar, de José Monroy (2):

¡Valor, soldados! Vuestros hechos dicen
que España torna a sus hermosos días...

Pero no, no torna, Continúa su desmayo. Y los doctores que le aplicaban el frasquito de sales, se miran y mueven desilusionados la cabeza. Es el pesimismo. La generación del 98 quiere clausurar la poesía civil. "Siete llaves al sepulcro del Cid", dice Costa. Y luego, teorizando ya la vieja vena antiheroica de la "alabanza de aldea", elevando a consigna la epicúrea fruición de la *Cena* de Baltazar de Alcázar, lanza la última receta: "Escuela y Despensa". Buen programa para un ama de casa. . . ¡Programa demasiado modesto para nosotros, que habíamos sido amos del mundo!

EL OPTIMISTA

Y es entonces cuando del corazón mismo del viejo y perdido Imperio, de la pequeña y central Nicaragua,

(1) Valera. Op. cit. I, 196 y 98.

(2) Emilio Castelar. *Semblanzas contemporáneas*. Primera serie.

brotó una voz majestuosa. Tiene un dulce acento mesotizo y una anchura ecuménica. Todo el mundo hispánico se ha puesto de pie para oírlo: ¿qué dice? ¿qué quiere?... Es una apelación, una llamada. Con ritmo largo, rodante, otra vez imperial, de viejo exámetro, va gritando:

Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!

Es la voz de Rubén Darío. Ha nacido el último gran poeta civil de habla española. Ha sido afrancesado. Ha cantado de estanques versallescós y de princesas empolvadas. Pero, de pronto, la vena continental de su juvenil *Canto a Chile*, la vena española de sus "layes" y decires, de su *Cid* y su *Don Quijote*, se le ha removido en el alma. Ha huído de París, cuenta él, "sin una lágrima"; ha lanzado su cruda verdad: "París es la querida, pero Madrid es la mujer legítima"...

¿Qué ha ocurrido? España ha perdido la última hilacha de su manto imperial: los Estados Unidos interesados terceros en el pleito con Cuba, la han vencido. Se ha consumado la disgregación interior del Imperio. Esto, en España, produce una reacción anestésica de pesimismo: el 98. Pero ésto, en América, produce una reacción de temblor, al verse sola, desnuda y dividida ante el coloso del Norte...

Y Rubén capta, como ningún otro, esta angustia, y con un salto intuitivo y genial, traza su concepción del mundo hispánico. El Imperio como remedio contra los imperialismos. Sin el Imperio, América, rota, dividida, es un temblor bajo la suela comercial y expeditiva de los zapatos del tío Sam. Sin el Imperio, Espa-

ña, desgarrada, es un constante peligro entre los dos grandes bloques imperialistas—la estepa eslava y mongólica, de un lado, y de otro, el Imperio rubio de Inglaterra—un temblor de Espiritu agónico, entre el mecanismo marxista de Moscú y los gestos rígidos del guardia blanco, sobre el asfalto de Gibraltar.

Rubén siente en su carne, las dos angustias. La de España en aquella alegría jocunda y excesiva que le inunda por solo que el Rey Oscar, de Suecia, ha gritado: "¡Vive l'Espagne!"

Sire de ojos azules: gracias: por los laureles
de cien bravos vestidos de honor; por los claveles
de la tierra andaluza y la Alhambra del moro;
por la sangre solar de una raza de oro;
por la armadura antigua y el yelmo de la gesta
por las lanzas que fueron una vasta floresta
de gloria y que pasaron Pirineos y Andes,
por Lepanto y Otumba, por el Perú, por Flandes,
por Isabel que cree; por Cristóbal que sueña
y Velázquez que pinta y Cortés que domeña.

Gracias, Sire de ojos azules, por todas esas cosas.
Gracias por tu sonrisa y tu vitor norteño para España.
¡Ha temblado tanto el Poeta por todas esas gracias y
memorias, siempre demasiado cerca, en su fragilidad,
de las máquinas y del oro del Norte, del Este y del
Oeste!

La angustia de América, más concretamente "su
angustia", le inspira el magnífico y desafiante canto a
Roosevelt: rotunda, espléndida impertinencia hispá-
nica:

Los Estados Unidos son potentes y grandes
cuando ellos se estremecen hay un hondo rumor

que pasa por las vértebras enormes de los Andes.

.....

Mas la América nuestra, que tenía poetas
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyōtl,
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;
que consultó los astros, que conoció la Atlántida
cuyo nombre nos llega resonando en Platón.

.....

la América católica, la América española
la América en que dijo el noble Guatemoc:
"Yo no estoy en un lecho de rosas", esa América
que tiembla de huracanes y que vive de Amor;
hombres de ojos azules y alma bárbara, vive.
Y sueña. Y ama y vibra; y es la hija del Sol.
Tened cuidado. ¡Vive la América española:
hay mil cachorros sueltos del León Español!
Se necesitaría, Roosevelt, ser por Dios mismo,
el Riflero terrible y el fuerte Cazador,
para poder tenernos en vuestras férreas garras.
Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!

En este último verso, el poeta ha llegado, de un salto genial, al centro luminoso del problema. Aquí y allí, en América, en España, el enemigo lo tiene todo: nosotros tenemos a Dios, al Espíritu, a la fuerza interior. Rubén no busca la solución ya en ninguna receta ni emplasto político. Rubén saca el remedio del propio centro y meollo de la raza, con un salto ágil, inmenso, de su divino poder creador. Y lanza la *Salutación del Optimista*: la proclama profética del renacer hispánico; el manifiesto del nuevo Imperio, hasta hoy, por su genial anticipación, no comprendido en toda su estrechecida magnitud.

La Salutación del Optimista, de Rubén, es como una

reacción y un salto, en sentido contrario, de las proclamas de la generación del 98, que pudieran llamarse a la inversa, la *Despedida del Pesimista*. Frente a una misma realidad angustiosa, el pesimista reacciona hasta recaer en la tribu: en la "escuela y despensa"; y el optimista reacciona hasta volver al Imperio: a la "divina reina de luz, ¡la celeste Esperanza!"

El *Optimista*, convoca en torno suyo a las "inclitas razas ubérrimas". Cuando ya las tiene a su lado, empieza su mensaje con un golpe rápido al corazón, que tonifique y levante los ánimos:

Yá veréis al salir del Sol en un triunfo de lirias
 mientras dos continentes, abonados de huesos gloriosos,

 digan al orbe: la alta virtud resucita
 que a la hispana progenie hizo dueña de siglos.

Y luego, embridado el tono, con rugido hosco, amenazante:

Abominad la boca que predice desgracias eternas
 abominad los ojos que ven solo zodíacos celestes;
 abominad las manos que apedrean las ruinas ilustrés;
 o, que la tea empuñan o la daga suicida.

En cuatro versos abomina de la premisa y de las consecuencias del gran desastre español: de los apedreadores de tradiciones, que tiene ante sus ojos, y de los apedreadores de cruces que tiene ante su profecía. Los dos primeros exámetros abominan del 1898: los dos últimos del 1931

Y enseguida la profecía se ensancha, con amplitud estremecedora:

Siéntense sordos ímpetus en la entraña del mundo,
 la inminencia de algo fatal hoy conmueve la tierra.

La Gran Guerra. ¡Y la poesía es, no lo olvidemos,
de 1905!

Fuertes colosos caen; se desbandan bicéfalas águilas...

La derrota de los Imperios centrales.

Y algo se inicia como vasto social cataclismo...

Rusia: El Soviet...

...¿Quién dirá que las savias dormidas
no despierten entonces en el tronco del roble gigante,
bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?

Roma-Mussolini: las haces victorias...

Y enseguida apoyado en este esquema profético,
exacto y preciso como un mapa, el grito luminoso
de la Esperanza Española. El primer manifiesto de nues-
tra Santa Cruzada. La primera espiga del Julio triunfal:

¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos
y que al alma española juzgue áptera y ciega y tullida?

Y su finura de oído, se hace, entonces, milagro, en
el ritmo como en la profecía. Sus palabras chocan como
espadas de la futura epopeya. La ágil acentuación de
sus exámetros parece que ya salta trincheras y alam-
bradas:

Unanse, brillen, secúndense, tantos vigores dispersos:
formen todos un solo haz de energía ecuménica...

Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente...

Juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros
y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora...

Y todavía, tras la Cruzada, el Imperio:

Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lenguas,
ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos.

Y, al fin, un último grito de Esperanza: y en seguida
un retorno al primer verso, un remansarse el ritmo en
la apelación inicial, como si el arranque extenuador de
su esfuerzo hercúleo, se apoyara, rendido, en el hombro
filial de sus oyentes:

Y así sea esperanza la visión permanente en nosotros:
jánditas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

EL ULTIMO POETA CIVIL

Aquí quiero cortar mi discurso. Aquí, dejando iniciado así, hacia las alturas, el galope profético en esos exámetros. Todo lo demás que pudiera faltar, hasta la hora actual, en ellos está en genial anticipación.

"Y pues lo tenéis todo, falta una cosa, Dios". Ahora hemos tenido a Dios, y también por milagro del Caudillo, no poco de aquel "todo" que ayer solo tenían nuestros enemigos. Así hemos vencido. Y ahora, en este mundo desconcertado, en este último desorden del empirismo westfaliano, queda abierta la ancha posibilidad para la última profecía rubeniana. Queda un gran fragmento de humanidad, que lee a Cervantes, que reza el Padre

Nuestro en español y que, porque sabe toda la verdad última y metafísica sobre la Paz, el Espíritu y la Vida, tiene derecho a reclamar su turno y pedir la palabra, en este gran desconcierto de la humanidad.

Este último estremecido momento español, ha tenido ya también en balbuceo, sus poetas, sus versos civiles. Pero el último gran poeta civil de España es otro. No tiene nombre. Es anónimo, como las coplas, como los romances, como las catedrales. Escribió con sangre su verso sobre la dura tierra morena. Dió su cuerpo a la tierra y su nombre al olvido. Vestía uniforme kaki. Era bajo, tostado, enjuto. Llevaba una estrella en el pecho y un lucero en la frente..

HE DICHO.

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. LORENZO RIBER

CONTENTS

EXAMINEE: R. D. LORENZO RIBER

Allá por el año 22, comenzó a sonar con insistencia en aquellas partes de Andalucía, de donde ya no pasó el vago Hercules, un apellido disilabo, raudo y agudo como una flecha, votado a la mayor y más merecida fortuna y a la más legítima popularidad: Pemán. Este nombre virgen y no oído; este dardo breve y eficaz, ya desde los primeros momentos se encendió con aquel fuego augural con que, al romper los aires, se inflamó, disparada del arco de Acestes, el añoso monarca siciliano, según nos cuenta Virgilio, la saeta de elección que marcó su camino con llamas, cual discurren y vuelan las estrellas. Y no fué vano el augurio. La solemnidad de hoy es el reconocimiento y la consagración oficial de la fortuna literaria ganada en la mejor de las lides con sucesivos y nada fáciles acrecentamientos, por el gran poeta, por el Varón de Febo, en cuya presencia y en cuyo honor, ahora, en este templo de mármol sólido de la fama, ante el senado de la cultura española, ante el Caudillo que ganó a España, se pone de pie el coro entero de las nueve Musas castellanas:

Utque viro Phebi chorus adsurrexerit omnis.

José María Pemán, copiosamente dotado por las Gracias, ha podido ceñir su frente con coronas múlti-

ples: con la encina civil, con el laurel de Apolo, con las palmas académicas; pero él ha preferido decorarse

col nome che piú dura e piú onora.

Ha preferido decorarse con el título de poeta, que es el vivaz óleo de cedro y es el cofre de ciprés incorruptible y es el horaciano bronce perenne que no pueden menoscabar ni la lluvia roedora, ni el viento impotente, ni la serie de los años, ni la fuga de los tiempos.

Acompañemos al poeta glorioso en sus arduas ascensiones. Primeramente recibió las confidencias que le hablaba al oído el genio de su lugar, la Musa gaditana. Esta Musa, o dejando el énfasis mitológico, esta moza es pizpireta y vivaz. Tan vivaz que ya habló de ella y de sus gracias leves y aleves el padre de las sales mordicantes, el abuelo de las picardías españolas, Marco Valerio Marcial, el celtibérico de los aledaños de Calatayud. Y alguna parte de la atávica procacidad debe conservar aún la muchacha retozona cuando nuestro poeta adolescente—pues, es en la adolescencia cuando se abren los sueños más anchos, nenúfares quietos sobre el agua contemplativa—se preguntaba si sería nombre de mujer el nombre de La Pimienta, que lo da a una calle bética. Pimentada de sal y de claveles es esta musa de sus primeros años. Es aquella misma musa que apetece el mordiscón de lo agrio de que gustaba nuestro españolísimo Marcial, en quien había tanto marisco que sabe a algas y tanta manzanilla que sabe a pedernal; más andaluz en esto que los enfáticos cordobeses y toda la familia altisonante de los Sénecas:

A mí solo me aplace lo agridulce;
higos Quífos que puncen algo ariscos
y aviven el sabor con su picante.

Es rica de sentires y parca de palabras esta musa local de sus verdes años y de sus verdes gustos. Más que lo que dice, punge lo que queda balbuciendo: el cristal de risa triste con que se quiebra el coloquio comenzado, el son de chapines fugaces, doblando la esquina de aquel barrio lírico de Santa Cruz, por donde el divagador moroso pasea calles y ojea ventanas y espía azoteas donde secan al sol ropas íntimas y ténues mecidas de brisa picaresca:

Un misterio que se esconde,
una canción que se va...
Rumor de fuentes lejanas,
fugas de sombra en la cal,
enredo de calles hondas
sin principio ni final...
Todo el barrio es una niña
con un beso a flor de labio
que no lo acaba de dar...

En la copa profunda de ese lirio de mar que es la blanca Cádiz, comenzó a libar el poeta incipiente el ajenjo y la miel secreta, aquel agridulce y aquella sal de lágrimas que Lucrecio, el insanable y el insondable pesimista, percibía en la fuente misma de las gracias y de los donaires:

Medio de fonte leporum
Surgit amari aliquid quod in ipsis floribus angat.

Esa anticipación, ese primer gusto de sal cristiana, preparó a Pemán para el cántico nuevo y la vida nueva. Aquel camino que camina, que es el freo gaditano por donde la copa de Homero, el pequeño Mar de las tierras, se vierte en el libérrimo y fabuloso mar de Atlante, tentó sus robustas alas de albatros para otra suerte de inmensas y azarosas navegaciones. Para todo hombre y mayormente aún, si este hombre es poeta, más tarde o

más temprano llega aquella crisis que el Dante definió en el gran verso inicial de su Comedia:

Nel mezzo del camin di nostra vita...

Para todos llega este hito de la mitad del camino de la vida. La mitad del camino de la vida es la edad de la conversión y el trueque; la edad en que caen las escamas de los ojos; el trance de la iluminación en que el hombre recobra su totalidad intelectual o moral. Para Saulo el Tarsense, esta mitad del camino de la vida, es cegado del sol, el camino de Damasco; para Raimundo Lulio, es el redondo otero de Randa, el montecillo de la mirra penitencial; para el Dante, es el pedimiento en la selva salvaje, el encuentro con el alma cortés del Mantuano y la aparición de la Mujer celestial ceñida de oliva. En esta encrucijada de la vida, se muestra ante los ojos limpios un cielo nuevo y una tierra nueva. Y si el converso es un poeta, el poeta cobra una nueva voz y el fruto de sus labios es un canto nuevo. Andaba aún harto lejos de los portales de su propia redención, "de la mitad del camino de la vida", el mozo gaditano que rimaba los apacibles cuadros de la vida sencilla y a quien contaba tan afables y tan amables lindezas la modesta musa cotidiana. La voz del poeta no ha conquistado aún su timbre personal y amplio ni su total autarquía. No son demasiado difíciles de discernir en este canto incipiente otras resonancias y otros vagos y lejanos ecos. Ora, como "en el Viático", asoma el folklorismo cristiano y el dialectalismo sabroso a lo Gabriel y Galán, y su "Ama", que es una versión rústica de la "Perfecta Casada", de Fray Luis; ora, "en el silencio de la tarde", interpreta sobre su lira el poeta novicio un

tema de flauta teocritea, digno de las musas sicilianas, cuyos dos versos postreros encierran un pensamiento incrustable en el más delicado poema de la Antología:

Y sonaban mis besos en tu cara
como un rumor de abejas entre flores.

Otras veces, haciendo su vía, nuestro poeta errabundo, circundado de pensamientos melódicos, siente nacer en su pecho como una golondrina implume, un efímero amorcillo, desnudo y aterido, mullido en copos de enero, por una serrana de Navafría, que pone fuego en las nieves. Y a la manera de don Iñigo López de Mendoza, la requiebra con aquella cortesía y blandura de rimas y con aquellas eficaces localizaciones que, como por arte de milagro, evocan y vivifican hechiceras fieles perspectivas:

Cuando ya el sol se ponía,
cuando asomaba la luna,
todas las tardes la vía
junto a la puerta moruna
camino de Navafría...

Si del Marqués de Santillana nuestro Pemán primerizo tomó la galantería y la gentileza de las "Serranillas"; de Lope de Vega y de su "Romancero Espiritual" y de los "Soliloquios y Jaculatorias" publicadas bajo el anagrama de Gabriel Paderopes, aprendió (arte ya más difícil) la efusión ternísima, la suave combustión y el seráfico derretimiento de entrañas con que se postuló de rodillas para orar ante el Cristo de la Buena Muerte:

Cristo de la Buena Muerte
el de la faz amorosa
tronchada como una rosa,
sobre el blanco cuerpo inerte
que en el madero reposa...

Y a cambio de esta alma llena
de amor que vengo a ofrecerte,
dame una vida serena
y una muerte santa y buena
Cristo de la Buena Muerte.

Y, ¿por qué no venís vos ahora, Maestro Josef de Valdivielso, vos que recogísteis en vuestras manos sacerdotales el último mortal suspiro de Lope de Vega, que debió encenderse como un grumo de incienso; y por qué no venís y trasladáis a lo divino el lindísimo y fresco romance "Al alba, mi Amado, al alba", de nuestro mozo poeta? Amor impalpable y purísimo, digno de ser celeste, pero que debe de ser humano, pues que como el propio Himeneo, se ciñe las sienes de torongil.

Yo no sé por qué, en el pórtico de "Señorita del Mar" me salteó invenciblemente el recuerdo de aquella redondilla de Lope de Vega:

Una gallarda mujer
que pisa con aire y brío
es como ver un navío
que lleva viento a placer.

Esta me pareció ser la prosopopeya de Cádiz: gallarda y bella, sonora con ruido de cristales marinos y de castañuelas de bronce de Tartesos. Un aire fresco y salobre como el viento generoso que henchía el velamen de las carabelas colombinas orea el gallardísimo "Romance de la visita de la Escuadra italiana al puerto de Cádiz":

Gritos de siete colores
en la Torre de Tavira,
siete banderas anuncian
que hay una escuadra a la vista.

Cada uno de los versos de este rápido romance es un gallardete alegre, es una flámula regocijada. A tra-

vés de ellos, como a través del cordaje tenso de una ventosa galera, pasa el aire salado y lúcido. Este romance precioso, verdadera flor de romances, está amasado de aérea musicalidad; se canta sólo; tañe sólo como las medievales campanas milagrosas que se decían pulsadas por ángeles. Yérguense en él, como vastas olas oceánicas, grandiosas imágenes barrocas, imágenes en que parecen iniciarse las gigantescas contorsiones de una titanomaquia, que el poeta en su amor de la geometría, se afana inmediatamente por reducir a dimensión; heroicas hipérboles que diríase que el poeta las ha hurtado al Olimpo subido en hombros de Góngora o en el torso arduo de Calderón:

Sobre el parche azul del cielo
veinte cañones repican.
El viento, cortando el humo,
mechones blancos trasquila..

Bien como en la apoteosis de la batalla de Lepanto, el fastuoso Pablo Veronés abrió la gloria del cielo sobre aquella selva del mar que fué la armada cristiana; nuestro poeta contempla los cielos abiertos; naufragan sus ojos en las insondables lejanías y su oído milagrosamente agudizado percibe el diálogo familiarísimo y remotísimo:

Y Dios ha dicho a la Virgen
en su trono de amatista:
A marisco huele el humo,
a marisco y manzanilla;
cañones de Cádiz son
los que disparan, María!
En balcones de turquesa
los ángeles se reguipdan
y corre por cielo y cielo
de ala en ala la noticia:
Ay, que viene la gala
de la Marina!

Todavía el poeta magnífico ha hallado otros momentos hermosos y felices en su itinerario lírico de Cádiz. ¿Acaso no semeja una aparición de vitraje gótico, transverberado por un oblicuo golpe de lanza de sol amarillo, y florecido de moradas violetas de Jueves Santo, el paso del señor Obispo de Cádiz a pie

masculando sus fervores
con su capa y su muceta,
tronco de raso violeta
con verdes borlas de flores;
del anillo y pectoral
luciente la pedrería

por el pasadizo de la Catedral gaditana, interrumpiendo con su presencia el juego de los hijos de los pescadores morenos, gitanuelos veraces como Murillo los pintó, que se paran y se quedan

cigüeñitas de la torre,
con una pata en el aire,

santiguados por una cruz relumbrante de amatista? No de otra manera bendecía a los niños el dulce taumaturgo San Nicolás de Tolentino. Punzante elegía la elegía del niño mariscador que dejó en la infiel arena, la huella efímera de su pie, único rastro de su vida pura, tenue, como una azucena perdida en el suelo.

Con la "Elegía de la Tradición de España" coincidió en José M.^e Pemán la crisis redentora y libertadora, la mitad del camino de la vida. Año de mal agüero fué el año ominoso de 1933. Todas las cornejas volaban hacia el lado siniestro. Pero la cerrazón no era tan densa ni el Señor había abreviado tanto su mano ni apagado de tal manera la lumbre de su rostro, que no hallaran visión los profetas de aquellos días. En 1933 se manifiesta muy

aguda y clamorosa en Pemán la dolencia de España, de que adolecían los espíritus más nobles. En aquellos días, toda la triste y espaciosa España aparecía cubierta con "aquella luz opaca y amarilla que presagia tormentas:

Me duele España en mí, como si fuera
carne en mi carne; siento
como el temblor de un viejo tronco al viento
o el desasirse de una enredadera.

Ramas tronchadas de una primavera
siento en mí los sentires más amados
como Cristo manchados
de sangre y de saliva;
y me duele en el alma, en carne viva
la mella de los siglos arrancados...

El mal de España era la dolencia específica que aquejaba a los patriotas que hubieron de trocarse en profetas de lo pasado, en apóstoles angustiosos de lo por venir. Allí, dolores como de parto: "Filioli mei, quos iterum parturio", exclamaba el apóstol prototípico, con una voz que era un alarido: "Vellem mutare vocem meam". "Hijuelos míos a quien alumbro otra vez. Quisiera cambiar mi voz." José M.^e Pemán cambia la voz. Su voz cobra un acento más grave; su voz se expande en anchas y profundas resonancias como de campana religiosa. Hasta entonces, sus versos habían sido un juego: "Cammina qui lusi". Desde aquellos días sus versos serán una predicación, sus versos serán un apostolado.

Ite hinc inanes rhetorum ampullae...

Adiós, pues, vanas bambollas de la retórica!

Ite hinc inanis cymbalon juventutis.

Adiós, adiós, sales gaditanas; adiós, castañetas tar-
tesíacas; adiós, címbalos de la loca juventud; adiós.

lozana andaluza, ánfora de carne, de barro y de flor. El poeta se ha trocado. El poeta, como los grandes conversos se ha dicho: "Nunc coepi": ahora comienzo. Y corre a sumergirse impávidamente, como en una gruta oscura y glacial, en la tremenda meditación, en la profunda meditación pascaliana de sus orígenes:

Yo no soy luz que brilla
 pasajera entre nubes ni lamento
 perdido en soledad ni hoja amarilla
 danzarina de otoño sobre el viento:
 no es una pluma en el azar mi vida
 ni soy un punto solo, sin medida
 ni dimensión que encierra
 en sí mismo su ser todo agotado.
 Todo en mí, carne y luz, lo han amasado
 los muertos y la tierra:
 las dos manos fecundas del Pasado.

Y el que antes de entrar en esta casi ignaciana meditación de su primer origen terreno, fué poeta galán y mundano, de ella y de sus tinieblas frías, sale cruzado y apóstol. Pemán es promotor de la fe en España; Pemán es el General de la nueva orden de Predicadores de España. Para predicar a España, Pemán profesa la apostólica descalcez; se hace alado; se hace ubicuo; fatiga todos los caminos; fatiga todos los ecos; llena todo el horizonte de España con la gesticulación de sus brazos; y como los primeros hijos de Francisco, da su cabeza de predicador iluminado al sol, a los vientos y a las lluvias. Clama, no ceses!, fué dicho a un profeta antiguo; exalta, como trompeta, tu voz! Pemán exaltó su voz como trompeta:

España, España!... Aguza los oídos
 que con un dulce dejo y color blando
 sombras con luna van por los ejidos
 de Salamanca y de Alcalá, llorando...

Lloran la copla de la malcasada
que a la orilla del golfo verde y oro
sueña el mal sueño de su amor doliente;
lloran por su rosal y su tesoro,
perla ayer la mejor de su corona;
hija de las sirenas del Oriente,
novia del mar azul, luna naciente...
Clara, limpia, perfecta Barcelona.

En la antología de loores con que ciñe su frente la metrópoli mediterránea, reina de reyes y reina de naves, habrá de enlazarse esta guirnalda reciente. El postrer verso tiene la lapidaria fijeza, la dura y geométrica desnudez de una de aquellas definiciones que el Dante esculpía con dedo igneo en el diamante negro de su poema pavoroso.

Razón tenían para salir envueltas en túnicas pálidas de luna a llorar por los ejidos de Salamanca y Alcalá, las ancestrales sombras salidas de las tumbas donde los heroes duermen el sueño férreo, cuando, con aquel acento conmovido, con aquel gran clamor con que el Petrarca y Leopardi "apellidaron" (para decirlo con vocablo heroico) el santo nombre de su Patria, Pemán salió gritando el grito del trisagio nuevo: España, España, España! Y razón tuvo la Reina Fundadora de España, que duerme la eterna noche nupcial en la capilla de los Reyes de Granada, en su tálamo estremecido de augurios, para bañar de lágrimas anchas, las mustias violetas de sus ojos. El año de la "Elegía de la Tradición de España", imperaba el Estatuto, ominoso cuando fué esperanza o amenaza; lacrimoso e infando ahora que lo barrió la cola del caballo rojo del Apocalipsis.

Predicando a España, la voz de Pemán, como la de

un profeta, se carga a veces de oscuros amagos y de presentimientos siniestros:

Y llegará el momento
en que retumbe toda España al viento
con los secos hachazos de la tala
del bosque ayer tan prieto y tan tupido?
Y arrojará algún brazo descreído
como un puñado de simiente mala
las arras de Isabel en el olvido?

Mas, como en Balaam, el viejo profeta de Israel, las maldiciones se convierten en bendiciones y el hosco nublado se resuelve en mansa lluvia y la saña se mitiga tornándose blanda oración. Y termina Pemán el impresionante poema con una imagen bíblica, ingente, que Fernando de Herrera envidiaría y que debería recitarse de hinojos:

Tú que tienes el viento y las estrellas,
Señor de los Señores, en tus manos.

Robustos versos inspira a Pemán la que Lope llamó la parte mejor de España, Castilla, casta, fuerte y soñadora, gran madre de mieses, gran madre de varones. A Castilla, anchuroso mar de espigas, pudiera aplicarse aquel dictado que Gonzalo de Berceo aplicó a Nuestra Señora Santa María, llamándola Madre del pan de trigo. Pemán ha recorrido Castilla que comenzó siendo un pequeño rincón y acabó siendo un gran imperio. Pemán la ha visto ancha y parda, serena y augusta, porque estaba grávida del Quijote. Por encima de los bardales del huerto avilés de los Cepedas, nuestro poeta, con la más natural de las curiosidades, ha contemplado la niñez y los juegos heroicos de quien construyendo ermitas se ensayaba para edificar "las Moradas"; y vió cómo salía con clandestino pie a que la descabezasen mo-

ros, la que había de ser monja, y monja andante, que debía sembrar el suelo patrio de "Fundaciones".

El "Romance de los Siete Pecados Capitales" es una suerte de muy breve Psicomaquia, a la manera de Aurelio Prudencio, pero traducida al andaluz. Aquel dulcísimo Buen Pastor que el arte cecuciente de las Catacumbas figuró bajo los trazos del juvenil Mercurio Crióforo que traía en sus hombros la oveja perdida; en la visión enérgica de nuestro poeta, de blando ovejero se ha trocado en mayoral de reses bravas:

Tarde abajo el mayoral
de los siete toros negros
va sorbiéndose en un triste
rojo crepúsculo lento...

Todo este bravío romance está como sumergido en aquellas sombras lúcidas que amaba nuestro Ribera o en aquella noche ocular, en aquella noche vidente en que Rembrand sumía sus bíblicas visiones.

Me rozaron en la carne
las siete liras de hueso.

Esta imagen de una inaudita novedad y robustez, tiene energía verdaderamente prudenciana; está forjada en hierro celtibérico; es calderoniana y a la vez y sobretodo, españolísima.

Para penetrarnos bien de la unción de las "Rimas Sacras" de Pemán, es menester que retrocedamos hasta Lope de Vega y su Romancero espiritual. Bien es verdad que en el tímpano de alguna de ellas se pudiera escribir lo que escribió el filósofo en el portal de su vivienda, vedando el ingreso a quien no fuese geómetra. Lope de Vega tan diestro en expresar ternuras humanas, se disuelve en el Romancero, en ternuras divinas.

Como los romances espirituales de Lope, la "Meditación de la Soledad de María", de Pemán, abunda en fuentes de aguas y en dardos seráficos. Es como la meditación melodiosa de un ruiseñor doliente a quien el duro labrador robó los hijuelos desnudos, y que exhala su duelo a la sombra del álamo estremecido de temblor y de hoja nueva:

Palidecidas las rosas
de sus labios angustiados,
mustios los lirios morados
de sus mejillas llorosas;
recordando las gozosas
horas idas de Belén
sin consuelo ya y sin bien
que sus soledades llene...
Miradla por donde viene,
Hijas de Jerusalén!

No debía ser yo en mi virginal inexperiencia del arte del teatro, quien había de penetrar en el teatro de José María Pemán. Yo me pierdo en el teatro. Yo andaría por las tablas, como Plauto, con el zueco desabrochado. Yo no soy más que un seguidor tenaz de bellezas líricas; un incansable perseguidor de imágenes esquívas, como Fauno lo era de ninfas fugitivas. No, no debía ser yo. "Olor canat alter olorem". Otro cisne debía cantar a este cisne. Resignáos, pues, a que os hable del teatro de Pemán, un profano del teatro, desde su ángulo inadecuado de visión.

"Puto quod Deus nos Apostolos novísimos ostendit". Con una leve flexión en el recto sentido de esta sentencia paulina, sin presunción demasiada, podemos recabarla para nosotros los españoles, llamados y armados por Dios para un apostolado tardío, viñadores diligentes contratados a la hora nona por el Padre de familias. De todas las expansiones de nuestra personali-

dad nacional, la más generosa, la más heroica de todas fué la expansión del apostolado. El Dador de todo bien que divide sus dones según quiere, y a unos les da el don de lenguas, a otros el don de profecía, a otros la gracia de las curaciones; a nosotros, los españoles, nos dió el más preciado de sus carismas. Aquél que suscita profetas, a nosotros nos hizo apóstoles; nos dió la hoz y nos señaló la mies; nos dió la voz y los fines del orbe de la tierra. Y puesto caso que Dios nos concedió que tocásemos las riberas del mundo nuevo, nos dió asimismo el grito recio, el clamor apostólico que estremeciera y rompiera la virginidad de aquellos vientos. Se llevaron los sueños y los deseos de nuestro poeta, siempre asomado a los caminos del mar, las velas de las carabe'as, las barcas de los pescadores de hombres. No siguió Pemán, en su primer viaje indiano, el tenebroso camino de los conquistadores del oro, sino la ruta balsámica de los sutiles mercaderes de especias. De lo más recio de España, de las breñas de Navarra, arrancó de cuajo a un apóstol y lo llevó por el mar de los Lusiadas. Este fué Francisco Javier, el Divino Impaciente, el Atlante descalzo y pequeño, el Hércules apostólico, el Don Quijote del Evangelio, caballero en una mula coja.

Quien guste de peregrinar por determinados períodos de nuestra Historia, experimentará hartas veces aquella maravilla que hizo decir a los exploradores de Israel, al regreso de su viaje por la tierra prometida: "Vidimus ibi monstra quaedam... de genere giganteo". Vimos allí cierto portentoso linaje de gigantes en cuya comparación nosotros parecíamos langostas de rastrojo. Qué gran linaje de varones animaba en su generosa matriz la madre España, Cibeles de innumerables pue-

blós nuevos, cuando en pos de los Descubridores, alumbraba a los Misioneros! Pemán tuvo la osadía de retornar a los sacros manantiales de nuestro teatro nacional. Fué una felicísima audacia la de llevar los hechos de los apóstoles a los profanos escenarios y mostrar a la luz de las candilejas al santo Misionero que el sol tostó con su quemante antorcha. Y fué un triunfo singular que este heroe escuálido se impusiera a la Bestia de mil cabezas y la domara y la domesticara y la prendiera en la seda sutil de sus hechizos. Pemán retrotrajo nuestra escena y nuestro público a los días gloriosos en que el déspota de la cómica monarquía, el monstruoso Lope de Vega llenaba los corrales de pueblo clamoroso y rumoroso, anhelante y atento a ver la santidad celebrada y escenificada.

Porque es el fresco y potente soplo de Lope de Vega el que alienta en aquella floresta de versos maravillosos y no menor es el viento que bate las almenas del castillo de Javier. "Magno nunc ore canendum!". Como la musa de Pemán madrigalesca que habla a media lengua, sabrosamente, adorablemente como las niñas ceceantes y engasta en oro cuantas palabras dice, en el itinerario lírico del "Barrio de Santa Cruz"; una vez en el pórtico triunfal que abre el poema de la divina y creadora impaciencia, llena el pecho de aliento generoso y detrás de la máscara trágica habla con boca rotunda. Hablar con boca rotunda es un don celeste de la Musa. El teatro clásico español siempre habló reciamente; habló siempre con rotunda boca.

¡Oh el famoso pavor oceánico domeñado por tres naves portuguesas con nombre de arcángeles! Oh las

tinieblas del mar Atlántico, iluminadas por tres carabelas castellanas, blancas como tres sonrisas!

Por Castilla y Portugal
supo el mundo su tamaño.

En las tareas de evangelización siguieron caminos diversos estos apóstoles novísimos: hacia el ocaso, Castilla; Portugal hacia la aurora, para encontrarse al pie de la misma cruz. Como tal vez acontece que en las gradas de alguno de los humilladeros de Castilla, se apean a rezar, cuando el sol poniente tiende su mustia púrpura por la cima de los montes lejanos, dos labriegos de aldeas limítrofes cansados del peso del día y cubiertos de polvo cereal:

Mirad con qué liso y llano
saber exacto y seguro
hacia el Occidente obscuro
y hacia el Oriente lejano
donde nace la alborada
van estos dos rumbos ciertos:
con los dos brazos abiertos
de España crucificada.

La misión de España ha sido estarlo siempre, y dar al mundo para decirlo con la eficaz expresión dantesca, mezcladas pavorosamente palabras y sangre; unidos indisolublemente apostolado y martirio.

En aquellos días, todo en el mundo era maravilla. La vida es un encanto, exclamó el joven humanista Uerico de Hutten. A aquella venturosa generación fué revelado el misterio, escondido a las otras generaciones; es a saber, el misterio de la evangelización que el Apóstol de las gentes insinuó en su epístola a los fieles de Efeso; y que en aquella dichosa edad fué revelado a los profetas tardíos y a los apóstoles novísimos.

Abstrusa en las profundidades de las tierras y de los siglos bullía una humanidad densa, como la arena del mar que carece de número. El género humano apareció de súbito multiplicado fabulosamente. El P. Josef de Acosta autor del libro "De natura novi Orbis" y "De procuranda Indorum salute" creyó ver en aquella plenitud de los tiempos el cumplimiento puntual de la profecía del salmo magnífico: "Secundum altitudinem tuam multiplicasti filios hominum": Según su alteza, Señor, multiplicaste los hijos de los hombres. Y toda esa nueva humanidad multiplicada, remota pululante, hormigueante, era llamada a la misma herencia que la vieja humanidad y había de ser miembro de un solo cuerpo y participe de una misma promesa en Cristo Jesús, por la predicación del Evangelio: "Gentes esse cohaeredes et concorporaes et participes promissionis ejus in Christo Jesu, per Evangelium".

En el colegio de Santa Bárbara de París, en aquel cenáculo del apostolado tardío, fué a buscar Pemán el apóstol de elección que el Señor según la vieja profecía, había de marcar con su signo y enviarlo a las gentes por el camino del mar, al Africa y a las islas de lejos. Francisco Javier fué este vaso de elección, este nuevo Varón de deseos. Los sueños de Javier eran águilas muy altas. En todo tiempo los apóstoles han soñado. San Pedro, que fué su príncipe, soñó el lienzo blanco, que descendía del cielo, lleno de todo animal no puro, que se le mandaba comer. Al fementido lecho de San Pablo que acaso era, tendido en el suelo, aquel mismo cilicio de pelo cabrío, que eran tan diestras en tejer sus manos, llegóse una noche un Macedón, que de pie, cual conviene a peregrino venido de lueña, le rogaba y le decía con ahinco: Vente a Macedonia y ayúdanos. Este macedo-

nio viajero llevado en alas del sueño a la yacija del apóstol, era, según los exégetas, el ángel que tenía a su cargo la custodia de aquella provincia romana y el celo de la salud de aquellas almas. Al lecho de Javier, lugar de cita de grandes sueños vagabundos, debían acudir ángeles negros de tristes ojos blancos; ángeles accitunados de vivaces ojos oblicuos. Y suplicábanle con encarecimiento sumo que acudiera, en su ayuda. Ignacio supo sembrar en Javier el abundante propósito; Ignacio supo sembrar en Javier la semilla de la inquietud fecunda:

Yo no te vengo a tañer
junto al oído un laud
que por extraña virtud
te amodorre en dulce calma;
vengo a poner la inquietud
entre tu vida y tu alma.
Vengo a ensancharte, Javier,
a tí mismo, tu medida
y a hacer que se talle y mida
por tu ambición, tu valer.

Al genio de Javier disciplinado por aquel gran director espiritual que fué Ignacio de Loyola, le ha sido siempre fiel el dramaturgo Pemán; no se permitió ninguna suerte de osadía, ni asomo ninguno de infidelidad que hubiera sido punible irreverencia. En este punto obedeció al precepto clásico:

"Aut famam sequere aut sibi convenientia finge, scriptor..."

O bien el autor ha de respetar los caracteres históricos ya cuajados, si aconteciere que los llevase a la escena, o si se aventurare a alguna invención, debe ésta concordar con el personaje ya conocido y famoso. Si Aquiles sube a las tablas, debe ser tal como lo plasmó Homero. Pemán fué fiel al carácter de este Aquiles apostólico, que más aún que el homérico, mereció el epíteto

de los "rápidos pies". De los rápidos pies y de los brazos de roble que sólo pudo romper el peso de la concha bautismal vertida sobre millares de frentes.

Quien había sopesado en sus manos, vivo, un proceloso corazón de apóstol, osó acercarse también, sin temblar, a uno de los más grandes muertos seculares, a una de las más solemnes figuras yacentes de nuestra Historia. He nombrado a Fray Francisco Ximenez de Cisneros. Rigió a Castilla, cuando Castilla andaba poblada de recelos y de discordia; cuando andaba poblada de los hombres rubios de Felipe el Hermoso. Fraile humilde, político del cielo, inflexible en su carrera como un astro, estóicamente envuelto en su propia torva virtud, como en una túnica diamantina. Pero no era tal la adustez de Fray Francisco que bien así como el sombrío peñón, no tuviera ternuras íntimas, líquenes en flor, y una venita capilar de llanto y de perdón, muy secreta y muy dulce.

Al lado del Apóstol impaciente y del Regente de hierro, qué gracia de juventud, qué rumbo y qué sal de Andalucía, no pone Lola la Piconera, protagonista de "Cuando las Cortes de Cádiz..." Lola la Piconera, heroína andaluza digna de Séneca, el andaluz, pero sin su énfasis y su rigidez, sin la entonación de sus sentencias rotundas y sin sus vastos gestos teatrales; sin su severa verticalidad; pájaro sin dueño, pasa por el escenario incoercible y leve, como el sueño y el viento. Ligera como la llama, como la pluma, como todo lo que perfuma, como todo lo que vuela. Lola la Piconera muere por la Libertad que la antigüedad calificó de hermosa. Linda ella y móvil ella como la cardelina vivaz de quien la Piconera tiene la gracia inquieta, la garganta líquida y también, ay dolor, la gentil cabecita ensangrentada.

Una noche de este pasado verano (era la del 22 de junio) a la una bien tañida, rompiendo el silencio de un barrio de la ciudad de Palma de Mallorca, de callejas angostas y breves que tienen rótulos dignos de una terrena Ciudad de Dios; clandestino y sigiloso un hombre de hábito que se recogía a aquella hora desusada, abrió la pesada puerta de uno de los famosos zaguanes mallorquines; y la puerta cedía complacidamente con un hipócrita silencio oleoso. Pero la insomne lechuza recoleta, la "ulula religiosa" que en aquella misma hora acostumbra chillar laudes en la espesura balsámica de un huerto conventual, no quiso hacerse encubridora de aquella callada nocturnidad y levantó el vuelo y la voz escandalosa pregonando que aquel hombre de iglesia venía del teatro. Y así era en efecto. Aquel eclesiástico venía del teatro. A Mallorca, tierra de apóstoles y de misioneros, donde tantas veces aconteció que sus hijos nacieran con las alas mayores que el nido; a Mallorca, digo, patria de Raimundo Lulio, evangelizador de África, y de Fray Junípero Serra, padre y fundador de California, quiso nuestro glorioso dramaturgo mostrar las primicias y el fruto de su segundo viaje indiano a las tierras luengas en cuyas venas se cuece el oro. En las costas de Mallorca recortadas clásicamente con la geométrica precisión de una hoja de acanto, acababa de desembarcar el poeta peregrino José M.^e Pelán con Doña Francisca Henríquez de Ribera, Condesa de Chinchón, Virreyna del Perú, salobres ambos aún del vasto aliento trasatlántico, salpicados de aquel menudo polvo de rocío que en la llanura del mar levantan los libres vientos. Y yo con todo mi pueblo, emocionado por la preferencia, quise ir a verles a su arribo. Y aquella noche fuí al teatro.

¡Oh noche! ¡Oh cena de dioses!

¿Y qué salí a ver yo, contra mi costumbre y mi loba clerical, en aquella noche que no caerá de mi memoria; qué salí a ver? ¿Una pobre mujer pasional? ¿Una caña agitada por el viento? No; salí a ver una mujer fuerte; una mujer española, una mujer misionera, como aquellas mujeres apostólicas que ayudaban a San Pablo en sus tareas y de quienes el acérrimo apóstol gusta en sus epístolas de hacer mención honorífica y nominal envolviéndolas en su emocionada gratitud y en el blando fuego de su ternura, casta como el fuego claro que ardía y no consumía y en el cual moraba Dios; generosas mujeres "quae mecum laboraverunt in Evangelio"; cuyos nombres están en el libro de la vida y en el libro de España.

En una curiosa anécdota de la historia de nuestra Botánica colonial tiene su primer germen "La Santa Virreyna". "Cuando se ha permanecido, escribe Alejandro Humboldt, durante todo un año sobre la cadena de los Andes, en las altiplanicies de Nueva Granada, de Pastos y de Quito, es cosa placentera pasando por el clima más dulce de los bosques de quinquina de Loja, descender suavemente hacia las llanuras del río superior de las Amazonas, hacia un mundo desconocido, rico en soberbias especies vegetales. La pequeña villa de Loja ha dado su nombre a la más eficaz de todas las cortezas febrífugas, a la quina o cascarilla fina de Loja". Es el producto precioso del árbol que el propio Humboldt, describió científicamente bajo el nombre de "Cinchona condaminea". Hacia la mitad del siglo XVII, la corteza de quinquina fué introducida en Europa. En 1632 fué traída a Alcalá de Henares; y en 1640, a Madrid por la condesa de Chinchón, Virreyna del Perú,

curada en Lima de la fiebre intermitente. La Condesa de Chinchón, Doña Francisca Henríquez de Ribera era la esposa de Don Jerónimo Fernández de Cabrera Bobadilla y Mendoza, Conde de Chinchón, que en calidad de Virrey gobernaba el Perú durante el decenio de 1629 a 1639. Pulverizada convenientemente la corteza de quinquina, recibió el nombre oficial de "pulvis comitissae": polvos de la Condesa este remedio probado, distribuido por la Condesa de Chinchón, esposa del Virrey del Perú.

Tienen tanta belleza como prestigio de antigua religión, los quinos del Perú, ingentes catedrales forestales:

Pinguem dives opacat
Ramus humum...

El vegetal inestimable sombrea el suelo pingüe. Pleotórico de savia pugnaz este hermoso árbol se esfuerza siempre por pujar su cabeza sobre los demás árboles coposos, que pretenden ahogar su nativo brio y consigue elevar encima de todos, exenta, su frente. El quino es el Inca de aquel maravilloso pueblo vegetal. Las hojas de su airón triunfante, que menea el viento, brillan con un fulgor rojizo, como de fuego, que se ve de muy lejos. En medio de sus hojas, se abre la linda flor rosada que es el símbolo o como el "totem" de la tribu de color de bronce.

Dios del arco de plata llamaban al Sol los griegos. El Sol, la vieja y maligna divinidad del Perú mete en las venas, sutiles flechas enherboladas. Triaca y contraerba de estos dardos pérfidos es la corteza del árbol totémico, de la mítica catedral de ramos y hojas que puede cobijar toda entera a la tribu que conoce y guar-

da inviolado el secreto de la taumaturgia del benigno gigante forestal. El sol peruviano, como la lanza de Aquiles, a la vez que vulnera, da remedio. Sobre esta simplicísima propiedad terapéutica del rey de la floresta del Perú, ha edificado gallardamente nuestro poeta, rico indiano que vuelve, su tragedia (la preceptiva clásica la denominaría así) que presenta a trechos la religiosa grandeza de alguna tragedia antigua.

Refiere el P. Maestro Fray Francisco Diago que el venerable P. Fray Luis de Granada, hablando en Lisboa el año 1588 (el propio año de su muerte acaecida en su postrer día, 31 de diciembre) con un padre maestro valenciano llamado Fray Juan Vicente que después fué Provincial de Aragón, le confesó, tratando de sus libros, que cuando pasaba los ojos por ellos y llegaba a pasarlos por la "Guía de Pescadores" decía entre sí: ¿Es posible que yo hice este libro en Badajoz? Buen cielo y buen clima debe ser el de aquella ciudad.

Buen clima y buen cielo el de la tierra de Nueva Castilla, la felicísima tierra del Perú, de donde nos vino la epopeya religiosa de España que es "La Cristiada" de Fray Diego de Hojeda y a donde trasladó Pemán "La Santa Virreyna" para que madurase sus doradas opulencias al calor de aquel sol generoso y al jugo de aquella tierra ubérrima. La tragedia comienza gallardamente con un romance nuevo que sabe exquisitamente a romance viejo:

A las Indias se va el mozo!

Al, que a las Indias se va!

La esposa que deja en flor
quién se la enamorará?

La torre sin centinela,

qué fácil es de tomar!

Por el camino falaz que siguieron los conquistadores del oro, los hambrientos del fango amarillo, los sedientos del goloso metal, se va la nueva Virreyna del Perú, llama y cera, tempestad y risa, zarpa y ternura, mordisco y beso, vendabal y céfiro, apóstol y mujer. En sus entrañas de casada estéril quiere alumbrar nada menos que una nueva cristiandad. Se va embarcada en un galeón disfrazada de hombre, como las mujeres de Lope y de Tirso por la misma ruta que seguían los hidalgos llevados de la avaricia. "El cuidado de hazendar sus hijos, dice Fray Luis de Rebolledo en la oración fúnebre "De un mercader que se ahogó en la mar y perdió la haz" embarcó a este hidalgo para Indias, sacóle del calor de la cama, de la limpieza de su mesa, de la compañía de su mujer, del servicio de sus criados y de la vivienda de tierra y de la suya, y le entró en una nao que es el más mal relleno que hay en el mundo; y lo que es más, que el que va en ella, va lidiando con tres locos: con el agua que siempre corre, con el aire que siempre sopla, con el navío que no sosiega". Huele a brea y a algas el castellano sobre de los marineros que se llaman con los propios nombres de los pastores de Juan del Enzina, olientes a majada y a lentisco. Viajar al Nuevo Mundo no es salir de España. La metrópoli, en su magnífica extravasación, dejó en las tierras por donde dilató su poderío, un légamo fecundo de pueblos nuevos e injertó en ellos los viejos nombres gentilicios, prometedores de una segunda floración. Dice el nuevo Virrey del Perú a la sórdida y heroica marinería, mientras ara la nave los ecuóreos campos, tenebrosos y profundos:

No hemos salido de España.
No vamos a tierra extraña...
Del uno al otro confín

de España es el señorío.
Y este mar no es sino un río
que parte en dos su jardín.

Y apuntando con el dedo el mapa de Indias a donde navegan en Dios y enhorabuena, dice el nuevo Virrey al marinero Mingo que ha descubierto en él el nombre de su natal y conocida Villanubla:

Todo lo hallarás, que así
en cada extremo y rincón
afanes de España son
los que extendiendo sus brazos
sembrando van a pedazos
su vida y su corazón.

Y hay un Madrid que se atreve
con esas letras cimeras,
y un Toledo entre palmeras
y otro Toledo entre nieve
y una Córdoba señora
de su lejano confín
y una Avila soñadora
y una Granada que llora
memorias del Albaicín.
No hay extremo que no llene
sin tasa este amor profundo
que el modo que España tiene
de dar vida a un Nuevo Mundo
es un mirarse al espejo
para tocarse con flores;
un derretirse de amores
como Narciso, al reflejo
de sí misma; un contemplar
—chispas del lejano hogar—
su propia tierra afamada,
en cien iguales quebrada
sobre el espejo del mar.

Con la llegada de la Santa Virreyna al Perú comienza la alta tensión dramática y se alinean todos los elementos que han de entrar en el gran conflicto. El viejo fermento de la tribu indígena, macedora de coca, que en este estupefaciente tiene su comunión, fea, continua y embrutecedora, se manifiesta encarnado en Caos, vie-

jo indio agorero; es verde y cruda su senectud; su barba es de chivo; su greña, esparcida de blancura; su obstinado pecho, indeclinable, inexorable. Zuma ¡qué bello nombre encantado! es un alma virgen; salvaje y medrosa; de andar sigiloso y cauto, como de felino; de ojos maravillados, huidizos; innúbil casi, y viuda ya, en cuyo seno de bronce tibio el amor de Tucapel, el bello indio, dejó colgado un racimo humano. Zuma es la esperanza intacta y fresca de la tribu irreductible que guarda el odio al blanco, el culto del Sol y el inviolado arcano del árbol de la quina. Don Juan de Hurtado, es un hidalgo extremeño, que allá, en la flor de su verdura estuvo en Flandes; y a la sazón, estanciero de Huasca, allegó riquezas tales que él casi las ignora; emulan sus riquezas en la tierra virgen las riquezas de los patriarcas bíblicos; y nuestro poeta las pondera en imágenes opulentísimas como las que a veces arrancaban y llevaban en hombros cuesta arriba con el huelgo y el afán de Sísifo, Calderón y Lope:

—...¿Tiene la sierra
nevados los ventisqueros?
—Señor, son vuestros carneros
que no dejan ver la tierra.
—Y es la brúma de la ría
la que cubre la arboleda?
—Señor, es la polvareda
de vuestras vacas de cría.

La resoluta Virreyna en traje de cazadora, en una escena arcádica, que parece de Jorge de Montemayor o de Gaspar Gil Polo o mejor, de Ludovico Ariosto

Fa di se bella ed improvisa mostra
come di selva o four dombroso speco
Diana in scena. o literea si mostra;

y llega a punto de cortar la violencia con que don Juan

de Hurtado quiere llevar a su estancia por esclava o por otra cosa a la medrosica Zuma, cuya "alma tiene precio infinito porque es un soplo de Dios". Siervo de sus antojos es don Juan de Hurtado, pero respetuoso con la ley y temeroso del Rey:

Tanto respeto la ley,
que yo pasara mejor,
sobre los Andes, señor,
que sobre un pliego del Rey.

La Virreyna, con femenina intuición, conoce el camino para tocar y derrocar el corazón sano y alto de don Juan de Hurtado; y liberta a Zuma de la jactanciosa porfía, y allivia a la vez el rudo cuello del estanciero de Huasca, del grave peso de una cadena de oro que le pide para España, gloriosa y menesterosa, en una torrencial e hirviente crecida de octosílabos recalcados todos en un verso final, sublime y claudicante:

Hidalgo de Extremadura,
si hay en vuestra tierra dura
una cruz en un sendero,
y al pasar por ella, un hombre,
que murmure vuestro nombre
con la mano en el sombrero;
si queda allá un corazón
que vuestra memoria encierra;
sabed como aquella tierra
de nuestra vieja nación,
apretada por la guerra,
tiende, como quien implora
su mano de emperadora
pidiendo a sus hijos algo
que remedie su decoro...
Pero, guardad buen hidalgo,
vuestra cadena de oro...

Hidalgamente don Juan pone sus labios en las muy

magníficas manos de la Virreyna, y le contesta con la altiva espalda doblada:

Señora, en Extremadura
ribera de una angostura
donde va el Tajo crecido,
hay un viejo caserón
y en su patio en un arcón
un sombrero raído
con unas plumas muy grandes
que ya el tiempo descolora.
Es el sombrero, señora,
que llevé de mozo a Flandes,
cuando mataba en Amberes
enemigos con la espada
y con los ojos mujeres.
Y hay una mano arrugada
que llega de vez en cuando
a aquel desplumado airón
y con gesto dulce y blando
lo acaricia, murmurando,
mi nombre y una oración.
Y porque sé que esa tierra
de mis memorias mejores
apretada de dolores
sufre, por tan dura guerra,
muy grave necesidad
y porque "es mi voluntad"
por su honor y su decoro,
señora mía, tomad
esta cadena de oro.

No se mezclan mejor dos vinos o el alma errante de dos rosas, como se aglutinan las almas de Zuma la indita tímida, y de la apostólica Virreyna del Perú. La misionera de la fe ve en Zuma la adquisición de un pueblo nuevo para Cristo y para España y adivina cuál es su misión: "Parare Domino plebem perfectam": aderezar al Señor un pueblo cristiano de aquella tribu terca y contumaz. Con aquella tenue almita que con su mano levanta del suelo en donde temblaba de rodillas, la Virreyna, crece en las Indias el imperio de España.

Zuma promete a Caos y a los Ancianos del pueblo

que no revelará a los hombres blancos el incógnito medicamento ni la abstrusa virtud del árbol de la quina. Pero ya el Sol envidioso, celoso tirano del Perú, metió una flecha pérfida en la destocada cabeza de la Virreyna que se lleva a Zuma a su palacio limeño; y la inicia en un catecismo lleno de evangélica simplicidad como el de Francisco Javier a los atezados paganos de Goa. Sentada a sus pies la blanda catecúmena, y mirándola así como mira una puma en reposo con los medrosos ojos inteligentes, le dice a la Santa Virreyna en su sabroso castellano colonial:

Amita, damos lección?
 —Abre el libro. —En qué quedamos?
 —En la última tarde hablamos,
 Zuma, de la Redención...
 —Ama en alguna ocasión,
 oyendo el rumor de rezos
 del río sereno y blando
 o por los valles saltando
 como una cierva, los brezos,
 me ha ocurrido que sentí
 que un gran amor me inundaba
 y como que adivinaba
 el Dios que murió por mí...

En las venas de la Condesa cunde el fuego sombrío de la fiebre que agosta su vida; se siente morir. De buen grado vota su vida al Perú, a quien ya votó el apostolado. Pide el Santo Viático. Zuma riega de flores el camino de Jesús con sus manos no todavía cristianas. Y mientras la Virreyna en su lengua ávida de sed, recibe el ascua dulce, el pan subcinericio que conforta, Zuma, que quiere devolverle la salud, aspira ávidamente, como quien aspira un olor goloso, la llama pestífera en el propio lienzo con que su Ama orea el carmín onimoso de su rostro de febricitante. Ella, sangre y flor de los

Incas, obtendrá el remedio arcano y lo partirá con la Virreyna extranjera, en una suerte de generosa comunión.

Del lejano tambó en donde Zuma vió el tunay diez y seis veces florecido llega Caos, el irreductible genio autóctono, y llega Xímeo, su propio padre, con la droga mágica que pone quietud en las venas y apaga la calentura glacial. Como los cristóforos de la Iglesia primitiva llevaban en su seno avaricioso las especies eucarísticas, Zuma apríeta contra su pecho la bolsita preciosa que contiene el inminente milagro:

En mi mano está la vida,
en mi mano la virtud,
que me puede la salud
volver entera y cumplida.
La rosa descolorida
¡cómo pena y cómo llora!
La vida ¡cómo enamora!
¡Y cómo cuesta trabajo
perderla!... Pero allá abajo
se me muere la señora.

El Dios que ella me decía,
lleno de amor y de paz,
porque vivan los demás
en una cruz perecía.
No sabe la duda mía
si muerte o vida prefiere.
La muerte llamarme quiere.
La vida dice su canto...
Peno y dudo... Y mientras tanto
la señora se me muere.

Amor será para tí
la alta virtud escondida
de estos polvos de la vida
que son muerte para mí.
¿Qué importa a nadie que así
se apague mi resplandor?
Yo soy yerba y tú eres flor
yo, la noche y tú, la aurora.
¡No te mueras, mi señora
que va a salvarte el Amor!

Y en el mismo nombre en que bautizan los apóstoles y los misioneros, con aquella trina invocación como un canto dulce: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en la copa en que la Virreyna mojará el ascua de sus labios, vierte Zuma el inefable polvo de salud:

Tú, me diste la verdad
yo quiero darte la vida.

Se acusa a Zuma de haber escarceado en la copa de la señora Virreyna la muerte en un tósigo letal. Del crimen aparente la exculpan la insobornable hombría de bien del hidalgo Don Juan de Hurtado y la fe ciega de la Virreyna Doña Francisca Henríquez de Ribera, que se presenta con vacilante paso de enferma, espontánea testigo, y ante su marido el Virrey constituido en tribunal, y ante el puñado de españoles y de indios, se echa a pechos la temida poción con la impavidez de la certidumbre:

Tú salvaste, mujer, la vida mía!
Yo te daré un esposo y desde ahora
por poderte llamar mi dulce hermana
con ancho corazón y verdad plena,
el beso de mi amor te hará cristiana
como el beso del Sol te hizo morena.

El imperio de España ha crecido. Ha crecido el imperio de Cristo. Zuma es el gaje y la primicia de una nueva cristiandad. "Annuntiabitur Domino generatio ventura". Zuma será madre de santos. Si se obstina en su contumacia la vieja levadura sacerdotal, la casta tenaz de los Heliólatras, adoradores de Viracocha que dispara flechas enherboladas, las primicias de la tribu "erunt docibiles Dei"; se postran de hinojos y rezan al

Padre Celestial, que hace salir el sol sobre justos y sobre pecadores, la oración de la fraternidad humana:

Padre nuestro, que estás en los Cielos...

Habréis de oír guerras y ruidos de guerras. Esto profetizó Jesucristo a sus discípulos. El día 18 de julio de 1936 sonaron guerras y se oyeron ruidos de guerra en España. Estalló la rebelión santa y la guerra más que civil:

"Quis furor, ó cives? Quae tanta licentia ferri?"

Cuál fué este furor? Por qué fué dada al hierro tanta licencia? Oculta como un parto; como el parto infado en que la Tierra alumbró a los Titanes que movieron guerra al cielo, íbase incubando el monstruo que en aquel día sacó al sol su frente aborrecible. Aquello fué una extravasación del poder de las tinieblas y de la sinagoga de Satanás. Como en las luchas de Milton, el cielo y el infierno fueron movilizados y nuestro suelo fué el estadio del duelo formidable de la muerte y la vida, de la Bestia y del Angel. A nadie fué lícito estar ausente del campo de la liza ni sentirse ajeno del conflicto inmenso. Desde el primer instante, cuando aún el estupor del súbito chasquido tenía el ánimo de muchos, paralizado y atónito, José María Pemán fué militante ^{activísimo} ~~anónimo~~. Se movilizó del lado del Angel: movilizó su palabra. A la palabra, con una exacta imagen militar, San Pablo la llama, espada del espíritu. El varón mercurial se trocó en varón marcial. El poeta se fué tras el guerrero, como la graciosa collalba va en pos del labrador que rompe el suelo. Pemán luchó con la espada del espíritu. Se hizo el juglar de la Cruzada; juglar de la voz cálida, de la voz de terciopelo. Sembró su orato-

ria caldeada de repentinas imágenes de novedad y maravilla. Habló a las muchedumbres anhelantes y aireadas; arrebatada por el éter, su palabra cobró alcances no sospechados: como la voz de los apóstoles "in omnem terram". Habló a la noche fría y vacía, bañada de lumbre lunar, estremecida de vida subterránea, como surco en que vigila la semilla. Y la noche castrense, hecha al diálogo de los truenos, la noche de mil orejas, como Safo la denominó, escuchó atenta y subyugada. Pemán se movilizó a sí mismo. Movilizó su palabra y movilizó su lira. Fué juglar de la gesta; y ha querido ser también su poeta. En su lira sostiene, como el griego Estesicoro, la máquina y la pesadumbre de la epopeya. Y él, sólo en estos tiempos de musas imbeles y asmáticas, ha concebido un poema de vastos alientos. Y, sin palidecer, ha hundido su cabeza en el centelleante enigma del Apocalipsis y se ha asomado a la síma pavorosa y negra que el Vidente de Patmos denomina las profundidades de Satanás. Estas visiones están contenidas en "El poema de la Bestia y del Angel". "Ausus grandia!" Osado de grandes cosas, le llamaría su casi conterráneo Lucano, el cordobés.

Para el enorme empeño, el osado poeta ha pedido el báculo de Homero; pero no es de Homero el númen afluyente que le acorre. Ha pedido el castellano emocionado y duro de Pero Abad. Mas, no ha sido Pero Abad quien le prestó su castellano. Como se empuña un arma, Pemán empuñó la lira. ¡Toda la lira! Acercó el plectro a sus cuerdas. A todas sus cuerdas! Aun a aquellas que ha añadido él con una audacia feliz, que acaso los éforos de Esparta severos castigarían con pena capital, como lo hicieron con el tañedor que inventó la séptima cuerda.

"Y miré y he aquí que una mano se alargó a mí, en la cual iba envuelto un libro y le desplegó delante de mí; y estaba escrito por de dentro y por de fuera; y en él estaban escritos lamentos, himnos y ayes de amenaza". Como este misterioso libro ezequiélico, el "Poema de la Bestia y el Angel", es lamentación, es maldición y es cántico; es elegía, es sátira, es oda; y todo esto junto, es epopeya, cual sólo la comportan nuestros tiempos.

El día 18 de julio de 1936 nace en España un año milenario. Los siete candeleros que vió el desterrado vidente desde el salobre risco a donde le confinó la impotente saña de Domiciano, se ha aumentado a los ojos del poeta, con un nuevo candelero. Es el octavo candelero que en Patmos no vió Juan. Este octavo candelero es la iglesia de España, erguida, allá, entre las brumas, en lo último de sus tierras; "es el resplandor postrero de la lumbre de Europa":

Es su cabeza la ciudad celeste
cuartel de la milicia
del Apóstol de Dios, campo de estrellas;
poniente de Galicia
sobre el mar; soñadora de querellas
bajo los siete arcos que es el día
nuevo, en que amanecía
el pensar europeo,
el maestro Mateo
estremeció de Imperio y Teología...

El inocente corro de estrellas que, en la leyenda carolingia, descendieron a discurrir por el suelo, como ronda de niñas rubias, en vagas procesiones; allá en el fin de la tierra, quedó prendido en los brazos del candelabro apocalíptico, inextinguible ante el mar tenebro-

so y ante los vientos glaciales del Este. El candelabro octavo polarizó y atrajo a su lumbre

toda la vieja cristiandad del Papa,
toda la Europa del Emperador,

que apenas podía contener la Basílica abuela en su regazo de piedra caliente y estremecida.

La mente del poeta navega por un mar de tinieblas luminosas y de alegorías centelleantes. Se le ha mostrado la Bestia que sube del mar y tiene nombre de blasfemia. Cada persecución ha puesto una corona en cada una de sus diez cabezas. La persecución que amaga contra la Iglesia de España le añade una corona oncena. Es temible su agresión porque ataca con cuernos curvados, con la tremenda y tozuda eficacia de los arietes de la tormentaria romana. La Bestia para su mala obra se ha vestido de Cordero y ha hecho pacto con un Recental,

que llevará los hombres a la muerte
con sus ojos de niño y de paloma.

La Logia hipócrita y la Sinagoga de Satanás como la llamó San Juan, comienzan su tarea al servicio de la Bestia de los cuernos curvados. El judío errante, el sabio de Sión, que con mano lenta ordeña su barba puntiaguda, abre su boca a las maldiciones. Maldice la tierra justísima, tranquila, madre de mieses; víctima primera de sus odios tácitos:

Peregrino sin Patria
huésped de todas las veredas:
maldigo el lento, quieto, dulce
pacífico rumor de las cosechas...
Maldigo los arados y las hoces
novios de hierro de la amada
pacífica y morena;
y maldigo los bieldos que desatan
contra el viento su rubia cabellera...

Y maldice su otro odio cordial, la Cruz; y por los campos de Extremadura y por los cortijos andaluces, bajo la noche oscura y cómplice, ordena el astuto sabio de Sión una siega satánica de cruces:

Así cayó la Cruz de los Caminos
la del Arroyo de los Tres Molinos,
el crucero de piedra del Rosario.
Todas aquellas cruces que ponían
sobre la dura tierra en que se erguían
voluntad redentora de Calvario.

España tiene el doloroso privilegio de concentrar en sí todos los odios del poder del mal. La Iglesia de Pedro, es la Iglesia de la Fe; contra ella no prevalecerán las puertas del infierno. La Iglesia de Juan, es la Iglesia del Amor; de las uñas de la Bestia se le irá como se va de una flor el perfume incoercible. La Iglesia de Santiago es la Iglesia de la Esperanza:

Esta es la Iglesia en flor de la Esperanza...
¡esta es la yerba verde que conviene segar!
Roma será cabeza sin brazo si ella muere.
Si muere, el Occidente sin sol se nublará...

"En nuestros días, dice el poeta, hubo un hombre, el primero en el mundo, que se atrevió a luchar frente a frente contra los grandes poderes internacionales de la finanza judáica: José Calvo Sotelo. Los poderes tenebrosos se conjuraron contra él. El fué el Protomártir de la Cruzada Española."

Calvo Sotelo renovó el mito de Prometeo que subió al Olimpo a hurtar la roja flor del fuego. Pemán nos cuenta en su oda libérrima que cierra el primer canto de su poema trino "El rapto del dios"; y nos lo canta en un férvido tropel ecuestre de imágenes como la fulgurante caballería poética de Waltk Wittman. Nos dice

cómo este hombre actual y mitológico, este héroe de las espaldas anchas, osó afrontar la pujanza judía que tras la expulsión decretada por Santa Isabel de España, se había quedado agazapada y cobarde, en minas y madrigueras, como topo

entre el hierro fecundo de Río Tinto
y el temblor de mercurio de Almadén.

planeando el reparto de España que es "la segunda túnica de Dios".

Y hubo un varón que le miró de frente.
Tenía las miradas
llenas de lenta y penetrante luz:
y las espaldas anchas y cuadradas
como dispuestas a llevar la Cruz.

El dios nuevo que domina el mundo es desnudo y como el agua, blanco; tiene olor vegetal y alma de fuego. Y nombre de mujer, hubiera podido añadir el poeta:

Robar el dios sin nombre de las uñas del "ghetto"
y atarlo a un duro roble de Castilla.

Esta hazaña desaforada consumó el hombre de las espaldas anchas. Retó la codicia del pulpo americano y la avaricia del leopardo inglés. Pero pagó con la muerte el sacrilegio de libertar el dios pálido; como Prometeo, con las cadenas y el buitre roedor, expió el sacrilegio de haber hurtado el dios rojo.

Hasta el canto segundo del poema no aparece el Protagonista. Usanza fué de los viejos poemas épicos inscribir en el noble pórtico, la gesta y el héroe:

"Arma Virumque cano..."

había dicho Virgilio que nada maquinaba ineptamente.

"Canto l'armi pietose, e il Capitano
Che 'l gran Sepolcro liberó di Cristo..."

había escrito el Tasso en el canto liminar de su "Gerusalemme". Y Don Alonso de Ercilla así comienza su "Araucana":

No las damas, amor ni gentilezas
de Cavalleros canto enamorados
ni las muestras, regalos y ternezas
ni amorosos afectos y cuidados;
mas el valor, los hechos, las proezas
de aquellos Españoles esforzados
que a la cerviz de Araco no domada
pusieron duro yugo por la espada.

En el canto segundo del "Poema de la Bestia y el Angel" irrumpe el protagonista: "¿Quae te tam laeta tulerunt saecula"? Qué siglos fueron los alegres siglos que te produjeron? El protagonista es de nuestros días. "El que en buen hora nació" nace allá en lo postrero de las tierras de España, allí donde estaba erguido el octavo candelero, junto al Campo de estrellas carolingias, a la sombra de la Basílica abuela. Nace en la tierna novedad litúrgica del año, en diciembre que trae la Navidad atonomástica. Tres hadas buenas, que descienden por la maroma de plata de la luna, dejan en su cuna tres presentes: una espada, una pesa, una sonrisa: la espada de la Victoria:

"Mano metió al espada.
Relumbra todo el campo tanto es
limpia y clara";

la pesa de la Justicia; la sonrisa del Cid.

El Campeador fermoso sonrisava...

canta el venerable poema.

La sonrisa de Franco se adelanta a la aurora:
y la mañana dora su espada en el Misán.

dice nuestro poeta, en dos versos épicos auténticamente, dignos del poema venerable. El Africa curte su espíritu y retiñe su morena y acerada mocedad; el Africa, tierra negra de sus amores; hermosa como la Sulamita. Le conocen las Islas Afortunadas, como ya le conocieron las Gimnesias. De las Islas Afortunadas, en un día de julio tomó el vuelo audaz:

Aquel día de julio, luminoso
 como la mejor página de Homero,
 los pescadores de Fuerte Ventura
 se quedaron absortos, con las redes
 en la mano y los ojos clavados en el Sol.
 Y en Marrakesk, el lento árabe blanco
 se dignó alzar la vista.

Así con estos versos pictóricos, como los que hacían Homero, Virgilio y el Tasso, fácilmente traducibles al mármol, pronunciables en color, explicables a los ojos, narra nuestro poeta el viaje alado por encima de las nobles tierras, caras a la fábula y a los mitos: Alcides, las Hespérides, Calpe. Ahora la Historia también anda por estos viejos e ilustres rincones. Angeles y águilas, aires y nubes, entran en coloquio al paso del guerrero volante. Iniciada la Guerra, en la obra del poeta se desgrana en vigorosos episodios, con exuberante vida propia. Es por los episodios que valen y se salvan los poemas viejos. Y salen los viejos metros: la Octava real, esa gloriosa vela túrgida, esa cornucopia rebosante, ese dorado y opulento galeón en que Ercilla embarcó maravillosas riquezas indianas:

Era mediado julio. Ya el Verano
 coronado de espigas y de flores
 para danzar tomaba de la mano
 la Primavera. Blandos, los calores
 reposaban su fiebre sobre el llano:
 cuando cuatro mancebos segadores
 y una alada carreta, iban, en vuelo,
 con gavillas de flechas por el cielo...

La Guerra se ha encendido. Dios está al lado

de ese Caudillo pálido y moreno
cara de trigo en flor y alma de trueno.

La conquista de Toledo y las vencedoras ruinas de su Alcázar, bien valen una oda pindárica y un salmo vehemente como los amasaba Fernando de Herrera, el que cantó a Lepanto y la gloria del Señor en la llanura del mar. Y no se los niega el poeta arrebatado:

Toledo por España... Soldados de El Mizzian,
entre piedras las uñas agarrotadas, van
escalando los muros venerables. La Historia
corta plumas de cisne. Se estremece Madrid.
Se ha llenado Castilla con un verso de Gloria,
y ha florecido en Burgos el sepulcro del Cid...

El juglar ardido recorre, a zaga de las huellas de los reconquistadores del suelo hispano, toda la ribera del río de fuego que parte en dos a la espaciosa España, "Quis potis ingentes oras evolvere belli?" En las orillas de este Flegeton tartáreo de llamas, qué lindas flores intactas ha ido a recoger el animoso poeta. En la Guerra Grande (llamamos Guerra Grande la que del año 14 al 18 partió a la iracunda Europa en dos mitades, y no sabemos si la expectante guerra actual será mayor) no faltaron poetas de noble aliento, poetas creyentes, siervos del Señor, buenos y fieles que cantaron con gran plectro episodios de la horrenda titanomaquia. Pablo Claudel y Carlos Péguy. Este último cantó también, como nuestro Pemán, a los muertos en el campo: "Beati mortui", caídos de cara a Dios, sobre la tierra madre, por amor de las ciudades carnales, promesa y

símbolo de la ciudad futura. Pemán ha encontrado un acento nuevo y pacíficas imágenes nuevas:

Los lechos donde se duermen—cunas son que no ataúdes.
Hoyos parecen abiertos—para las cepas de octubre..
Pero Dios sabe los nombres—y los separa en las nubes.

Como una punta sutil de cristal punge la elegía consagrada a "La Niña de Talavera", que empieza como el idilio trágico "Mireya" de Federico Mistral, poeta de la Provenza:

Canto una niña rubia como el sol..

Bajo su frente tersa de infancia soñaba imposibles primaveras, flores celestes, verdes ramos, rosas químéricas para el barro de sus búcaros. En sus sueños suaves fué truncada por la explosión súbita de una bomba lanzada por aquellos volátiles que llueven fuego. Sonaban las trompas a punto de día cuando, entre un montón de flores como las que ella soñaba para sus porcelanas, se la llevaron con triste paso quedo. En un rincón quedó llorando una aldeana: y un juglar fiel entre sus cantos fieros, colocó por ella la violeta triste de un canto de amor.

Qué menos que exámetros heroicos pedían al poeta los bravos soldados de Navarra, los de la llama en la frente,—decoro del verde Baztán?

"Res gestae regumque ducumque et tristia bella
quo scribi possent numero monstravit Homerus."

Homero enseñó para siempre jamás en qué número debían celebrarse las gestas de los reyes y de los caudillos y las incidencias de las guerras tristes. Y estos

exámetros de Pemán son rápidos y sonantes como uñas de caballo:

Yo los vi por las breñas de Asturias, ¡oh ciclopes duros!
con rápidos brincos como el ágil rebeco asustado
escalar el partido brocal de los picos azules...
Yo los ví en los capotes cenizas, votivas figuras,
talladas en bloques de grises pizarras inmóviles
hacer, rabadanés de nubes, la guarda en los picos.

Y qué menos pidieron los leves caballeros del aire a su poeta, que el metro imponderable, la aérea estrofa en que la poetisa eólia Safo vertió sus ardores? La estrofa que importó enriqueciendo el Parnaso castellano el arzobispo tarraconense Antonio Agustín; estrofa alada que más que cantarse debería danzarse; tan juvenil, tan linda y tan graciosa con su túnica corta; tan pura, nerviosa y leve, con su pie desnudo.

Nuestra Señora de Loreto! Reina
fácil y blanca de los altos aires!
Angel del viento! San Gabriel Arcángel
ruega por ellos!
Ellos, los limpios caballeros saben
la alta locura de cazar estrellas,
Saben la gracia con que el sol poniente
dora el peligro...
Tornan los héroes. Sin asombro el campo
mira su sombra. Robledales. Pueblos.
Nombres sabrosos: Muchamiel. Encinas.
Alba de Tormes.

Como Anteo cobraba fuerzas del contacto de la tierra, Pemán cobra fuerzas del contacto del mar. La "Oda naval" es una pieza emocionante:

¡Y tenerte que odiar, yo que te amaba
tanto en la gracia blanca de la espuma
mi escuadrilla española
de alegres "destructores"!
mis cienientos galgos de los mares!...
¡Y tenerte que odiar!

Yo que contaba
 con ternuras de padre uno por uno,
 en la verde esperanza de los mares,
 los barcos nuevos de la flota joven!...
 Señor de los Ejércitos:
 Cúmplase tu mandato y tu justicia.
 Yo alzaré pues lo quieres
 sobre mi hijo Isaac la diestra armada...
 ¡Yo la alzaré con la desesperada
 esperanza final de que no sea!

Pero el vértice de la pelea, el episodio culminante de la lucha entre la Bestia y el Angel, es el combate singular entre el carro blindado y el mancebo pedestre sólo envuelto en corazón. El monstruo chirriante, el sapo inmenso de hierro invulnerable, se disimula con ramajes de olivo y de manzano, regando al paso los senderos

de un fresco aroma vegetal de selva
 o de cuerpo de ninfa,

Un muchacho aragonés se le enfrenta y le aguarda quieto. ¿Qué menos se merece que un romance castizo este bravo muchacho aragonés?

Diez y seis años tendría,
 diez y seis años no más.
 Es rubio como una espiga
 a punto de madurar.
 Tiene una sonrisa clara
 y alegre como la paz.
 Sano es como una amapola
 y puro como un San Juan...
 San Jorge frente al dragón,
 San Miguel frente a Satán...

Llega la Bestia y comienza el duelo. Las Gracias van a vencer a las Furias.

Y ya estaban enredados, confundidos
 los combatientes. Era
 el Monstruo una oleada de fuego y de rugidos;
 y la figura frágil y ligera

del soldado español
como una espiga en la ventolera
cuajada en hierro duro contra la luz del Sol.
Las bocas que tenía para matar, sirvieron
al Angel, para herirle en el costado.
Envuelta en humo y fuego la Bestia se ha parado.
Rugen dentro blasfemias en una lengua extraña.
La voz de angel y niño del soldado
no dice más que ¡España!...

En todos los tiempos eligió Dios lo enfermizo y feble para confundir lo fuerte. La victoria del mancebo angélico, del muchacho aragonés, bello y puro como Perseo, precipita la "catástrofe" del poema, en el noble sentido originario que tiene esta voz griega. La pelea de la Bestia y el Angel ha terminado, o para decirlo con palabras de un laconismo castrense que recogerá la Historia: La Guerra ha terminado. Ha terminado con el triunfo del Angel. Esto mismo viene a decir el Vidente del Apocalipsis, que presta sus propias palabras al poeta:

"Y vi un Angel robusto que alzó una piedra como una gran rueda de molino y arrojóla en el mar, diciendo: Con tal impetu será precipitada Babilonia, la ciudad grande, y no parecerá más. Ni se oirá en ti jamás voz de citaristas, ni de músicos, ni de tañedores de flautas, ni de clarineros: ni se hallará en tí artífice de arte alguno: ni tampoco se sentirá en tí ruido de atahona: ni luz de lámpara te alumbrarán en adelante: ni volverá a oirse en tí voz de esposo y esposa...

Después de estas cosas oí en el cielo como una voz de muchas gentes que decía: Alleluya: La salvación y la gloria, y el poder son debidos a nuestro Dios: porque verdaderos son y justos sus juicios, pues ha condenado a la gran ramera, la cual estragó la tierra con su prosti-

tución y ha vengado la sangre de sus siervos derramada por la mano de ella..."

Virtualmente, el Poema ha terminado. Cerrados el Pasado y el Presente; mensajeras hacia los tiempos nuevos, envía el poeta una bandada heroica de estrofas alcaicas, aves de altanería bravas y hechas al vértigo. Y espumante de entusiasmo dionisiaco, la diosa Alegría levanta su copa.

Porque España retorna, coronada de estrellas
al antiguo destino que es mandato de Dios;
porque hay cuernos de caza por los picos de Europa
porque hay risas de infantas por el verde Aranjuez;
porque tiemblan palomas en las viejas almenas
de la Mota y Simancas, de Segovia y Monzón...
porque al sol de domingo que ilumina sus torres
ha sacado sus ropas de amazona Isabel;
porque tienen de nuevo voluntades de lanza
temblorosas las ramas de los fresnos al sol.

No menos que esta copa rebosante de vino pindárico podía alzar nuestro poeta en la celebración de las bodas de la Iglesia y de España, concertadas por el Cardenal mozo y la Reina, soñadora de mundos. Humilde y dócil a sus destinos nuevos.

España ha derribado su cabeza de espiga
y ha dicho: Soy la esclava del Señor...

Entre clangores de trompetería de plata y triunfales orquestaciones métricas como no las conoció nuestro idioma, si ya no es en ciertas furias verbales de Rubén, se cierra el libro peregrino, el "Poema del Angel y la Bestia", libro lleno de sellos y misterios, libro que como el libro que fué mostrado a Ezequiel,

"erant in eo lamentationes et carmen et vac..."

libro en el cual hay imprecaciones e himnos, lamentaciones y salmos, tradición y esperanzas, y Génesis y Apocalipsis, todo fundido y confundido en un candente amor de España.

Y he aquí que hemos recorrido espacio inmenso y ya es tiempo de soltar los cuellos de los caballos humeantes. Hemos recorrido el estadio poético de José María Pemán. Con él hemos hecho el viaje del Parnaso—monte en dos cumbres dividido—como nuestro Quevedo lo definió; y hemos visto cómo en cada una de estas cumbres, ha plantado, joven aún, como el mancebo de Longfellow, la blanca bandera de "Excelsior"! Hemos visto al hombre en sus momentos de Tabor, en donde el estar es tan bueno. Pero este, no es todo Pemán. Es más extenso Pemán. Ninguna musa le es ajena. Ha tocado todos los géneros literarios. "Mobilitate viget": en su propia movilidad encuentra fuerzas. Los títulos de sus obras forman ya un catálogo. Y su nombre propio es: Legión. Toda una legión de escritores en acto, cada uno de los cuales merece las palmas verdes, hace hoy solemne ingreso en esta Real Academia Española, con José María Pemán.

HE DICHO.

